



**Beryl
Bainbridge**
**El joven
Adolfo**

Lectulandia

En 1912, según ciertas crónicas, Adolf Hitler, con el propósito de evitar el servicio militar, huyó a Liverpool, donde su hermano estaba trabajando como camarero y vendedor de hojas de afeitar. El joven Adolfo no pensaba que esta visita fuera a ser particularmente feliz, aunque esperaba que transcurriría al menos sin incidentes notables.

No había tenido en cuenta las intrigas de la velluda Mary O'Leary, el nauseabundo doctor Kephalus, y el dueño de la casa, Meyer, artista del violín. Adolf parecía haber saltado de la sartén al fuego. No tuvo otro remedio que dejarse el bigote.

Lectulandia

Beryl Bainbridge

El joven Adolfo

ePub r1.0

Titivillus 22.04.16

Título original: *Young Adolf*
Beryl Bainbridge, 1978
Traducción: Rubén Masera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Lovely Don Mackinlay

1

Se había producido un desagradable incidente a mitad de camino entre Francia e Inglaterra cuando el joven Adolfo, que en un momento de debilidad se había vuelto para contemplar por última vez las colinas de Boulogne, se topó cara a cara con un hombre de barba y gafas gruesas. Durante algunos segundos, los dos desconocidos, de pie en la cubierta barrida por el viento, se miraron fijamente. Me controlaré, pensó Adolfo. No huiré. Se alejó pues con paso tranquilo, como quien pasea, hasta que al llegar a un determinado tramo de escaleras se precipitó bajo la cubierta y se encerró en el lavabo para caballeros.

Allí examinó su pasaporte y sus documentos, extendidos a nombre de Edwin, su hermano muerto, y se preguntó consternado si las autoridades militares austriacas habrían designado a un funcionario que lo siguiera secretamente por Europa. Era extraño que hubieran sabido que se encontraría precisamente en este vapor. ¿Lo habría denunciado su medio hermana Angela a la policía? Cuando la había visitado en Linz, ella se hallaba en un pésimo estado de ánimo. Su conversación se había centrado sobre todo en los últimos penosos momentos de su marido, el inspector de Hacienda, y en el actual estado de su tumba: había algún animal, no sabía de qué especie, que estaba socavando la capa de tierra. Con las uñas, había observado Adolfo, raspaba constantemente la tersa superficie del mantel. Había sonreído una sola vez en cuatro horas, cuando leyó en voz alta parte de la carta de siete páginas recién llegada de Inglaterra. Interpretando de modo equivocado esa sonrisa, había cometido la tontería de reír abiertamente ante la mención de las máquinas de afeitar. Fue entonces cuando Angela le dio a entender que tampoco él tenía capacidad empresarial y que no estaba en posición de criticar a nadie. Él se había ido bruscamente, pero no sin antes coger el dinero que ella le había dejado sobre el tocador. Era cierto que en ocasiones anteriores se había visto obligado a aceptar pequeñas cantidades, pero en cierto sentido no hacía sino tomar prestado dinero que por otra parte le pertenecía. Quizá no había sido su hermana sino el farolero quien lo había traicionado: el pretendido amigo que sólo dos días antes le había cortado el pelo gratis. ¿No había habido algo siniestro en el modo en que Greiner —un hombre que con frecuencia era sorprendido revolcándose en la cuneta— había extendido delicadamente papel de periódico sobre el suelo de linóleo del salón del Männerheim?

Por fin, enloquecido por la duda y los repetidos golpes en la puerta, Adolfo había quitado el cerrojo y subido la escalera de la cabina en frenética carrera para enfrentarse con su perseguidor. No se escondería como un zorro en su guarida. Había corrido con tal celeridad que el viento le tiró la gorra. Pero aunque registró la cubierta durante más de una hora, no pudo hallar al barbudo, ni la gorra. Hombre y gorra habían desaparecido en medio del canal.

Ahora el joven Adolfo estaba sentado en el rincón del compartimiento de un tren, enfrascado en un libro. Había estado leyendo durante seis horas, a veces la misma página, una y otra vez. Leía porque a estas alturas se sentía desfallecer por falta de alimento, y porque en su famélico estado le parecía que cada vez que levantaba la vista, los numerosos ocupantes del vagón estaban comiendo. Sus caras se volvían instantáneamente hacia él. Hacían esos pequeños gestos —levantar ligeramente los hombros, aclararse la garganta— previos al ofrecimiento de algo. Aunque mantuviera la mirada fija en la ventana, imaginaba ver caras reflejadas en el cristal que masticaban sin parar, imitando las de las bestias enlodadas que pastaban junto a los raíles. De modo que mantenía la cabeza gacha mientras el tren avanzaba lentamente hacia el norte bajo los cielos impregnados de lluvia, y leía y releía la historia del Viejo Shatterhand, jefe de los colonos blancos de Texas y Arizona, dedicado a aniquilar a los salvajes indios Ogellalah.

A través de un campo que vibraba de calor, el Viejo Shatterhand cabalgó como el mismo diablo hacia el campamento. Con el reflejo del sol en su pistola, derrotó a los cobardes pieles rojas y tomó prisionero al guerrero Nantaquond. En este preciso momento, Nantaquond yacía estaquillado en el polvo, desnudo como un bebé; a horcajadas sobre él se alzaba Shatterhand sosteniendo un saquillo de cuero del que vertía un fino chorro de miel silvestre sobre los miembros ensangrentados del guerrero cautivo, allí donde su virilidad pendiente lucía violeta contra el muslo. De los cielos del salvaje Oeste, como manchas de tierra sobre la bóveda azul, acudían las moscas en una flecha estremecida, zumbando sobre el caído Nantaquond.

—Soy grande —aulló el viejo Shatterhand—. Soy glorioso.

Sólo al llegar a estas triunfales palabras finales dejó Adolfo el libro. Inmediatamente cobró conciencia de los ruidos de su estómago. Se hundió los puños en el vientre vacío y, fingiendo interés por el paisaje, presionó la mejilla contra la ventana y fijó la vista sobre las vías que se alejaban. El tren, castigado por el viento, se estremecía sobre las vigas de acero de un puente, muy alto sobre el cenagoso estuario de un río. A lo lejos, ascendía hacia el cielo una especie de torre con todas sus almenas. De uno de sus muros sobresalía un balcón sostenido por ángeles alados tallados en piedra, en el que un oficial uniformado se erguía, como tras una cascada, sosteniendo una bandera. Torrentes de lluvia, derramándose de los bastiones en lo alto, caían sobre la grava roja de la trocha y salpicaban los vagones. Después, Adolfo solía concebir su viaje como una larga aproximación a esta oscura fortaleza en el horizonte; en realidad, casi no tuvo tiempo de divisar el edificio, y ya estaban junto a él. El hombre de uniforme, erguido allí como el personaje de una ópera, no cumplía función visible alguna. No tenía maquinaria que operar ni señal que emitir. La bandera que tan inútilmente sostenía, colgaba como un trapo sobre las solapas de su chaqueta bordada. El vagón se mecía al llegar al nivel de la torre. Adolfo miró directamente el balcón. Vio un ángel de cuyas mejillas de piedra goteaba la lluvia, y

la cara del hombre que miraba hacia abajo. Sus miradas se encontraron un instante. La boca del hombre, sobre una salvaje barba agitada por el viento, empezó a abrirse. Entonces un largo hilo de humo retrocedió flotando y se arremolinó en torno a la torre. El tren siguió su camino.

Eran casi las tres de la tarde. Los pasajeros empezaron a prepararse para la llegada; se sacudían las migajas de la ropa y observaban con mirada ansiosa el estado del tiempo. Era demasiado pronto para bajar las maletas del portaequipajes. Adolfo se mantuvo acurrucado en su asiento, escudándose la cara con una mano. Tuvo la absurda idea de que el barbudo aguardaba agazapado en el techo del tren, y sin embargo no podía evitar bostezar repetidamente. Era como si fuese otra vez un escolar que viajaba desde su casa en Leonding, en medio de un paisaje semejante de pálidos campos bordeados de lodo, hacia la Realschule en Linz. Le aguardaba un día de increíble aburrimiento. En el lóbrego edificio de la Steinstrasse intentaría memorizar ciertos principios de matemática o párrafos de francés y, al no lograrlo, se inclinaría débilmente sobre sus libros escuchando el chirrido de la tiza sobre la pizarra, hasta que sus párpados se cerrasen y se sintiera existir en un vacío entre la vida y la muerte, inconsciente, como un animal que invernara en la oscuridad. Sería mejor no llegar nunca a destino. Esparcidas entre las colinas se levantaban las atalayas en ruinas, monumentos al tiempo en que Austria temía la invasión de los ejércitos de Napoleón. La lluvia aplanaba la hierba que crecía entre las ruinas, impregnaba los campos anegados y castigaba las ventanas del tren. Sólo tenía que levantar la cabeza para ver cómo el mundo entero lloraba.

Mientras dormía, el tren se sumergió entre las colinas que circundaban la ciudad y entró por un sólido túnel abierto en arenisca amarilla. Sus compañeros de viaje bajaron el equipaje, abrieron la puerta del compartimiento y avanzaron vacilantes por el corredor. Alguien le pisó el pie y despertó a la oscuridad y la confusión. El vagón se sacudía tan violentamente que se vio forzado a agarrarse con las dos manos al borde del asiento. Al otro lado de la ventana, un muro de roca iluminado a intervalos por vacilantes chorros de gas, se elevaba por encima de él. En el preciso momento en que pensaba que sería despedido al suelo, el tren salió con estruendo del túnel y se deslizó en la Estación de Lime Street bajo una bóveda de hierro y de cristal.

Sin gorra, con el libro sobre Shatterhand del salvaje Oeste por todo equipaje, el joven Adolfo había llegado a Liverpool.

2

Mientras cruzaban Upper Parliament Street en medio de una intensa lluvia, Alois levantó su bastón e hizo señas a un taxi.

—No debimos haberlo hecho —dijo Bridget subiendo agradecida al vehículo.

—Es una sensata extravagancia —le explicó su marido—. El agua te cala los zapatos.

Su calzado estaba en espléndidas condiciones, al igual que su abrigo y sombrero, pues un hombre que emprendía una nueva aventura empresarial no debía ir por este mundo como un golfo. En el puño de su guante de piel de cerdo sostenía un ramito de violetas.

—A la larga —dijo Bridget— sería más sensato que comprara un nuevo par de zapatos.

Pero no estaba criticándolo seriamente. Fueran cuales fuesen sus defectos, la mezquindad no se contaba entre ellos. Después de tres años de matrimonio, estaba sentado rodeándole la cintura con el brazo; eso le gustaba, aunque sabía que no había nada de exclusivo en esa manifestación de afecto: con frecuencia abrazaba al señor Meyer y al doctor Kephalus; a veces acariciaba el hombro de Mary O’Leary y el aspecto de ella no es que hiciera perder el aliento: le gustaba tocar a la gente; se debía a que era un extranjero.

Bridget lo había conocido en el recinto de monturas de la exhibición equina de Dublín. Se había inclinado sobre su mano, presentándose como Alois Hitler de Austria; el dedo meñique, en el que llevaba un anillo con un rubí, le había rozado la muñeca. Ella se había enamorado al instante, como si de pronto hubiera cogido la gripe. Vestía un chaleco de color crema, con una pesada cadena de plata que iba de un bolsillo al otro; colgando del brazo llevaba un bastón de marfil con puño de oro. Ella se había quedado paralizada mientras los caballos movían la cabeza y se trasladaban de lado, su propia cabeza a la altura del pecho de él. Clavado en la corbata llevaba un resplandeciente alfiler embellecido por una única perla. Estaba deslumbrante a la luz del sol.

Ahora, al inclinarse sobre ella para mirar por la ventanilla, los bigotes de Alois le rozaron la mejilla. Sabía que probablemente lo que atraía su atención era una mujer, pero no se inquietó. No había nada de malo en que mirara. No ese día. Él no iba a saltar del coche y a salir de su vida. La noche anterior, al saber que ella se había pasado tres horas preparando la comida para la llegada de su huésped, había llegado a llamarla la mejor esposa del mundo. Ella habría preferido guisar algún plato austriaco, pero el señor Meyer no había estado de acuerdo.

—Querida mía —había protestado— ¿a ti te habría gustado atravesar mar y tierra para que se te ofreciera un plato de coles y ternera hervidas... con ciruelas y natillas de postre?

Como él le ofrecía utilizar la cocina instalada en el sótano, Bridget se sintió

obligada a seguir su consejo culinario. Sin embargo, se las compuso para no bajar al sótano a la hora sugerida por el señor Meyer. Dijo que por la mañana tenía que ir a la lavandería; era más conveniente esperar hasta después de la hora del té, cuando acostara al bebé. Afortunadamente el señor Meyer abandonaba la casa cada mañana a las seis para tocar el violín en los comedores del Adelphi Hotel.

—Ojalá no hubiera hecho cordero —dijo Bridget.

Su marido no la escuchaba; el taxi se había detenido junto al bordillo y él ya estaba abriendo la portezuela, y la instaba a bajar. Estaba tan ansioso por llegar a la estación que cogió a Bridget por el codo y la llevó al trote por la rampa empedrada hacia la entrada.

—Tenemos tiempo de sobra —protestó ella, entorpecida por el poco vuelo de la falda, aunque el tren ya había llegado y los primeros pasajeros se apresuraban por el andén.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Bridget, colgándosele del brazo, temerosa de no estar en el sitio correspondiente.

Alois sostenía ceremoniosamente el ramillete de flores; sus ojos azules miraban con ansiedad por encima de los pétalos aplastados. Había vivido en Dublín, París y Londres y se había sentido como en su propia casa en todas esas capitales, pero en ese momento en que aguardaba impaciente, engalanado con sus mejores ropas, mientras escrutaba las caras de la gente que se aproximaba en busca de una cara en particular, se sentía un extranjero en tierra extranjera. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Consumido de emoción, se abrió camino con los hombros entre la multitud y avanzó a zancadas por el andén.

Bridget, incapaz de seguirlo, corrió a la valla y lo observó. Durante varios segundos perdió de vista sus anchas espaldas y luego la multitud se hizo menos densa. Una mujer vestida con abrigo de pieles, que vigilaba la descarga de su equipaje, se volvió para mirar a Alois cuando éste pasó a su lado; dio un paso para ir tras él y vaciló. Bridget hizo frenéticas señales con las manos. Lo llamó:

—¡Alois! ¡Alois!

Pasó el brazo por entre los barrotes de la verja y señaló a la mujer que ahora se alejaba. Alois se volvió; evidentemente, no había entendido, porque estaba mirando fijamente a un joven que, medio escondido tras una columna de acero, espiaba el techo del tren.

Entonces Bridget fue testigo de una escena lamentable. Al advertir la presencia de Alois, el joven se escondió completamente tras el pilar como si buscara protección. Entonces Alois dio un salto adelante, lo cogió del cuello y lo llevó a rastras hacia un sitio visible. Empezó una animada conversación. Al principio el joven parecía estar dando una explicación y luego disculparse por algo; puso una mano apaciguadora sobre la manga de la chaqueta de Alois. Alois lo empujó por el hombro con tanta fuerza que el joven perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla. El ramo de flores rodó por el suelo.

Bridget se sintió alarmada. Hacía sólo un mes que Alois había pasado dos noches en Bridewell por agredir a un marinero borracho en Stanhope Street. El marinero, que cantaba con voz ronca en la acera, había despertado al bebé, que se puso a llorar. Eran las tres de la mañana. Alois abrió la ventana de la sala, se inclinó sobre el balcón y amenazó con violencia si no dejaba de hacer ruido. El hombre siguió cantando. Alois desatornilló el brazo del gramófono, lo hizo girar sobre su cabeza y se precipitó escaleras abajo para darle caza.

Entonces, como ahora, Alois había parecido enormemente amenazador. El joven retrocedía. Alois, al parecer con total pérdida de control, le tiró un puntapié a la carrera. La punta del zapato lanzó al aire las violetas de bienvenida; todavía unidas por una hebra, las flores fueron a parar sobre el hombro del joven y luego cayeron desmayadas al suelo. Alois, contrariado, levantó un brazo amenazante. En ese preciso momento, un carro que pasaba cargado de equipaje golpeó accidentalmente el tobillo del joven, quien perdió el equilibrio por segunda vez y cayó despatarrado y desvalido entre maletas, agitando las piernas débilmente mientras era transportado por el andén.

Espantada, Bridget se encogió contra la valla mirando a su marido. Creyó desmayarse. Blandiendo en alto su bastón, Alois se balanceaba ahora sobre sus pies presa de risa convulsiva. La gente se volvía para mirarlo. El joven logró por fin ponerse en pie al acercarse el carro al final del andén; saltó y fue a dar contra la verja, a la que se aferró con ambas manos. Bridget, separada de él por los barrotes de acero, vio la curva de sus altos pómulos y el globo de un ojo azul y desdichado. No sabía por qué el joven no echaba a correr para salvar su vida. Entonces apareció Alois sonriente a su lado, dándole palmadas en la espalda.

—Es mi hermano el artista —le gritó a Bridget—. El condenado Adolfo.

—Encantada de conocerte —dijo Bridget.

—Cogió el dinero —explicó Alois—. Luego la excursión.

—Entiendo —dijo Bridget frunciendo el entrecejo.

—Hacen falta dos para cerrar el trato —le recordó Alois.

El joven entregó su billete y pasó por la verja. Era más alto que Alois, pero de constitución más ligera. Tenía el pelo castaño muy corto y una cara enfermiza y agotada. Al parecer, estaba preocupado por un libro que había perdido, una obra erudita. Le era preciso encontrarlo.

—Siempre fue un gran lector —exclamó Alois repentinamente orgulloso. Adolfo había tenido el libro apretado contra el pecho durante la travesía del Mar del Norte, lo había tenido en la mano durante todo el largo viaje en tren. Ahora había desaparecido; miró desconfiado por encima del hombro hacia un punto indefinido en el techo de la locomotora. Como parecía ser el único artículo que comprendía su equipaje, a Bridget le parecía comprensible su preocupación.

—Lo registraremos todo de arriba abajo —dijo Alois amablemente. Le dio a Bridget dinero para el billete del tranvía que la llevaría a casa y le dijo que tuviera por seguro que ambos esperarían la cena en la mesa a las seis y media.

—Trata de no acalorarte —le susurró Bridget, temerosa de que aún pudiera hacer más daño a su pariente.

Por fin se convenció de que Angela no vendría, de que ese condenado Adolfo había venido en su lugar. Estaba amargamente desilusionada. Durante el día Alois estaba ausente, ocupado en sus negocios, y la mayor parte de las noches iba a trabajar al hotel; a veces se sentía sola con la exclusiva compañía del bebé y de Mary O'Leary. Pensó en las mejores sábanas desperdiciadas en la cama de bronce, la funda de la almohada de mamá con las iniciales bordadas en una esquina. Había imaginado conversaciones murmuradas en la noche, conversaciones femeninas, intercambio de pequeñas confidencias. Alois estaba dispuesto a ceder su cama a su hermana; él dormiría en el diván de la sala. Evidentemente, ese plan ya no era posible.

Alois no hizo el menor caso de Bridget. Le estaba hablando a su hermano sobre las máquinas de afeitar y la fortuna que había en ellas para los dos. Una ráfaga de viento frío recorrió la estación.

Bridget se ajustó la boina y se alejó.

Adolfo seguía junto a la valla con las manos en los bolsillos. Su traje era tan viejo y estaba tan gastado que en algunas partes el azul de la tela se había convertido en lila. Miraba fijamente la cara de cada persona que pasaba como si esperara que alguien lo reconociera.

3

Una vez hubo bajado la pendiente y estuvo en la fría calle, Bridget se detuvo indecisa. El reloj iluminado de la fachada del Hotel del Marinero señalaba las cuatro y veinte. Las farolas de la plaza estaban ya encendidas; los leones de piedra, agazapados en charcos de lluvia, parecían dispuestos a abalanzarse. El señor Meyer estaría todavía en su habitación de la planta baja, paseándose delante de las ventanas dobles, anudándose la corbata de pajarita bajo el cuello de celuloide, y vigilando los escalones. Sabía que no le era posible ir a un salón de té, pues no tenía dinero para ello, y si se quedaba fuera con sus zapatos que calaban el agua cogería una pulmonía. ¿Qué sería entonces del querido Pat?

Limitada por tales consideraciones, Bridget se dirigió llena de resentimiento por Lime Street hacia la parada cubierta del tranvía. Era muy probable que ya no viera a Alois ni a su hermano hasta que no cerraran las tabernas. Alois era capaz de hablar por los codos y ni por un momento recordaría la cena secándose en la olla sobre el fuego. También el señor Meyer era muy hablador, aunque tenía la maldita costumbre de no mencionar ciertos detalles. Hablaba de tragedias, de dilemas. Estaba siempre aludiendo a la «frágil historia», como él la llamaba, de su único hijo, sin terminar nunca de aclarar las cosas. Hasta hacía seis meses el retrato de un joven con el uniforme de la línea White Star había estado colgado sobre la repisa de la chimenea en la sala. El vacío dejado por el hijo del señor Meyer era notorio; señalando con ojos luctuosos ese óvalo luminoso del papel floreado en la oscura pared, el señor Meyer aludía a un sufrimiento intolerable. A Bridget le parecía a veces que lo que la mantenía sojuzgada era la poderosa naturaleza de las alusiones del señor Meyer. En otras ocasiones, cuando él subía por las noches a beber una taza de cacao y se sentaba con Alois junto al hogar, balanceando al bebé en las rodillas, pensaba que era una malvada; no podía apartar la mirada de la mano del señor Meyer, que acariciaba los miembros regordetes de su hijo a la luz del fuego.

La parada del tranvía estaba en Renshaw Street, más allá del edificio de la Misión. Estaban disponiendo los caballetes y las tablas para la sopa de caridad de la noche; los platos hondos y las cucharas de madera estaban en el suelo de mosaico del vestíbulo de entrada. Lo he visto todo, pensó Bridget: las tablas, las cucharas salpicadas de barro, los hombres con sacos por los hombros bajo la lluvia. Estaba segura de poder dar un informe completo si le fuera solicitado. Alois opinaba que ella iba por la vida como si fuera ciega.

—Dime —solía decirle de vez en cuando— ¿qué has visto por la calle, en la lavandería? ¿Cuántas mujeres canosas? ¿Cuántas rubias? ¿De qué color y trazado eran las baldosas del cuarto de almidonado?

Pero ella nunca podía decírselo. La expresión de sus ojos y el tono de su voz la silenciaban; permanecía muda, las palabras se le volaban de la cabeza. Lo mismo le sucedía cuando la interrogaba en la intimidad de su cama de bronce, en la oscuridad.

¿Es esto correcto? ¿Es lo de más allá incorrecto? Sentía que las preguntas implicaban determinadas respuestas con las que ella no acertaría. Una vez, antes del nacimiento del querido Pat, Alois había ganado en el National de Aintree y la había llevado a Montecarlo de vacaciones. Su restaurante en Dale Street iba moderadamente bien. Estaba contento con la llegada del futuro hijo. Mientras paseaban a lo largo del camino sobre la bahía había estado de excelente humor, mecía ocioso su bastón, murmuraba en su expansivo estilo sobre la vastedad del cielo y la tersura del Mediterráneo. Ella estaba tan acostumbrada a su charla que apenas distinguía sus palabras del zumbido de las abejas entre las flores silvestres que crecían junto al sendero. Volviéndose hacia ella, le había preguntado inquisitivo:

—¿De qué color crees que es el mar?

—Pues azul —había respondido ella.

—Pues azul —había remedado él y, apretándole malignamente el brazo, había gritado—: El agua es un compuesto de blanco, azul y verde. Es un reflejo de la tierra y el cielo, perro dócil.

Durante varios días después de esta corrección, no había hecho ningún caso de ella. Ella se quedaba sentada sola en la habitación del hotel con su panorama marino y se miraba el brazo amoratado en el espejo del tocador. Si él se hubiera molestado en preguntárselo, podría haberle contestado sin vacilar que su brazo, por encima del codo, se le estaba poniendo negro y azul, con un débil tono malva alrededor.

Al subir al tranvía, Bridget se encontró sola con excepción de una mujer envuelta en un chal, y un niño sin zapatos. Sus pies se mecían adelante y atrás sobre el suelo de madera mientras el tranvía doblaba trabajosamente la esquina, dejando atrás la iglesia y las ventanas iluminadas del Restaurante del Dragón de Oro. El niño sonreía mirando a un caballo aterrado que tiraba el carro del panadero, cuyas estrechas ruedas habían quedado atrapadas en los raíles del tranvía. Su hocico casi tocaba la parte trasera del vehículo. El caballo galopaba frenético por la calle tras ellos; una abundante lluvia de chispas del cable eléctrico le rodaba por el lomo. El panadero estaba erguido; la gorra con visera le caía sobre una oreja; llevaba las riendas apretadas contra el pecho. El niño corrió hacia el extremo del tranvía, saltó a la plataforma y se quedó allí en cuclillas como un mono, meciéndose arriba y abajo, tamborileando con los puños sobre la barandilla. Debido al carro que había quedado atrapado, el conductor del tranvía aceleró la velocidad. Retumbando y salpicando agua a ambos lados como un transbordador, ascendieron la colina hasta el Dispensario en un tiempo récord.

No hay nada a hacer, pensó Bridget. Ahora estaría en bata, sentado, sacando brillo a sus zapatos de noche con un trozo de terciopelo. Resignada a lo que pudiera suceder, se sintió no obstante sorprendida al bajar del tranvía y advertir que había dejado atrás su parada habitual cerca de la lechería y que había sido llevada por el Bulevar hacia el parque. Tuvo que volver andando por la avenida bajo los nogales goteantes. Al llegar a casa estaba calada.

Entró en el vestíbulo y se dirigió directamente a la puerta del sótano. La abrió y atisbo abajo. Era un agujero negro y había un espantoso olor a humedad.

—¿Está bien el niño? —gritó.

Al cabo de un momento, Mary O'Leary gritó a su vez que el bebé estaba arriba, dormido en su cuna. Había tomado la merienda.

El señor Meyer salió de su habitación y apareció en el pasillo. Estaba en calcetines y llevaba un zapato en la mano. Miró inquisitivo por todo el vestíbulo.

—¿Dónde está su cuñada? —preguntó—. No la veo, a no ser que sea un prodigio de recato.

—Oh —dijo Bridget—. Hubo un pequeño altercado. La cosa no resultó como esperábamos.

—Es algo que sucede con suma frecuencia —dijo el señor Meyer.

—El que llegó es su medio hermano.

—¿El hermano artista? —sugirió el señor Meyer— ¿Adolfo, el lobo solitario?

—El mismo —dijo Bridget—. Camina de un modo gracioso.

—¿Así quizá? —El señor Meyer se dirigió hacia ella por el pasillo con los brazos rígidos a los lados y el zapato de charol de punta hacia el suelo.

—No —le contestó Bridget—. Más bien así —y deslizándose con destreza a su lado, se dirigió con paso afectado hasta el pie de las escaleras. Apoyó la mano en la barandilla y se volvió hacia él.

—Son sus zapatos —dijo el señor Meyer—. Demasiado grandes o demasiado pequeños.

Permaneció donde estaba, apoyado lánguidamente contra la pared. Del hombro le colgaba un trapo de brillante color rojo, otrora un trozo de la enagua de Mary O'Leary.

Pesarosa, Bridget empezó a subir las escaleras. Al llegar al descansillo se inclinó sobre la barandilla y dijo espontáneamente:

—El tranvía nos llevó a toda velocidad. Todavía estoy asustada.

—¿Su marido se alegró de verlo? —preguntó el señor Meyer. La miró desde abajo con la cabeza ladeada, el pelo canoso rizado contra la tela brillante sobre el hombro.

—No de manera ostensible —dijo Bridget—. Hubo algo en el pasado. Algo relacionado con una carta y su madre. No lleva el menor rastro de equipaje salvo un viejo libro, que por lo demás ha perdido.

—Siempre hay una carta —observó el señor Meyer sombrío—. O un telegrama o incluso unas palabras impresas con letra pequeña en un periódico.

Atravesó el vestíbulo con paso cansado y en silencio hasta su habitación.

La aspidistra del segundo descansillo estaba muriéndose. Ha visto demasiado, pensó Bridget, abriendo la puerta de un empujón. El querido Pat dormía en el cajón inferior del ropero con el puño en la boca.

Se quitó el abrigo antes de encender la lámpara de petróleo sobre la mesa. El

señor Meyer había instalado luz eléctrica, pero había sólo una bombilla que colgaba del rosetón central del cielo raso y la habitación era grande. Avivó el fuego, pero aún había rincones oscuros y sombras por todas partes.

Cuando se mudaron, Alois había desenrollado su preciosa alfombra, salvada de una anterior inversión en una pensión, y se había sentido mortificado al ver que parecía una servilleta caída sobre la amplia extensión del entarimado. Después de meditarlo un poco, pensó que una cuidadosa distribución de los muebles haría que la habitación pareciera más pequeña. Después de poner la mesa, las sillas, el ropero de caoba, el perchero, el diván y el aparador sobre la alfombra, se alejó hasta la puerta y descubrió que ahora tenía una habitación de grandes dimensiones con un montón de cosas acumuladas en el medio, y que la alfombra no se veía en absoluto. Deprimido, dejó las cosas así durante varios meses y sólo gradualmente fue trasladando los muebles, pieza por pieza, hasta que por último, como si hubiese bajado la marea, reapareció la alfombra, y el ropero, el diván y el perchero fueron arrastrados contra el borde de la habitación. Jamás sería un cuarto de dimensiones íntimas.

Después de poner la mesa y adobar la pierna de cordero en su fuente de asar sobre la repisa interior de la chimenea, Bridget ya no tuvo en qué ocuparse. No trasladaría las sábanas de la cama al diván, pues Adolfo parecía no haberse lavado en meses. Tendría que arreglárselas con una sábana de franela fina y esas dos mantas que Alois había encontrado convenientemente abandonadas en el pasillo del transbordador a París.

Se arrodilló junto al ropero y llamó quedamente a Pat, rozando con el dedo meñique el pliegue cálido de su cuello con la esperanza de que despertara para poder jugar con él.

—Estoy aquí, Pat —canturreó—. Mamá está aquí. ¿Quién es el niño más bueno de mamá?

Pero el bebé no se movió. Mary O'Leary lo había dejado agotado.

—Estoy aquí —repitió Bridget, esta vez para darse seguridad.

Se dirigió inquieta hacia la ventana y se inclinó escuchando los sonidos apagados del tránsito del bulevar; estaba tan oscuro afuera y tan lóbrego adentro a pesar de la lámpara y el fuego danzante, que se sintió como si hubiera caído dentro de un pozo. Nunca volverán a verme, pensó.

En la acera de enfrente la oscuridad cedió de pronto ante una luz brillante. En el piso alto de la taberna el candelabro de gas resplandecía bajo los matices de sus cristales de color. Podía ver el querubín de escayola junto a la puerta, que sostenía una lámpara ornamental. Estaban colocando las sillas contra las ventanas, en preparación para el baile de la noche. Había que proteger los paneles de cristal. El verano pasado un furibundo trabajador portuario con el dedo gordo del pie aplastado, se había detenido en medio del *Turkey Trot*^[1], había trazado un semicírculo renqueando por el salón, y levantando a su pareja la había arrojado por la ventana a la calle. La sala parecía arder con sus paredes escarlata y sus gallardetes carmesí que

colgaban del cielo raso retorciéndose y temblando en la corriente de aire. El señor Meyer le había dicho a Bridget que la elección del color rojo para las paredes había sido deliberada. Su sola visión daba calor a la gente, por lo que sentía sed y bebía más. Beneficiaba al negocio. Sus conocimientos no tenían límite. Cuando Alois colgó algunos cuadros en la sala de estar —una fotografía de su padre y tres óleos de diferentes caballos frente a una vieja montaña—, el señor Meyer había subido y, caminando de un lado a otro con la barbilla hacia afuera, había declarado que fueron pintados en tal y tal año al estilo de tal y tal. Si estaba equivocado, Alois no lo manifestó. Acercándose al retrato con el marco deteriorado sobre el perchero, el señor Meyer había chascado los dedos.

—Ese uniforme —exclamó—. El de un aduanero, si no me equivoco. Qué hombre tan severo... un hombre de hierro.

Estaba acertado en este caso, aunque Bridget se preguntaba cómo habría llegado a esa conclusión. A sus ojos, el viejo Hitler, con sus gordas mejillas y la pálida pelusa sobre el cráneo, era la imagen del querido Pat a los seis meses. Con excepción de esos grandes bigotes, era el vivo retrato de Pat cuando, ahíto de leche y apoyado en cojines, se bamboleaba en su silla. El señor Meyer era un terrible sabelotodo.

Del piso bajo llegó un murmullo de voces seguido de una fuerte carcajada. Las ventanas temblaron al cerrarse la puerta de golpe.

Un momento después, un paraguas negro avanzaba por la acera. Al llegar a la esquina, el señor Meyer cruzó para pasar junto a la iglesia. Arrastró el estuche del violín a lo largo de la verja y se internó en la noche.

Cuando está en casa, pensó Bridget, me siento enormemente fastidiada. Pero cuando se iba, lo lamentaba. Estaba perpetuamente sorprendida de que Alois, a pesar de sus indudables dotes de observación, no lo hubiera notado. Y ¿cómo podría ella decírselo? Una de las expresiones favoritas de Alois era «Hacen falta dos para cerrar un trato». Así se lo había dicho a su propio padre cuando, indignado por la fuga que emprendieron, los había perseguido hasta Inglaterra. Al comentar sus dos condenas de cárcel por robo, una vez en Dublín y otra en París, cuyos detalles Bridget no comprendía, Alois hablaba de la relación especial que existe entre el ladrón y el propietario.

—No son separables —decía—. El uno no puede funcionar sin el otro. Hacen falta dos para cerrar un trato.

Aunque tenía sus dudas sobre el robo, Bridget se dejó convencer por el argumento. Fue de los cariñosos brazos de su familia en Irlanda a los apasionados brazos de su marido. Sonreía y se mantenía fiel; la culpa no era toda del señor Meyer. Había demostrado ser un buen amigo de Alois. Cuando fracasó el restaurante, le consiguió un empleo nocturno como camarero en el salón de fumar del Adelphi Hotel. En muchas ocasiones vivían gracias a las sobras de las cocinas. Jamás les había aumentado el alquiler ni un penique. Si sólo sus gestos amistosos se hubieran detenido en Alois.

Había empezado por un golpecito paternal bajo la barbilla y avanzado a un abrazo total de su persona. Siempre que tenía oportunidad, fuera en el pasillo oscuro o en el descansillo del segundo piso, el señor Meyer la cogía, la alzaba, la apretaba contra sí, y la mecía riendo. No intentaba besarla ni tomarse libertades con su ropa. Sólo luchaba con ella en medio del aire por así decirlo, sin dejar de emitir una risa ahogada. Ella no sabía qué hacer para poner fin a esa costumbre. Si hubiera sido una muchacha y no una mujer casada, quizá no habría sabido a qué puede conducir ser mecida. Aun así había un elemento de peligro en todo el proceso.

—Jo, jo, jo —gritaba él con la barbilla entre sus pechos, la cara marfil vuelta escarlata, con la respiración entrecortada, y caía en una especie de trance. Ella misma experimentaba una especie de triste excitación. Los párpados de él temblaban; al principio a Bridget le pareció como si se estuviese muriendo. Los brazos se le aflojaban y ella se deslizaba abajo. Mejilla contra mejilla, mientras la aspidistra se mecía en su soporte, oscilaban en las sombras como amantes en una sala de baile.

En ese momento se apagaron las luces del salón de baile. Afuera estaba casi totalmente oscuro. Alguien había arrojado un ladrillo contra la farola de gas de la esquina y nunca había sido reemplazada. Todo lo que Bridget podía ver era el resplandor de la ciudad distante en el cielo y un reflejo luminoso en la pálida bóveda de la iglesia. En la dirección opuesta, la calle descendía infinitamente colina abajo hasta perderse de vista más allá de las hileras de casas ennegrecidas, la Cervecería y el Hogar de Incurables, la Fábrica de Jabones y la Bovril, y terminaba en los depósitos y los muelles. Ni un árbol crecía en ella desde allí hasta el río.

Alois llevó a su hermano a una taberna de Lime Street. En cuanto atravesó las puertas con el fatigado viajero vio a un empresario conocido que estaba ansioso por evitar. C cogió a Adolfo del brazo, murmuró vagamente que el establecimiento estaba demasiado lleno como para encontrarse cómodos, y volvió a llevárselo a la calle. Adolfo había llegado a ver el interior casi vacío del establecimiento y sintió que había algo de siniestro en su apresurada retirada. Calado de lluvia y tembloroso, se dejó arrastrar por la calle. Le asombraba la multitud que caminaba hombro con hombro en todas direcciones tropezando y chocando los unos con los otros. Pensó frenético que debía de haberse metido en una manifestación, en algún levantamiento. En un momento dado se vio obligado a descender a la cuneta y por poco lo atropella el carro de un cervecero tirado por un caballo grande como un elefante. Con lazos en los arneses y agua que le chorreaba de las macizas ancas, el animal pasó a su lado como un trueno. Jamás había visto un caballo semejante. Tembloroso, se cogió al brazo de Alois y fue arrastrado hasta una taberna en la siguiente esquina.

Allí se sentó a una mesita redonda junto a un tabique con la parte superior de cristal, elaboradamente tallado y decorado. Normalmente detestaba los licores fuertes, pero ahora todo su cuerpo se estremecía de frío y de fatiga. Con los dientes chocando contra el borde del vaso se bebió la ginebra de un solo trago.

Alois empezó a hablar inmediatamente de sí mismo y de sus ambiciones para el futuro. Presumió de haber sido el subgerente más joven y no sólo más joven, sino también más popular del Hotel Ritz de París. Conocía su propia valía. Cuando la orquesta atacaba y los comensales se ponían de pie, las mujeres no podían resistir ir a su encuentro. En muchas ocasiones, mientras bailaban el *foxtrot* sobre el suelo pulido, lo miraban por encima del hombro de su pareja lanzándole mensajes con ojos ardientes. El éxito logrado en Londres también había sido extraordinario... La gente que había conocido... En cuanto a Liverpool, aunque fuera él mismo quien lo dijera, le había ido tan bien que a los seis meses de llegar a la ciudad se había comprado su propio hotel y más tarde un restaurante. No destinados a la morralla, por supuesto... sus clientes habían sido sobre todo reyes de los astilleros y magnates algodóneros... los verdaderos personajes. Pero su indudable capacidad para la hostelería no era nada en comparación con su olfato para el comercio. El conocimiento superior que tenía del mercado le permitiría organizar una empresa que a la larga valdría millones. En muy poco tiempo se convertiría en un imperio. Sólo con que pudiera disponer del miserable capital inicial para lanzarse a la aventura.

Adolfo se sentía pasmado. La ginebra se le había subido a la cabeza y le parecía encontrarse nuevamente en el vapor, elevándose y hundiéndose por el canal al ritmo de las olas.

—En poco tiempo —profetizaba Alois— a nadie se le ocurrirá utilizar otra cosa. En mi calidad de vendedor principal de todo el noroeste, estoy en posición de juzgar.

Tengo contactos en Bradford... en Manchester. Nombra el personaje que se te antoje... seguro que lo conozco.

Adolfo no conocía el nombre de nadie. Creyó que se le habría escapado algún punto importante de la conversación. Parecían haber abandonado el frívolo tema de la pista de baile para emprender el de los grandes negocios.

—En una ocasión —dijo en tono confidencial—, tuve la idea de recubrir los viejos billetes de banco con celuloide para hacerlos más duraderos. Habría que hacerlos más pequeños, claro.

—Una afeitada tan suave —dijo Alois—. Una acción tan gentil sobre la piel. Créeme, harán furor.

—Otra vez —recordó Adolfo—, se me ocurrió que podría hacerse mucho dinero llenando viejas latas con pasta y vendiéndoselas a los tenderos. En Viena los escaparates se congelan durante el invierno. No es posible ver los artículos expuestos.

—Pero sin duda —objetó Alois— la pasta tendría tantos inconvenientes como la escarcha.

—Nunca se hizo la prueba —dijo Adolfo.

Quedó temporalmente cegado. Había tantos puntos luminosos en la estancia, tantos reflejos resplandecientes, que apenas podía ver a su hermano. En todo caso, no era una cara reconocible. Alois se había marchado de casa cuando Adolfo tenía nueve años. Parecía haber muy poca conexión entre ese joven granujiento de dieciséis años y el hombre próspero y algo corpulento que estaba sentado frente a él, obsesionado por las máquinas de afeitar.

Alois insistía en divulgar sus planes para la expansión del comercio. Hablaba de trenes y buques de carga y de un mundo que se encogía. Con el tiempo, con la ayuda de Dios, resultaría más económico financiar el propio ferrocarril.

—Será sencillo para mí —razonó—. Un juego de niños. Después de todo, tengo numerosos contactos en París y en Munich... y con Angela tan estratégicamente situada en Linz... —Se interrumpió de pronto y miró enojado sobre la mesa.

Adolfo se había quedado casi dormido. Se encontraba tan relajado, con la cabeza apoyada en el respaldo almohadillado de su silla, que sentía que los miembros se le alejaban del cuerpo; tenía la boca abierta. Empezó a salir vapor de su ropa húmeda. En algún sitio, mucho tiempo atrás, había saltado desde el techo de un granero a la hacina de debajo. Lo había envuelto el mismo aroma asfixiante de trébol seco al sumergirse en el heno incoloro.

Un violento movimiento de la mesa y una mano que lo aferraba por el cuello le devolvieron la conciencia. Abrió los ojos para ver a Alois como una montaña sobre él, que le exigía una explicación de cómo le había quitado el dinero a Angela.

—¿Qué dinero? —preguntó sobrecogido. Creía que su hermano seguía pensando en términos de millones.

—Mi dinero —gritó Alois—. El dinero que le envié a Angela para su billete.

Agarró la pechera de la camisa de Adolfo y la retorció de tal modo que estuvo a

punto de asfixiarlo.

—No se lo quité —gritó Adolfo—. Ella me lo dio por su propia voluntad. Dijo que no le era posible dejar a los niños.

Le aparecieron manchas en los pómulos. Pero no era la presión de los dedos de su hermano en el cuello lo que le ahogaba, sino el odio. La estancia se oscureció ante sus ojos; sentía que la sangre le palpitaba en los oídos.

Alois lo soltó y volvió a sentarse enfadado en su silla. Le aparecieron gotas de sudor en la frente, donde le había presionado la banda de su elegante sombrero.

—No tenías derecho —masculló malhumorado.

Adolfo luchaba por recuperarse, por hacer alguna observación que expresara qué poco afectado se sentía. Deseaba encogerse de hombros indiferente, sonreír burlón. No pudo lograr nada de eso. Miró fijamente la rubicunda cara de Alois y frunció el entrecejo. Por un momento evocó la imagen de su padre que tenía cogido a su hermano por el cuello contra el nogal y le pegaba con una correa de cuero hasta que se desmayó. El perro de la familia corría alrededor del árbol ladrando. El padre cogió también al animal, y lo golpeó repetidamente. Cuando lo soltó, el perro se arrastró por la hierba y se orinó.

—No tenías derecho —repitió Alois mientras se enjugaba la frente con un pañuelo—. El dinero era mío.

—Te lo devolveré en seguida —gritó Adolfo con estúpido orgullo.

Por suerte, mientras se metía las manos en los bolsillos vacíos, un hombre que llevaba un estuche de violín se acercó a la mesa. Alois se puso de pie y lo saludó con efusividad. Quería que el hombre se sentara. Era otra vez todo sonrisas.

—Sólo he venido para dar la bienvenida a Adolphus —dijo el desconocido—. No tengo intención de convertirme en intruso permanente.

Permanecía de pie, con la mano sobre el hombro de Alois.

Adolfo estaba sentado, perfectamente erguido, con el cuello torcido y un botón de la camisa saltado. Se confirmaron sus peores temores. Aunque el funcionario que lo examinaba vestido de negro de pies a cabeza como un enterrador no tenía la menor semejanza con el hombre del barco ni con la inverosímil figura en el balcón, no le cabía la menor duda de que estaban confabulados. Aguardó con piernas temblorosas bajo la superficie brillante de la mesa, esperando ser arrestado en cualquier momento.

Sin embargo, la expresión del desconocido no era del todo hostil. Estudiaba escrupulosamente a Adolfo, como si no estuviera enteramente seguro de que fuera la persona en cuestión.

Había algo en el hombre peculiarmente familiar. Adolfo no pudo evitar evocar a sus dos más íntimas amistades en Viena: Josef Neumann y Jakob Altenburg. Desde ciertos ángulos, a través de la ventana de un café o de perfil en la calle, Josef parecía altivo, casi despectivo. Esta impresión era consecuencia de la compostura de sus facciones, propia de una máscara, y no tenía nada que ver con la forma de su nariz o la plenitud de sus labios. Era como si, más bien a la manera del leopardo y de sus

manchas, hubiera heredado de sus predecesores una uniformidad que le permitía deslizarse inadvertido a través de la jungla. Pero repentinamente, cuando despertaba su atención un golpeteo en los cristales o la llamada de su nombre, se volvía y sonreía como una mujer, cálida y seductoramente, con la cara transformada por completo. Era entonces del todo evidente a qué especie pertenecía.

—Los viajes a menudo son incómodos —decía el hombre—. A veces los pies duelen de una manera atroz. —Adolfo lo miró fijamente—. A no ser que uno pueda permitirse el lujo de viajar como Dios manda —añadió el hombre.

—Él no puede permitirse el lujo de viajar de ninguna manera —dijo Alois. Guiñó un ojo con malicia—. Estos esforzados artistas jamás tienen medio penique.

Adolfo empezó otro inútil registro de sus bolsillos y dijo con amargura:

—Soy un pintor de tarjetas postales. No es la misma cosa. —Odiaba que se lo llamara artista, esforzado o cualquier otra cosa. Desde que la Academia de Bellas Artes de Viena lo rechazara definitivamente, prefería considerarse un estudiante. Bostezó de cansancio y también con cierta sensación de fracaso.

—Si fuera yo —dijo el hombre—, llegaría a mi destino, me acostaría y cerraría los ojos. Durante un rato oiría ruidos en mi cabeza. ¿Estoy en lo cierto?

Adolfo frunció los labios y no contestó. Pensó que querían obligarlo a admitir algo con astucia. Contempló fijamente la pared lejana y la pintura de un barco negro que navegaba por un mar resquebrajado y barnizado.

—Cuando era muchacho —evocó el violinista— mi madre temía que padeciera la enfermedad del sueño. Era capaz de estar en cama desde el amanecer hasta el atardecer. Sin el menor esfuerzo. Mi cuerpo ardía de actividad, pero mi mente dormitaba. Ahora es al revés. Despierto en la noche como un niño, mordisqueo rodajas de embutido como si mi vida dependiera de ello, y paseo de un lado a otro como un centinela aunque no haya nada que guardar. Mi cuerpo está fatigado, pero mi mente se niega a descansar.

Al oír esto, Adolfo no pudo evitar levantar la mirada. El hombre sonrió. Sus grandes ojos melancólicos resplandecieron de enorme ternura.

Esta sonrisa afectó vivamente a Adolfo. Se había mantenido inusualmente controlado durante muchas horas. El largo viaje en tren lleno de insondables alarmas, el jactancioso saludo de Alois y su vulgar conversación sobre intrigas e imperios lo habían mantenido en un estado de perpetua ansiedad, de tensión. Había estado como el cazador que al avistar a su presa en el momento menos esperado, sabe que el menor signo de agitación producirá el olor del miedo y atraerá a la bestia con garras desplegadas a su encuentro. Ahora podía correr hacia aquel igual junto a la hoguera del campamento a admitir que había visto cara a cara a la muerte.

—Es cierto —tartamudeó—. No puedo dejar de pensar.

Se dio cuenta de que el hombre que le daba tan bondadosas muestras de consideración no se parecía en nada a Neumann ni a Jakob Altenburg. Había otra persona a quien sí se parecía, una figura más joven que no llevaba un estuche de

violín, sino una maleta Gladstone que contenía gasa y tintura de yodo. Era el doctor que había atendido a su madre cuando moría de cáncer y que lo había consolado cuando, ya muerta, yacía con un rosario piadosamente entrelazado en los dedos.

—Mi querido muchacho, con el tiempo lo superarás —le había prometido el doctor Bloch.

Uno no pierde el juicio después de beber una copa de licor, pensó Adolfo. Por fin había aquí un individuo del mismo calibre que él, un ser humano con sensibilidad, alguien que podía hablar de temas importantes, de las cosas que nutren el alma.

El hombre se volvió hacia Alois y empezó a hablar en inglés. Adolfo observó sus caras y escuchó los sonidos extraños. Durante todo el tiempo tuvo conciencia de que en los ojos del violinista todavía brillaba esa luctuosa expresión de dulce preocupación.

—¿Quieres chuletas esta noche o prefieres pescado? Tienes cordero, no lo olvides.

—Pescado —contestó Alois—. También melocotones, si es posible.

—Es posible.

El desconocido miró a Adolfo, levantó el estuche del violín en el aire y lo golpeó significativamente.

—No toco ningún instrumento —confesó Adolfo—. Nunca tuve la oportunidad. Pero amo la música... A Wagner en particular.

—Tenemos una magnífica sala de conciertos —le dijo el hombre—. Debes conocerla.

Le aseguró a Adolfo que pronto se verían, se sacó el sombrero con un cortés gesto de despedida y se abrió camino entre las mesas hasta la puerta.

—Mamá te compró un piano —dijo Alois—. Según Angela era una marca cara. Recibiste lecciones.

—Muy pocas —dijo Adolfo con aspereza—. Luego se vendió el piano. Angela y Paula se repartieron el dinero.

Alois pensó que quizá había hablado injustamente e invitó a su hermano a otro trago. Adolfo meneó la cabeza con remilgo.

—Sólo una más —insistió Alois—. No me preocupa el gasto. Puedes devolvérmelo cuando te hayas independizado.

—No me gustan los licores fuertes —dijo Adolfo con la cara más contraída y desaprobadora que nunca.

—¡Maldita sea! —gritó Alois exasperado—. No puedo soportar a un hombre que no beba. Y abandonando su asiento, se alejó enfadado a grandes zancadas.

Adolfo se arrellanó indiferente junto al tabique. Ahora que el músico se había ido, comenzaron a asaltarlo las dudas. ¿Había habido una amenaza oculta tras las palabras «Volveremos a vernos»? ¿Por qué esa feroz insistencia en que visitara la sala de conciertos? Y esos ruidos que podría oír dentro de su cabeza ¿eran órdenes susurradas para que se entregara o el más ominoso sonido de botas militares que marchaban hacia él? ¿Qué quería decir el viejo judío con sus sensibleras anécdotas de una adolescencia holgazana, su trágica expresión, ese aire embaucador de fingida y húmeda compasión? No había lugar alguno donde pudiera esconderse, ni nadie a quien acudir. Suponía que su hermanastro lo había abandonado. Se arrellanó aún más cómodamente en su silla, horriblemente despierto, y contempló fijamente la banda de seda gris que circundaba la copa del magnífico sombrero abandonado de Alois.

Sin embargo, al cabo de unos minutos de haberse ausentado del bar, Alois regresó y se sentó a la mesa. Adolfo se sintió inmensamente aliviado, pero no dijo nada.

—¿Qué hora es? —preguntó Alois, aunque la sabía. No se le ocurría otro modo de poner fin al silencio hostil.

Adolfo contestó malhumorado que no tenía la menor idea, tan malhumorado que su hermano no pudo impedir anunciar lo obvio:

—No tienes reloj.

—No tengo tiempo para relojes.

—Tampoco tienes sombrero. Ni abrigo.

Adolfo no le hizo ningún caso. Sentía un desprecio absoluto por esos signos exteriores del éxito de Alois: sus mofletudas mejillas, su elegante bastón apoyado contra la pared, esos eslabones de pesada plata que colgaban en resplandeciente semicírculo desde el ojal al chaleco.

—¿Qué es ese olor tan desagradable? —preguntó Alois frunciendo con disgusto su carnosa nariz.

Ofendido, Adolfo se quedó encogido, reteniendo el aliento como para negar la existencia de cualquier olor. Imaginaba que su corpulento pariente, vestido con sucesivas capas de telas caras, jamás habría sufrido la humillación de la pobreza. Mientras Alois había estado pavoneándose en vestíbulos de hoteles lujosos mirando insinuante a las mujeres entre palmeras en macetas, en cambio, él, vestido con estas mismas ropas, había dormido sobre un banco en el Prater y, a veces, en tiempo lluvioso, bajo los arcos de la Rotunda. Al llegar las primeras nevadas del invierno, temeroso de morir de frío, había recorrido trabajosamente las dos millas y media que lo separaban de Meidling, en las afueras de Viena, y había hecho cola delante del Asyl für Obdachlose para poder dormir allí. Una vez dentro había sido sometido a un interrogatorio y habían tomado nota de sus datos. No tenía trabajo, ni dirección, ni capacitación profesional y se había negado a admitir cualquier tipo de creencia religiosa. Toda su vida, con sus pequeños triunfos y desastres, sus ilimitadas

esperanzas y aspiraciones para el futuro, quedaron condensadas en unas pocas palabras garrapateadas en un pedazo de papel gris del tamaño de una tarjeta de visita. Este mezquino historial, apenas completado, fue sellado con una hilera de cifras que con toda eficacia borraron su nombre y la fecha de su nacimiento. Por alguna razón, al ver esas cifras impersonales se había sentido aterrado. Había deseado hacer una escena, insistir en que le marcaran la frente o la muñeca con esos mismos números para llamar así la atención sobre la falta de humanidad con que era tratado. Pero no tuvo valor y, además, de los corredores llegaba un delicioso aroma de sopa de patatas. En ese momento ya no era un hombre, sino una boca inmensa inundada de saliva. Sometido e inscrito en la lista como 848763/Sexo masculino, fue conducido a una gran habitación donde le dijeron que se desnudara. El cielo raso estaba cubierto de intrincadas cañerías y el suelo era de baldosas. Allí se bañó en público y luego se mantuvo de pie con un trozo de toalla que se sostuvo pudoroso delante mientras desinfectaban sus ropas. Cuando se las devolvieron, los sobacos de su chaqueta y la entrepierna de sus desgastados pantalones habían cobrado un delicado matiz lila. Periódicamente, durante los últimos tres años, había seguido el mismo ritual humillante en varias otras instituciones. Se había convertido en una especie de veleta andante: a la mínima señal de humedad, instantáneamente emanaba de él el inconfundible hedor de desinfectante.

—Quizá tenga un abrigo que te vaya bien —dijo Alois, y agregó—: No me beneficia que me vean con alguien tan mal vestido como tú.

Mientras hablaba mantenía la cabeza gacha, golpeando el borde del vaso con su anillo de bodas.

Metafóricamente hablando, hasta ese momento Adolfo había estado acurrucado al borde mismo de un abismo. Varias veces se había sentido vacilar. Ahora, con ese brutal ofrecimiento de galas de segunda mano, Alois lo había lanzado de una patada a las profundidades. Al caer, se cogió de la mesa y la inclinó hacia él. El vaso se deslizó de los dedos de Alois; alzó la vista y se sobresaltó al ver la absurda expresión de rabia en la cara de Adolfo. Sostenía la cabeza en un ángulo extraño, como si una mano invisible le tirara del cabello por las raíces, haciéndolo sonreír con tanta ferocidad que resultaba casi cómico. Mientras lo miraba atónito, Adolfo empezó a gruñir como un zorro acorralado.

—Modérate —dijo Alois desconcertado. Corrió su silla en torno a la mesa tratando de ocultar este extraordinario espectáculo al resto de la estancia. Él mismo tenía bastante carácter, era el primero en admitirlo, pero este despliegue más bien afeminado de frenesí enfurecido lo dejaba perplejo. Algún instinto le impidió dar un cachete a su histérico hermano.

Adolfo empezó a gritar de manera incoherente. Alois había cobrado tan vastas proporciones que su boca, bajo esos odiosos y bien recortados bigotes, era capaz de devorarlo. Levantó el puño, dispuesto a reventar esas mejillas rosas hinchadas como globos.

Justo entonces, Alois, que tenía cierta experiencia con caballos, dándose cuenta de que Adolfo estaba dispuesto a corcovear con violencia y de que al hacerlo rompería en pedazos los paneles de cristal, sacó su pañuelo y empezó a murmurar:

—Tranquilo, so, tranquilo —una y otra vez.

Finalmente se las compuso para echar el brazo sobre los hombros caídos y temblorosos de su hermano. Por dos veces Adolfo consiguió desprenderse mientras soltaba incoherencias sobre sabandijas, pieles rojas y hombres barbudos. Pero se estaba agotando. Por último le permitió a Alois, que aún emitía esos pequeños cloqueos de maternal firmeza, que le restañara el labio inferior, el cual le sangraba copiosamente por el constante cerrarse de sus agitadas mandíbulas. Alois se puso en pie, pensando pesaroso que ésta era otra taberna por la que no podría asomarse durante algún tiempo, y condujo a su hermano hasta la puerta a través de una docena de parroquianos curiosos y sonrientes.

6

La conducta de Adolfo en la calle fue igualmente insólita. Se sobresaltó ante la llegada del tranvía y se negó a subir a él. Dio media vuelta y se alejó corriendo. Temiendo que un escándalo hiciera peligrar sus futuros planes empresariales, Alois le siguió y le hizo entrar en un taxi. Durante el breve viaje, Adolfo se quejó de que oía a alguien tocar el violín. Se cubría los oídos con las manos y balanceaba la cabeza de adelante hacia atrás.

En la acera delante de la casa se quejó de pianos y saxofones. Dijo que la calle latía al compás de *jazz Dixieland*.

—Creía que te gustaba la música —dijo Alois apesadumbrado.

Una vez arriba, le explicó a Bridget que su huésped estaba agotado.

—¿De veras? —preguntó Bridget, pensando que si eso era cierto, Adolfo lo manifestaba de un modo bien extraño. Giraba tan velozmente alrededor del cuarto que sólo mirarlo mareaba. La alarmaron la palidez de su piel y las manchas de sangre en la camisa desgarrada.

—Te dije que no te acaloraras —le reprochó—. Mira en qué estado se encuentra.

—Estuve manso como un cordero —le replicó Alois—. Otro hombre le habría estrangulado. Tuvo una especie de ataque.

—¿Un ataque? —exclamó, y las manos le temblaron mientras servía la sopa.

La conversación en la mesa no fue como ella la había imaginado. Nadie la felicitó por su cocina ni le preguntó cuántos dientes tenía el bebé. Adolfo protestó por la fotografía de su padre que colgaba sobre el perchero. Dijo que la fea cara del viejo le impedía comer. Alois le dijo que hablara con más educación. Levantó en el aire el tenedor amenazante y dejó caer salsa sobre el limpio mantel blanco. Entonces Bridget se sintió azorada y volvió a contar la saga del carro con el caballo desbocado, cuyas ruedas quedaron atrapadas en los raíles del tranvía.

—El viejo que conducía el carro —dijo— se aferraba a las riendas como si con ello salvara su vida. Estaba a punto de perder el sombrero. —Se llevó las manos al pelo castaño rojizo.

En medio de esta descripción, Adolfo se volvió hacia Alois y quiso saber de qué estaba ella hablando. Impaciente, Alois comenzó otra vez la historia. Hacia la mitad, Adolfo saltó de la mesa y se puso a girar con las rodillas dobladas y los brazos tendidos como alas. La servilleta almidonada, metida en su cuello, colgaba rígida como una tabla sobre su malograda camisa.

—¡Dios nos asista! —exclamó Bridget mientras observaba sus frenéticas cabriolas sobre la alfombra rosa. Su cara blanca le recordaba la del pilluelo del tranvía. ¿Era alegría o dolor de vientre lo que le había dado?

—Otra vez descontrolado —dijo Alois levantándose de la silla. Llevó el sofá cerca del fuego y, cogiendo a Adolfo por el brazo, le hizo acostar por la fuerza y le cubrió con las mantas escocesas.

—Estoy harto —le dijo a Bridget—. Me voy.

—No me dejes —le rogó ella.

—No es peligroso —dijo Alois—. El tonto cree que alguien le robó la gorra. Enciérrate en el dormitorio si tienes miedo.

Apagó la luz eléctrica y cogió el abrigo y el bastón.

—¿Es contagioso lo que tiene? —preguntó Bridget, preocupada por el querido Pat. Pero Alois se encogió de hombros y bajó corriendo las escaleras. Pensó que haberle enviado dinero a su hermana en Linz había sido la acción más lamentable de su vida.

Durante cinco días con sus respectivas noches, Adolfo estuvo casi permanentemente acostado en el sofá de la sala. Sólo subía trabajosamente al lavabo en el descansillo del tercer piso para volver a caer inmediatamente insensible entre las mantas arrugadas. Dormía con la ropa puesta y no comió nada salvo un plato de caldo de cordero el tercer día. El sofá que, para mayor comodidad, había sido trasladado en un principio junto al fuego, fue arrastrado luego por Alois y vuelto del revés contra la pared para ocultar al durmiente.

No fue una temporada feliz para Bridget. Se sentía una intrusa en su propia casa, obligada a andar de puntillas, forzada a evitar que el bebé hiciera demasiado ruido. No quería que los asesinara mientras Alois estaba fuera vendiendo sus máquinas de afeitar. Huyó al sótano en busca de la comprensión de Mary O'Leary.

Mary tenía sesenta y cinco años y era rusa. Bridget suponía que era la criada para todo del señor Meyer. Le lavaba la ropa y le preparaba una cena cada domingo alrededor de las cuatro. A las tres y media, Meyer abría prudentemente tanto las puertas del vestíbulo como la que daba a la calle en previsión del humo que no tardaría en llenar la casa desde el sótano hasta el ático. A veces Mary fregaba los escalones del umbral y de vez en cuando se la veía sobre sus macizas rodillas en la sala, fregando el hule con un trapo seco. Sobre todo permanecía abajo y concentraba toda su atención en el fuego, cuidando de que nunca se apagara. Se mantenía en su puesto como un fogonero excéntrico, con una pala siempre a su lado, luchando hora tras hora con la intrincada serie de combustibles y compuertas de tiro que regulaban la vieja estufa. Encasquetado en la cabeza cana llevaba un gorro que había usado de niña, cuyas cintas de color hacía ya mucho tiempo que se habían marchitado para convertirse en chamuscados nudos que le colgaban a ambos lados de las enrojecidas mejillas.

El sótano era sin duda la habitación más cálida de la casa, aunque la fuente subterránea que manaba bajo la calle en pendiente, crecía de cuando en cuando e inundaba el suelo de piedra hasta la altura de las rodillas. Con su cielo raso bajo y su lámpara de gas de hierro fundido que colgaba como un pedazo de roca sobre la mesa fregada, según el señor Meyer, el cuarto tenía una dignidad de la que carecía el resto de la casa, pues había sido desmembrada, restaurada y dividida por una sucesión de propietarios ignorantes. Por su parte, Bridget pensaba que como morada era un agujero desesperante. Había ratas que saltaban, flexibles como hurones, a través de la carbonera, y extrañas excrecencias vegetales que brotaban sobre las paredes húmedas.

Mary O'Leary estaba de pie junto a la mesa, manipulando media docena de pecheras de camisas sucias. Escuchó las quejas de Bridget.

—Primero no tenía equipaje —dijo Bridget—. Y ahora resulta que le robaron a cada paso. Libros y ropas y cosas. Ni siquiera tiene una camisa de repuesto y sus

zapatos están completamente gastados. Habla mientras duerme. Tiene malos sueños.

—Dios de los cielos —musitó Mary O’Leary mientras frotaba los cuellos con su gastado cepillo.

—... Dijo que había gastado una fortuna en cierto medicamento que había provocado la muerte de su madre. Que le dio un tinte amarillento y le cerró la garganta.

—Es extraño que no se haya ahogado al decirlo —exclamó Mary O’Leary.

—Fue Alois el que lo dijo —admitió Bridget—. No sé cuál es la verdad, pero no puede ser bueno para el bebé.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Mary refiriéndose al huésped de las pesadillas.

No era que estuviera curioseando. Dos meses después de su cuadragésimo cumpleaños, mientras trabajaba como criada para su tío Reub en su tienda de relojería de Brownlow Hill, se le había aproximado un irlandés que la llevó a un baile barato, la estuvo cortejando durante poco tiempo, e inesperadamente la desposó. La noche de bodas su marido se quejó de que era vieja y velluda, y por la mañana partió para nunca más volver. Mary ya no estaba segura de cuál era su talla, el color de sus ojos o sus cabellos, pero todavía se sentía desconcertada por su desaparición y no estaba convencida de que la suya fuera una ausencia permanente. A menudo, cuando el señor Meyer llevaba a casa algún amigo, ella aparecía inquieta en la sala y preguntaba:

—¿Es él?

Como si veinticinco años fueran ayer y el evasivo O’Leary hubiera ido meramente a la vuelta de la esquina a buscar tabaco.

—No es alto —dijo Bridget—. Aunque lo cierto es que apenas le he visto de pie. Tiene los ojos muy azules. Lleva la cabeza rapada.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Mary O’Leary.

—Veintitrés —dijo Bridget—. A Alois le preocupa su documentación. No cree que la tenga en regla.

No quiso decirle a Mary que Alois ya había registrado los bolsillos de su hermano mientras dormía y que había comprobado que su pasaporte no estaba en regla.

—Es un artista —dijo Mary O’Leary—. Me lo dijo Meyer. Dijo que no siempre hacen lo adecuado.

Bridget no sabía qué pensar. Las afirmaciones de Alois eran muy contradictorias. En el pasado había dicho de Adolfo que era un dotado arquitecto, un erudito, un hombre de talentos especiales. Su opinión se basaba en los recuerdos que tenía de su hermanastro cuando niño y en la información suministrada por su hermana Angela. Bueno, cuando el marido de Angela murió dejándola con niños pequeños que mantener, y con Paula, la hermana de Alois, a su cuidado, Adolfo había renunciado voluntariamente a la pequeña pensión que le legara el viejo Hitler y se la había cedido a Angela. Era generoso, inteligente y con futuro. Sin embargo, ahora que Adolfo dormía en el corazón mismo de su sala de estar, Alois clamaba que era un peso

muerto, un ladrón, y que siempre había sido un malcriado. Para sacarle dinero, Angela se había visto forzada a llevarlo ante los tribunales. Había destrozado el corazón de su madre y se había limpiado el culo con el boletín de notas de la Realschule.

—Desde luego, no es muy cómodo tenerlo todo el día allí acostado —dijo Bridget—. Yo misma no sé dónde meterme.

Mary O'Leary quiso saber si podría echarle un vistazo. Sólo para ver qué clase de persona era. Puso más carbón en el fuego para asegurarse de que no se apagaría cuando le volviera la espalda.

—No tiene mucho de visible —dijo Bridget—. Está de cara a la pared y tiene la cabeza bajo las mantas.

—¡Dios de los cielos! —murmuró Mary O'Leary—. Que haya de tener un cadáver en sus manos.

Moviendo los codos como pistones, subió las escaleras hasta el segundo piso.

—¿Está bien? —susurró Bridget. Adolfo yacía de espaldas y con los brazos cruzados sobre la cara. Todavía metida en su cuello gastado la servilleta, ahora floja y arrugada, se elevaba y bajaba suavemente.

—Yo ya he visto esto antes —dijo Mary O'Leary—. La esposa de mi tío Reub estuvo así acostada durante muchos años. De vez en cuando llamaba quejumbrosamente a su madre. —Miró pensativa al desmoronado visitante—. Posiblemente un choque repentino lo vuelva en sí.

Y agitó los brazos sobre el sofá y emitió varios gritos guturales como si estuviera desatascando la estufa.

El querido Pat, que estaba pacíficamente acostado en el cajón del ropero, se despertó y empezó a llorar a gritos.

Adolfo siguió durmiendo.

—Quizá fuera mejor un cubo de agua —observó Mary O'Leary.

—Años —se lamentó Bridget llorosa cogiendo al bebé en brazos y palmeándole la espalda—. No puedo soportarlo ni un día más.

De no ser porque había perdido el cariño de su madre por haberse fugado, habría hecho las maletas y cogido el próximo barco que la llevara a Dublín, a su hogar.

—Cuando menos sabe dónde se encuentra —dijo Mary O'Leary.

Cada vez que Adolfo abría los ojos, unas sombras enormes se deslizaban sobre él. Sabía que se estaba celebrando una fiesta; oía con claridad música y gente que cantaba. En un momento dado, perdida la esperanza de persuadirlo de que bailara, lo arrastraron horizontalmente por el suelo. Una serie de imágenes se proyectaron temblorosas ante él: una joven con una blusa color crema, una vieja que agitaba los brazos angustiada, un hombre con cabellos plateados que movía un dedo solemne... y Alois, que levantaba una copa de vino hacia la lámpara con forma de cuello de cisne de la pared, y hablaba de días de antaño:

—... Por supuesto, mamá estuvo de su parte... Una magulladura del tamaño de un huevo en mi sien izquierda... Dijo que él jamás habría ido al cementerio a no ser que yo lo hubiera llevado...

La injusticia de esta conversación conmovió a Adolfo. Recordaba con toda claridad cómo había retrocedido, rehusando entrar en el cementerio. No quería mirar directamente la tumba de Edwin... ya era bastante penoso ver la pequeña cruz gris desde la ventana de su habitación. Hizo un esfuerzo por erguirse, decidido a llamar a Alois mentiroso, y descubrió que estaba en un cuarto frente a una puerta con un vidrio de color. No había escalones afuera, sólo una bajada a un pequeño patio azul. En el medio, un joven alto blandía un hacha sobre la cabeza de un niño agachado en la tierra azul con rodillas color zarzamora.

La habitación estaba vacía con excepción de una bañera herrumbrosa en el rincón. Sobre ella, asegurada precariamente a la pared, se destacaba un elaborado cilindro hecho de cobre. Del borde de la bañera colgaba una pequeña toalla roja, escarlata como una amapola, tan brillante que Adolfo se quedó mirándola un buen rato pensando qué bonito cuadro haría todo eso: la toalla, el cilindro, los paneles de vidrio azul de la puerta que no conducía a ningún lugar.

De pronto advirtió que estaba siendo observado por un hombre de corbata manchada que estaba de pie sobre una caja de madera, orinando. Pálido de asco, Adolfo se precipitó escaleras abajo, derribando la aspidistra de su desvencijado pedestal, y por el rabillo del ojo vio al hombre de cabellos plateados, reducido ahora a las dimensiones de un enano por la joven de la blusa color crema que se elevaba sobre él de manera milagrosa mientras bailaban lentamente el vals en el descansillo.

Alois estaba todavía hablando, moviendo la copa tan cerca de la cara de Adolfo que parecía tener intención de reducirla a astillas y metérselas por la nariz.

—... Tres habían muerto, no lo olvidéis... Gustav e Ida en la infancia... Edwin a los seis años, de sarampión... En nuestra calidad de hijastros, Angela y yo no recibimos...

Adolfo se acostó y se cubrió los ojos con los brazos. Alguien lloraba. Una lágrima enorme le cayó en la boca y empapó su pecho.

Bridget esperó a una prudente distancia mientras su marido vaciaba la jarra de agua sobre el sofá. Si se producía una pelea estaba dispuesta a decirle a Alois que ya había soportado bastante y que se iba a casa de su prima Bernadette, en Knotty Ash.

Adolfo se despertó. Se sentó y, como un nadador que se enfrenta a una ola, boqueó sobre el respaldo del sofá.

—Perfecto —dijo Alois—. Hay un grifo en el descansillo y un espejo en el lavabo de arriba. Te dejaré mi navaja. Cuando regrese espero verte lavado, afeitado y en movimiento. Acabarás paralítico si te quedas acostado mucho más tiempo. ¿Me oyes?

—Sí —dijo Adolfo.

Seguramente, pensó, Alois estaba hablando con ironía. ¿Había olvidado las palizas que él mismo había recibido cuando niño por no lavarse bien el cuello, por no levantarse a tiempo de la cama por la mañana? ¡Qué parecido con el viejo Hitler! Miró la pared casi esperando ver abrirse y cerrarse los labios de la fotografía sobre el perchero.

—Ya que has venido —continuó Alois— podrías visitar la ciudad. No tiene sentido desperdiciar el dinero que ya has malgastado en el billete. Pero te hará falta ropa. Si vivieras en la casa de al lado con la morralla, no importaría. Pero ésta es una casa respetable y del modo como vas vestido llamarás la atención. —Miró significativamente a Adolfo—. No queremos que se dé una situación como esa, tal como están las cosas.

—No —dijo Adolfo, aunque no sabía bien a qué se refería Alois.

—Nada mío te irá bien, pero hablaré con Meyer. —Alois sacó su reloj de bolsillo y lo examinó. Todavía llevaba puestos los guantes y su caro abrigo ligero—. Son las diez —le dijo a Adolfo—. Te quiero en pie dentro de media hora.

Adolfo miró las ventanas para ver si era de día o de noche. Era difícil saberlo. El cielo estaba gris como la pizarra. Había dejado de llover.

—Gracias —dijo.

Esbozó una sonrisita sumisa. Estaba pensando que hasta que no supiera por qué estaba allí, hasta que no conociera sus intenciones, nada de malo tenía mostrarse agradecido. Alois era un libro abierto para él. A pesar de todas sus palabras jactanciosas, de su aparente firmeza, era de buen natural, tolerante y tan superficial que le era imposible guardar rencor durante más de media hora.

Bridget acompañó a su marido hasta el descansillo. Él estaba encantado de haber tratado el caso de Adolfo tan satisfactoriamente. Besó la mejilla de Bridget y le puso la mano enguantada sobre el pecho. Ella se apartó en seguida, temiendo que el señor Meyer estuviera por allí acechando: no quería excitarlo demasiado siendo el fatigado Adolfo el único para defenderla. Percibió que su rechazo había molestado a Alois; lo había tomado por aversión. Pensó con tristeza que por malentendidos tan tontos la vida se iba a pique y el amor salía volando por la ventana. Claro que el amor que él

sentía por ella, bien lo sabía, había volado hacía mucho tiempo y él aprovecharía la excusa para largarse.

La irritación de Alois fue momentánea. Más tarde tenía una cita importante con un fabricante de Sheffield. Estaba convencido de que conseguiría un encargo importante.

—Ya no nos ocasionará más molestias —dijo señalando con la cabeza en dirección a la sala—. Es evidente que responde a la autoridad.

Bajó los escalones de dos en dos, lleno de optimismo.

Bridget le dio a su cuñado una jofaina y una toalla. Le mostró el grifo en el descansillo y el fregadero en la alcoba, y le dijo vacilante:

—Te lavaría la camisa, pero no hay nada que puedas ponerte entretanto, salvo una vieja blusa mía. A Alois no le gusta prestar su ropa.

Él la miró inexpresivo. Ella no sabía hablar bien el alemán y su acento era espantoso: tardó un rato en comprender lo que le quería decir.

—No tiene importancia —le dijo—. Por favor, no se moleste usted. Quizá haya un embozo que pueda tomar prestado.

A ella también le resultó difícil entenderle. No hablaba como Alois.

—No —dijo, con la esperanza de que ésa fuera la respuesta adecuada.

Cuando Adolfo regresó con la jofaina, sangraba por algunos pequeños cortes en la barbilla. Arrojó despectivo la máquina de afeitar sobre la mesa. Ahora que tenía la cara limpia y le había desaparecido la barba, parecía más joven y más fatigado que nunca. Al verlo andar furtivo por la habitación, Bridget por poco se echa a reír. No era mala, pero con ese andar tan gracioso y su chaqueta ridículamente encogida, le recordaba a un personaje de pantomima.

—Comida —dijo—. Debes comer.

Colocó el carbón y puso el caldero sobre el fuego. Mientras vigilaba la sopa, pensaba cuánto se parecía a Alois y, sin embargo, qué diferentes eran. Alois era jactancioso y confiado, rebotante de autosuficiencia. El joven junto a la ventana era terriblemente delgado y tenía los hombros encorvados. Su cara era larga y huesuda, y la nariz puntiaguda. A no ser que lo llevara a la luz y deliberadamente le mirara esos brillantes ojos azules, no tenía modo de explicarse por qué, aunque del mismo color y forma que los de Alois, eran de expresión tan enormemente distinta. Quizá Adolfo se pareciera a su madre.

A pesar del largo descanso, Adolfo se sentía fatigado y débil. No tenía fuerzas en las piernas y el corazón le funcionaba de manera extraña. Sólo ir desde la puerta hasta la ventana había hecho que le saltara en el pecho en un doloroso aleteo de palpitaciones que lo hicieron sentirse mal y mareado. Se cogió del marco de la ventana; la hilera de casas negras en la calle gris se inclinaron de pronto y se deslizaron hacia el plomizo gris del cielo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Bridget. No lo parecía. Estaba terriblemente pálido y se le estaban doblando las rodillas.

—Perfectamente bien —dijo Adolfo y, forzándose a mantenerse erguido, fue renqueando hacia el sofá e hizo un débil intento de alisar la arrugada funda. Devolvió la forma a los cojines y recogió las mantas.

—No —exclamó Bridget cogiéndoselas—, no es necesario.

Pensó que no valía la pena doblarlas cuando posiblemente sería necesario fumigarlas.

Adolfo se sentó a la mesa y se encontró frente a la fotografía de su padre. Inmediatamente se mudó de sitio.

—Cuando estaba en el descansillo —dijo—, me pareció oír gritos. Y luego hubo un estrépito como si cayera algo.

—Oíste bien —dijo Bridget—. Son los de la casa vecina. Están arrancando las tablas del suelo para hacer fuego. Son un hatajo de salvajes. —Luego, recordando vagamente que el señor Meyer le había explicado que no era culpa de los pobres su crasa ignorancia, sino que era una consecuencia de la codicia de las clases dominantes o algo por el estilo, agregó—: La mujer del segundo piso tiene diecinueve hijos y dieciséis de ellos están confinados en una sola habitación que están reduciendo a escombros. El padre es un portugués y la madre es albina. Ya sabes: ojos rosados y sin pestañas. El otro día a uno de ellos le dio un ataque de locura y salió blandiendo un hacha. La familia de abajo está terriblemente asustada.

Adolfo había entendido muy poco de lo que le contaba Bridget. Advirtió que tenía la nariz chata y una boca grande, más bien brutal. Viéndola allí de pie, agitando la cuchara de madera con la mano, pensó que carecía de refinamiento. Su mujer ideal, la divina Stefanie de la que se había enamorado en Viena, era alta, con cabellos claros como el vidrio.

Mientras estaba bebiendo la sopa, una voz de hombre llamó a Bridget desde la escalera.

Ella pareció volverse de piedra y palideció.

Adolfo se dio cuenta de que las vulgares manchas escarlata sobre sus mejillas, que él había confundido con colorete, eran en realidad grupos de pecas que se desvanecieron mientras la observaba. También sus ojos estaban moteados de oro.

—¿Malas noticias? —preguntó, pero ella se levantó de la mesa y se fue sin pronunciar palabra.

Cuando volvió unos minutos más tarde, con las mejillas tan encendidas como siempre, no lo miró directamente.

—El señor Meyer —dijo— te está esperando abajo; quiere verte.

Adolfo se quedó sentado, lleno de desconcierto.

—¿No recuerdas? —preguntó Bridget—. Lo conociste la noche de tu llegada. Es el casero. —Se impacientó—. El hombre del violín —gritó inclinando la barbilla e imitando el movimiento de un arco sobre las cuerdas—. El inteligente...

Adolfo cayó en la cuenta de a quién se refería. Instantáneamente sintió su salud recuperada. Algunos de sus llamados amigos habían sido unos tremendos tontos. La

banalidad de sus pensamientos lo espantaba. Cuando hablaba con ellos lo oprimía el sentimiento de que emitía palabras al otro lado de un espeso muro, inaudible, invisible. Había leído que los grandes artistas, los grandes hombres, habían sentido exactamente lo mismo, pero no le servía de consuelo. Ahora cierto instinto le decía que todo sería diferente. Olvidó totalmente la desconfianza que había experimentado en un principio ante el violinista. Se levantó de un salto de la mesa con ojos brillantes, como si estuviera a punto de encontrarse con un viejo y apreciado camarada. Pero primero tendría que lavar el plato y la cuchara que había usado.

—Déjalos, —dijo Bridget, lacónica.

Él pensó que la habría ofendido en algo.

—Gracias por la comida —le dijo—. Me ha gustado mucho, de verdad.

Ella le arrebató el plato y le volvió la espalda antes de que las palabras hubieran terminado de salirle de la boca.

Luego Bridget bajó al sótano a preguntarle a Mary O'Leary si tenía alguna tela adecuada para hacer con ella una camisa. Quería compensar a Adolfo por la brusquedad con que lo había tratado. No era justo desquitarse con el pobre muchacho porque ella se inquietara tanto cada vez que el señor Meyer le daba, por ejemplo, la hora. Le dijo a Mary que no importaba qué clase de tela fuera. Cualquiera serviría. Incluso una sábana vieja.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Mary O'Leary—. Sábanas viejas son todo lo que tenemos y no las va a cortar en pedazos.

Por fin sacó un corte de tela parda que guardaba en un deteriorado baúl que tenía en la carbonera.

—¿De quién es? —preguntó Bridget.

Mary O'Leary le explicó que el caballero del ático se lo había dado a guardar hacía catorce años para que lo conservara en buen estado.

—¿Pardo? —preguntó Bridget dubitativa—. No parece un color muy adecuado para una camisa.

—Vamos —le reprendió Mary O'Leary—. La que tiene puesta parece un trapo que hubiera traído el perro a casa.

Golpeó la tela con la mano para quitarle el polvo. Sólo había un poco de moho a lo largo de los pliegues.

Aunque el violinista hubiera vivido en un medio de mal gusto, en una habitación llena de baratijas, con las paredes cubiertas de pinturas de segunda categoría del tipo que Alois admiraba, Adolfo habría estado dispuesto a decirse a sí mismo que eso nada importaba. Consideraba que el hombre debe ser juzgado por su intelecto, no por sus posesiones. Pero resultó que el piso de Meyer tenía una grandeza que podría ser opresiva si no hubiera sido por el hecho de que cada vez que se abría o se cerraba la puerta, se desprendían cantidades de yeso del cielo raso para depositarse como nieve sobre toda superficie disponible. Los muebles, antiguos y oscuros, de tamaño monumental, estaban profusamente cubiertos de copos blancos, al igual que los alféizares de las ventanas. El efecto resultaba divertido. Clavadas sobre la repisa de la chimenea había una colección de fotografías recortadas de periódicos en las que se veían manifestaciones de obreros, el *Titanic* en su viaje inaugural y una mujer de expresión agónica que sostenía un bulto entre los brazos. Apoyado contra el reloj sobre la repisa de la chimenea había un desvaído daguerrotipo de un joven con insolente mirada fija. A lo largo de una de las paredes había una enorme librería con puertas de cristal.

La primera mañana, al ver que Adolfo contemplaba hambriento los volúmenes tras el cristal, Meyer había dicho:

—Ven cuando quieras, Adolphus. Lee lo que gustes.

Al oír esas palabras, Adolfo supo que había encontrado a alguien digno de su amistad. Había tenido muchas relaciones en su vida: Hanisch, al que había conocido en el Asyl en Meidling, Josef Neumann, el marchante de arte, un cerrajero tuerto llamado Robinson. De Neumann había aceptado una vez el regalo de una levita y un par de guantes de lana ligeramente remendados en los nudillos. Hanisch le había enseñado cómo sobrevivir durante el invierno, en qué edificios meterse para evitar el frío, dónde daban comida gratis, cómo ganar unos pocos *kreuzer* trasladando carbón o cargándose equipaje a la espalda en la estación cercana. Hanisch le había enseñado incluso la letra de «Wacht am Rhein» una noche en que, helados y hambrientos, se pusieron histéricos de miseria y parecían borrachos. Pero en el fondo jamás había considerado a Neumann o a Hanisch sus amigos.

Lo cierto es que casi había llegado a gustarle Gustl, el joven músico de Linz, pero aquello no había durado. Gustl había aprobado el examen de la Academia de Música al primer intento. Adolfo tuvo la impresión de que con Meyer no se produciría una traición semejante. Meyer era viejo y cabía confiar en que no lograría nada donde él mismo había fracasado.

Tomando en serio el ofrecimiento de visitar la habitación de abajo cuando lo deseara, Adolfo empezó a pasar la mayor parte de las veladas allí, y leía sobre la mesa hasta medianoche. A veces Meyer, cuando salía del Adelphi por la puerta lateral, encontraba al joven esperándole como un perro en la callejuela. Entonces,

hablando obsesivo sobre algunas representaciones de óperas que había visto en Viena, Adolfo escoltaba a su amigo hasta casa, sin olvidarse nunca de observar cuán importante era el hecho de que Meyer interpretara diariamente grandes obras musicales.

—Quizá tengas razón —murmuraba Meyer, muerto de cansancio después de haber tocado durante la noche clásicos tales como «Cock-a-Doodle Rag», «Hitchy Koo» y «Todo el mundo lo hace ahora».

Alois refunfuñaba con frecuencia. Aunque la compañía de su hermanastro no le producía un particular deleite, su conducta lo molestaba. Decía que estaba harto de que Adolfo tratara el cuarto de arriba como un hotel, yendo sólo para comer y volver a salir disparado.

—Das demasiado por sentado —lo censuraba—. A Meyer le gusta preservar su intimidad. Soy yo el que queda mal.

—Yo no doy nada por sentado —gritó Adolfo—. Lo comprendo perfectamente.

Meyer le dio un abrigo que, aunque era caliente, le quedaba demasiado grande. Bridget tenía siempre la intención de acortarle las mangas. Le bailaba alrededor al andar. Había pertenecido originalmente a un pariente, había dicho Meyer. Adolfo pensó que el pariente debió de tirar el dinero por la ventana, pues el abrigo prácticamente no estaba usado. En el mismo ropero colgaba una chaqueta azul oscuro con botones dorados. Debajo, colocados atildadamente uno junto al otro y rellenos de papel, había un par de zapatos de golf. Adolfo pensó en secreto que la chaqueta era espléndida y se sintió desilusionado cuando no fue invitado a probársela para ver si le iba bien. En cambio Meyer le colocó un par de botas con elásticos.

—No me hacen falta botas —protestó Adolfo—. El calzado que llevo está en perfecto estado.

La insistencia de Meyer lo desconcertó. Las botas, que eran de cuero flexible, lo cogieron por sorpresa: rebotaban al andar. Cuando Bridget terminó la camisa que estaba confeccionando y se la mostró, él se sintió sinceramente encantado. Se la puso inmediatamente.

Alois, al verlo pavoneándose por la sala mirándose en el espejo sobre la repisa de la chimenea, no pudo evitar sonreír.

—Es de un color raro —dijo.

Adolfo no le hizo caso. La camisa parda significaba que no necesitaría estarse sentado envuelto en una manta mientras se lavaba la otra. Hacía años que no había estado tan bien vestido. A veces, si el viento le daba de espaldas, calzado con botas de suela elástica y con el voluminoso abrigo puesto, bajaba la colina aleteando como un cuervo negro. Meyer tenía que correr para mantenerse a su lado.

Varias mañanas a la semana, hiciera el tiempo que hiciera, Meyer lo llevaba a visitar algún sitio de la ciudad. Caminaban por Huskisson Street junto a las casas de cinco plantas, construidas para los propietarios de barcos y agentes algodoneros, columnas y peldaños de granito en la entrada principal y establos en la parte trasera

para los caballos de los coches. Las casas estaban deterioradas, las ventanas rotas, los establos se habían derrumbado. Cada casa estaba habitada por una docena de familias o más; sus ropas se veían tendidas en los balcones de hierro forjado, y una horda de chiquillos andrajosos chillaban como cerdos en el arroyo.

—Hace mucho que los ricos se han ido —observó Meyer—. Huyeron a las colinas donde el aire es más limpio.

—Aire limpio o no —dijo Adolfo—, jamás me he sentido tan bien.

Era cierto. Aunque el aire era húmedo y en el pasado había sufrido de bronquitis, allí se sentía optimista y lleno de energía. Eso se relacionaba, pensó, con alguna cualidad de la luz septentrional: la ciudad ennegrecida parecía navegar en un océano de cielo blanco, corriendo perpetuamente ante el viento.

—Lo único que sucede es que estás comiendo bien —le dijo Meyer—. Y además, claro, no trabajas.

En la esquina de Hope Street, en una casa con las ventanas rotas, vivía el doctor Kephalus, el amigo de Meyer. Su puerta daba al cementerio de St. James. Siempre que se acercaban a la casa, Adolfo apresuraba el paso o se precipitaba calle adelante, fingiéndose absorto en algún detalle arquitectónico. No le gustaba compartir a Meyer con nadie. Entonces Meyer, sonriendo para sí, lo seguía paciente. Solían permanecer junto a las barandillas mirando desde lo alto el cementerio o descendiendo por el sendero, serpenteando entre laureles y polvorientos rododendros, comentando los méritos de la nueva catedral, una tercera parte ya concluida, que se levantaba como una improbable nave espacial desde el cementerio hundido. El año pasado había sido más alta, y el año anterior más alta todavía.

—Continuamente están derribándola —dijo Meyer— y empezándola de nuevo. Una vez se pareció a un castillo de arena construido por un niño. Sea lo que fuere lo que estén buscando, parece escapárseles.

Imaginaba que pronto se escaparía la estructura por completo; se soltaría de sus amarras y se elevaría como un zepelín, rosa como una rosa hacia las nubes impulsadas por el viento.

Meyer llevaba siempre a Adolfo al Pier Head. Se quedaban allí, azotados por el viento, frente al río de una milla de ancho que separaba Liverpool de New Brighton. Los transbordadores, coronados de gaviotas sonoras, araban el agua lodosa hacia las cúpulas de los parques de atracciones para luego regresar. Gritando para hacerse oír, Meyer señalaba con el dedo la línea del horizonte y nombraba los muelles, el Battery y las distantes colinas de Gales. Hablaba de los barcos obligados a esperar una docena de mareas antes de penetrar en el Mersey, de la construcción de los muelles, del cólera, de cómo los monopolios de las grandes compañías comerciales —la Hudson Bay, la Royal Africa, la East India— habían terminado por quebrar. Finalmente pasaba entusiasmado su brazo sobre los hombros de Adolfo, lo hacía girar y le señalaba la iglesia de St. Nicholas, las oficinas del Docks and Harbour Board, y también el enorme bulto del Royal Liver Building, sus torres gemelas con relojes

como lunas llenas y esos pájaros gigantes de verdes alas desplegadas, agazapados.

—Ten en cuenta las ventajas del hierro fundido —le explicaba.

Sus conferencias, dictadas al viento, con frases enteras voladas, entusiasmaban y silenciaban a Adolfo. Adolfo no quería parecer estúpido. Se quedaba con las manos metidas dentro de los bolsillos de su abrigo flotante y una expresión de ansiosa concentración en su cara escuálida. En el fondo todo lo que quería era que Meyer lo comparara favorablemente con los edificios, la gente, el pasado. En semejantes momentos, Meyer lo consideraba un buen auditorio.

Poco después de mediodía, con pies doloridos y agotado por el sonido de su propia voz, Meyer sugería ir al Kardomah Café o a alguna taberna. Adolfo rehusaba invariablemente.

—¡Ah! —exclamaba Meyer— olvidaba que eres un lobo solitario.

Dándole profusamente las gracias, Adolfo le estrechaba la mano y regresaba a casa, en Stanhope Street. No quería que Meyer se cansara de él, y además no tenía ni medio penique. Durante una hora poco más o menos ayudaba a Bridget en pequeños menesteres, subiendo carbón desde la leñera, enrollando papel de periódico para rellenar las rendijas de las ventanas. Recordó unas vacaciones veraniegas pasadas en Spital cuando niño; había jugado cerca de la fragua del herrero; empezó entonces a martillar un trozo de cañería para darle forma de manija. Se arrodilló junto a la chimenea; el fuego había calentado el metal al rojo y él empezó a golpearlo con la pesada cabeza del atizador. Bridget temía que pudiera agujerear la alfombra.

—Sé lo que me hago —le aseguró él, pensando que era típico de Alois tener un gramófono sin modo de darle cuerda.

A veces se pasaba media hora jugando con el bebé, haciéndole cosquillas bajo la barbilla o soplándole suavemente la cara hasta que el niño pestañeaba, gorjeaba y apoyaba la cabeza contra la camisa parda. Era entonces hora de bajar y poner el caldero al fuego, listo para el regreso de Meyer.

Hacía ya cinco semanas que Adolfo residía en Liverpool. Le era difícil recordar haber vivido en algún otro sitio, tan seguro se sentía, tan acogedoramente en casa.

—¿Cuánto piensas quedarte? —le preguntó Meyer una semana después. Caminaban por el bulevar hacia el parque.

Adolfo tropezó y estuvo a punto de caer. Acababa de comentar ciertos aspectos del carácter de Alois: su codicia, su estupidez, su tendencia a la jactancia. Se había referido luego brevemente a la ocasión en que Alois había estado en prisión. Después de todo, entonces era poco más que un adolescente. No había habido mala intención. Meyer, con su indagación, en apariencia inocente, le había dado en los nudillos como si fuera un niño pequeño al que es necesario enseñar buenos modales. La reprimenda burguesa era evidente: no debía morder la mano que lo alimentaba. ¿No se sobreentendía acaso que Alois le procuraba alimento y albergue? ¿Acaso Meyer lo tomaba por un tonto? Si no hubiera estado tan profundamente ofendido, podría haber usado la frase de Alois y haberle gritado a Meyer en la cara que hacía falta dos para cerrar un trato. Era la palabra «quedarse» la que más le dolía, pues daba a entender que había otro lugar al que pertenecía. ¡Dios de los cielos! Confiaba tanto en la capacidad de Meyer para comprenderlo, que habría podido echarse a llorar.

—Tengo cincuenta y cuatro años —dijo Meyer mientras seguía avanzando por el sendero de grava como si nada hubiera sucedido—. Vine aquí a los veinte. Abandoné Berlín creyendo que sólo me ausentaría unas pocas semanas. No tenía intención de quedarme.

—Yo no tengo intención de quedarme —gritó Adolfo inmediatamente. Estaba tan dolido que perdió el sentido de la dirección y empezó a tropezar con los árboles.

—El de la señora O'Leary es un caso diferente —dijo Meyer—. Vino aquí cuando era una niña. En cierto sentido no es extranjera. Yo jamás he sido otra cosa. Si haces caso de los periódicos, yo y otros como yo somos los únicos culpables de todas las dificultades de esta ciudad. Nos hemos infiltrado en la Bolsa de Grano, las tiendas, los restaurantes, las orquestas. Los agitadores se quejan de que dejamos sin trabajo al honrado trabajador inglés. ¿Y tienes idea de quién es él, mi joven amigo? Pues, un irlandés.

Miró curiosamente a Adolfo quien, con puños apretados, oscilaba de un lado al otro del sendero.

—Sentémonos —sugirió Meyer—. Me he quedado sin aliento.

Se sentaron a cierta distancia el uno del otro en un banco bajo un árbol. Estaban emparedados entre dos calles por las que los tranvías pasaban estruendosos en ambas direcciones. La lluvia caía sin pausa goteando de rama en rama, formando charcos en los baches del sendero.

—Una década antes de llegar yo —dijo Meyer— las casas se abastecían de agua sólo tres mañanas por semana. Incluso los ricos. Figúrate.

Era difícil saber si Adolfo estaba figurándoselo o no; se miraba con fijeza y displicencia la punta de las botas manchadas de barro.

—Primero estuve en Munich —evocó Meyer—. Luego en Berlín. En esas ciudades no llovía tanto como aquí.

Adolfo seguía sin responder.

Meyer registró su mente en busca de algún tema de conversación que pudiera mejorar el ánimo del joven. Por algún motivo Adolfo parecía haber caído repentinamente en algún oscuro pozo de depresión. Tenía la cara distorsionada de tristeza.

—Te gustaría Munich —observó Meyer—. Es una ciudad de artistas. Es tan hermosa como Viena, pero la gente es más amistosa.

—Sin duda es un enjambre de judíos —dijo Adolfo.

—De judíos alemanes, sí —concedió Meyer.

—Pienso que la historia de Europa no es sino la historia de la lucha racial —dijo Adolfo con voz quejumbrosa de desesperación—. La decadencia del Imperio Romano es el ejemplo clásico de la declinación histórica que resulta de la contaminación de la sangre. Los animales se apegan a su propia especie. El tigre no se aparea con el elefante.

—Sería difícil —dijo Meyer—. A no ser que se pudiera persuadir al elefante de que perdiera peso.

—La sangre impura —gritó Adolfo— engendra ideas y credos impuros. No sólo tenemos que vérnoslas con los judíos, sino con los esclavos, los socialistas, los monárquicos habsburgos, los católicos apostólicos romanos, los croatas...

—Parece que no queda nadie —observó Meyer humildemente.

—La médula de Europa está podrida —farfulló Adolfo—. Podrida.

No podía repetir la palabra lo bastante. El pequeño adjetivo contenía toda la desdicha que le producía el rechazo de Meyer. Le daba lo mismo que Meyer le comprara mañana un billete a Munich o al África. La escuela había estado podrida, como su padre y Linz y Viena. Incluso su amada madre había muerto podrida por el cáncer. Éste era un mundo podrido.

—Mi querido muchacho —le dijo amablemente Meyer, preocupado por la palidez de su cara—, eres demasiado sensible. No deberías alterarte tanto. —Trató de palmearle el brazo, pero Adolfo lo rechazó—. Puede que no te sirva de consuelo —dijo Meyer—, pero todos hemos sentido lo mismo a tu edad. Con una obsesión u otra. En mi caso fue la música. Quería triunfar. Soñaba con la fama.

—Esas cosas no me interesan —musitó Adolfo, mintiendo.

Por el modo en que se comportaba, pensó Meyer, cualquiera diría que se trataba de una riña de enamorados.

—Iré a visitar a mi amigo Kephalus —dijo con firmeza—. Tú también debes venir. Es un hombre extraordinario, un hombre de mundo. Te animará.

Se puso de pie y aguardó un momento.

Adolfo no pudo resistir la tentación de lanzar un último disparo.

—Si a Alois le va tan bien en su empresa —dijo— ¿por qué hace de camarero por

la noche?

—Los hombres necesitan hacerse con un capital —dijo Meyer tranquilamente—. Al menos así se dice.

Se echó a andar con paso vivo por la avenida de árboles. En parte esperaba que Adolfo se quedara donde estaba o que desapareciera por la dirección opuesta. Pero cuando llegó a la lechería y miró atrás antes de cruzar Upper Parliament Street, se encontraba a sus espaldas; aunque malhumorado, lo seguía.

En cierto modo, Adolfo sentía curiosidad por conocer al doctor Kephalus. Había oído hablar de él a Alois, que lo consideraba un maniático. Si el juicio de Alois coincidía con lo acostumbrado en él, entonces el doctor sería sin duda un modelo de cordura y aplomo. Además, empezaba a sentir que había reaccionado como un tonto ante la pregunta de Meyer. Cuando le había preguntado cuánto tiempo tenía intención de quedarse en Liverpool, posiblemente esperaba que fuera durante mucho tiempo. Probablemente había estado a punto de sugerir un alojamiento alternativo, apartado de Alois y de sus continuas observaciones despectivas. Bridget le había dicho que las habitaciones del tercer piso no estaban ocupadas. Había, además, un ático alquilado a un viajante que siempre estaba ausente.

El mismo Kephalus fue quien abrió la puerta de la casa con ventanas rotas. Sostenía en los labios un cigarrillo en una larga boquilla de marfil y exhalaba aros de humo. Sus ojos, grandes y descoloridos como los de un viejo caballo enfermo abandonado en el campo, sobrecogieron a Adolfo. Dio un paso atrás y fue obligado a avanzar nuevamente de un codazo que le propinó Meyer. Entre el vestíbulo y la entrada a la habitación trasera, Meyer había envejecido veinte años. Se volvió zalamero y sentimental y empezó a frotarse las manos como si tuviera frío.

—Por fin —declaró— mis dos amigos se encuentran cara a cara.

No era estrictamente cierto. Kephalus medía un metro noventa y miraba desde lo alto a Adolfo, que se encogió tanto ante esos ojos color arco iris como ante el abrumador olor de sudor y de tabaco que impregnaba las ropas del doctor.

—Siéntese, siéntese —ordenó Kephalus empujando a Adolfo hacia una silla solitaria junto a una pequeña mesa redonda cerca de la ventana. Con excepción de una librería y un cesto vuelto del revés cerca de la chimenea, no había muebles en la habitación. Sobre el hogar, ornada de telarañas, destacaba la cabeza de un antílope con cuernos en espiral.

—De modo que usted es el artista... —dijo Kephalus, que se alzaba como una torre sobre Adolfo, sentado en una silla raquítica.

—No —dijo—, ya no lo soy.

—¿Estudiante tal vez? —El doctor hablaba el alemán con fluidez pero con un acento extraño y muy marcado.

—Sí —replicó Adolfo de mala gana.

—¿Estudiante de qué, si se me permite la pregunta?

—Por el momento —dijo Adolfo con rigidez— aún no lo tengo decidido.

—Un estudiante indeciso —gritó Kephalus ostentoso y le palmeó el hombro tan efusivamente que estuvo a punto de hacerle caer de la silla.

Después de haberlo turbado con sus preguntas, el doctor pasó a ignorarlo. Como no había dónde sentarse, él y Meyer empezaron a pasearse por el cuarto conversando con locuacidad, uno frotándose las manos con animación y el otro con frenéticos

ademanes, y encendiendo un cigarrillo tras otro. Kephalus llevaba una camisa gris y una corbata de seda negra bajo una chaqueta arrugada; al moverse desprendía gran cantidad de partículas de ceniza. De vez en cuando se apoyaba contra la pared con auténtica o simulada desesperación y se cubría la cara llena de alarma con el brazo. Sus manos, observó Adolfo, eran las de un trabajador, gruesas e hinchadas, con uñas tan deformadas y cortas que parecía que en algún momento debía de haberse pillado los dedos en una puerta. Los dos hombres hablaban sobre algún incidente violento ocurrido dos días antes.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Kephalus en determinado momento—. ¡Qué vergüenza!

—La próxima vez estaremos mejor preparados.

Kephalus se lanzó entonces a describir las heridas recibidas por ciertas personas.

—El tipo que nos importunó temprano por la noche —dijo—, el que bizqueaba, sufrió una fractura de mandíbula y contusiones en el lado izquierdo de la cara. A Michael Murphy tuve que darle doce puntos en el cuero cabelludo. Esa mujer, la Connolly, tuvo una hemorragia interna a causa de una patada en el vientre. Ahora está hospitalizada. Al niño de Maguire Street le aplastaron un pie, pero fue por accidente.

—¿Y el guardia Rafferty? —preguntó Meyer.

—Ha muerto —dijo Kephalus—. Creí que lo sabía. Se rompió el cuello cuando lo empujaron del tejado.

Adolfo se preguntó estremecido qué veía Meyer en el espantoso doctor, allí de pie, haciendo girar esos siniestros ojos de semental y agitando los brazos como un loco mientras escupía por debajo de sus bigotes manchados de nicotina los más repugnantes detalles de su profesión. Le pareció entender que Kephalus trabajaba con la división de la policía local y atendía sólo los casos bajo su jurisdicción. Lo mandaban llamar cuando estallaba un incendio en el almacén con pérdida de vidas, ocurría una desgracia en los muelles, una explosión en el cuarto de máquinas, un suicidio o algún pobre bruto resultaba mutilado por la maquinaria del aserradero. Era más un sepulturero que un médico. A Adolfo le habría interesado morbosamente la conversación si no hubiera sido por el hecho de que estaba excluido de ella.

En ese momento el doctor, que estaba en medio de una descripción particularmente espeluznante de un fogonero escaldado que perdía la piel en capas como una cebolla madura, se volvió hacia él y le dijo:

—Creo que tiene ciertas dificultades con su documentación. Le ha sido emitida con un nombre equivocado. Tendremos que conseguirle otra nueva.

Antes de que Adolfo pudiera confirmar o negar que se le planteaba ese problema, le preguntó si quería un vaso de vino.

Estaba a punto de aceptar, cuando Meyer dijo:

—No bebe, pero es goloso como usted. Sin duda apreciaría mucho uno de sus pasteles azucarados.

—Estupendo —gritó Kephalus, y salió de un salto de la habitación dejando atrás

una estela de humo.

—Un hombre estupendo —exclamó Meyer— ¿no le parece?

—Desde luego —dijo Adolfo.

—No le hables de luchas raciales ni de sangre contaminada —le advirtió Meyer—. No es tan tolerante como yo, ni tan pequeño. Tiene un puño como un martillo.

Adolfo no respondió. En una ocasión, cuando vivía en el Männerheim, había intervenido en una discusión política con dos trabajadores del transporte. Estaban sentados en la cocina del sótano después de haber terminado su cena y él estaba preparando la suya en el hornillo. En el debate que siguió —izquierda contra derecha, darwinismo, la unificación de Alemania— se reveló que los dos opositores pertenecían a una organización laboral formada por los socialdemócratas. No tardó en calificarlos de lunáticos. Se levantaron juntos de la mesa, arrojaron por la ventana su huevo frito sobre la nieve amontonada y le golpearon sin piedad. Quedó tendido sobre el suelo grasiento con el labio partido y la nariz sangrante. Con todo, se las compuso, a través de una burbuja de sangre, para repetir que eran unos lunáticos. ¿Imaginaba Meyer que era incapaz de defenderse?

Miraba fija e imperturbablemente por la ventana un patio tan sólo algo menos deslucido que la habitación que ocupaba. Empezó a preguntarse si en el fondo Meyer no sería un frívolo. ¿Cómo, si no, le era posible tolerar a gente tan poco gratificante como Mary O'Leary, Alois y el inefable doctor Kephalus? Cada noche se encontraba con Alois y bebía una copa con él, incluso las noches en que los dos trabajaban en el mismo hotel. Los domingos, después de cenar en su compañía, Meyer se paseaba por el bulevar con la velluda Mary O'Leary o iba con ella en el transbordador a Seacombe. No parecía advertir su sombrero andrajoso o las botas de hombre que llevaba bajo las enaguas desgarradas y desgarradas. Jamás aludía a sus bigotes. Y ahora se hacía penosamente evidente que Meyer en realidad prefería hablar de quemaduras de primer grado o del efecto sobre un cuerpo humano de una tonelada de grano caída desde cierta altura, a meditar sobre las más sutiles impresiones producidas por el arte, la filosofía y la música. También él era un lunático.

Kephalus volvió y puso en la mesa un plato resquebrajado sobre el que temblaban tres tartas de crema.

—¡Qué amable! —murmuró Meyer, que vio sellada la boca de Adolfo. El doctor fue a la librería y cogió del estante superior una botella medio vacía y dos vasos.

—Mi madre —exclamó Adolfo— murió de cáncer. Fue tratada con yodoformo. Al final no podía tragar.

—El yodoformo —le dijo Kephalus— ha quedado desprestigiado. Por entonces era una de las maravillas de la medicina. Desgraciadamente tenía efectos secundarios como el que usted menciona.

A Adolfo lo escandalizó la naturalidad con que se admitía semejante procedimiento incompetente. Más que nunca quedó convencido de que los médicos constituían una aristocracia ignorante que se mantenía gracias a la patética necesidad

de los familiares de presenciar milagros.

—Ella creía que le procuraba alivio —dijo acusador.

—Pues entonces —razonó Kephalus— probablemente era así. Recuerdo perfectamente una ocasión en que atendí a un hombre en la cubierta de un barco, que estaba comiendo un trozo de pan cuando se partió un cable. Lo rebanó como un alambre a un queso. Quedó prácticamente cortado por la mitad. Con el último aliento me pidió algo que lo aliviara. En esas circunstancias una píldora de pan daba lo mismo que cualquier otra cosa. Expiró treinta segundos después con una expresión de inexpresable alivio en los ojos. Cómase su tarta.

Adolfo contempló la superficie cremosa de la tarta espolvoreada con canela y vio la piel manchada de la garganta contraída de su madre. Le pareció que iba a marearse.

—La muerte está en todas partes —dijo Kephalus—. Somos esencialmente frágiles. No tenemos que esperar la espada o alguna otra arma igualmente sensacional para acabar con nosotros. Uno puede acabar con igual facilidad a causa del sarampión o la difteria, la meningitis, el cólico, la gripe o sencillamente el hambre. Existen tantos modos de morir que es asombroso que algunos lleguemos a la vejez.

—¿Puede abrir la ventana? —preguntó Adolfo.

Se le dijo que era imposible, pues la cuerda para el contrapeso de la ventana hacía ya mucho que se había podrido.

—Ninguno de nosotros —continuó el doctor paseando por la habitación con sus grandes botas polvorientas— aprecia plenamente con cuánta facilidad podemos ser borrados. En mi profesión veo cosas que nos harían vivir cada día como si fuera el último.

—Cierto, cierto —asintió Meyer. Levantó animado su vaso y bebió.

—Imagine —propuso el doctor clavando en Adolfo sus terribles ojos— a una joven escocesa y a un negrazo enorme del Camerún. —Se aproximó a la mesa y unió sus gruesos pulgares a cinco centímetros de la nariz de Adolfo—. Es una noche oscura y ella avanza tambaleándose algo mareada por haber estado bebiendo bajo los arcos del Ferrocarril General. Canturrea para sí. Por una vez tiene algunas monedas en el bolsillo y una cama donde dormir. No lo ve porque es el Príncipe de las Tinieblas, pero él sí la ve a ella.

Hizo una pausa. La respiración de Meyer era audible.

De pronto el doctor gritó:

—¡Directamente por las narices! —Y, haciendo un ruido con la boca como un trozo de seda que se desgarrar, separó los pulgares.

Después de quitarle a Adolfo el botón del cuello de la camisa parda, Kephalus lo alzó en brazos y lo llevó al vestíbulo. Abrió la puerta de entrada y lo sentó en el escalón superior. Un perro corrió desde la acera de enfrente y trotó hacia adelante y atrás sobre la calzada olfateando.

—No respira bien —dijo Kephalus, y obligó a Adolfo a bajar la cabeza entre sus rodillas y se la mantuvo allí con un dedo mientras exhalaba una nube de humo sobre

el perro.

Al principio Alois no se dio cuenta de que Adolfo se había entregado nuevamente al diván. Pensó que dormía hasta tarde y que se acostaba temprano. Descubrió la verdad cuando volvió a mitad del día para recoger algunas muestras que necesitaba. Bridget estaba a la mesa dando de comer al bebé. Le preguntó si Adolfo estaba enfermo.

—No —dijo ella—. Estoy segura de que no lo está.

—¿Come bien?

—Como un caballo —dijo ella, que le preparaba comida sin cesar. En realidad, tenía la impresión de que Adolfo se sentiría perfectamente satisfecho con una dieta de bizcochos.

—¿Cuánto hace que se encuentra en este estado?

—Tres días —replicó ella con sinceridad. Comprendía su punto de vista. No era justo que Adolfo se quedara acostado muy cómodo, viviendo a pan y cuchillo por así decir, mientras Alois pasaba sus horas de vigilia gastando las suelas de sus zapatos para intentar mejorar su situación.

Alois cogió a su hermano rudamente por el hombro, lo arrancó del diván y lo hizo caer al suelo.

—No estoy enfadado —gritó con venas púrpuras en las mejillas—. No pongo objeción alguna a que un hombre se esté sin hacer nada hasta el Día del Juicio si le place, con tal de que lo haga en su propia casa y a sus propias expensas. Puedes hacer las maletas e irte.

—¿Irme? —preguntó Adolfo—. ¿Irme adónde?

—¿Qué diablos me importa a mí? —dijo Alois echando humo de furia—. Al lugar de donde viniste. A donde quieras. No te preocupó adónde iba yo durante muchos años.

Adolfo no hizo intento alguno de levantarse de sus rodillas. Se quedó allí agachado, abriendo y cerrando las manos como un escolar penitente. En el tiempo transcurrido entre el sueño y dar contra el suelo, su cara había perdido el aspecto de estupor y había adquirido una expresión obsesionada.

—Puedes llevarte las mantas —gritó Alois, cogiéndolas de la alfombra y arrojándoselas encima. Se dirigió a grandes zancadas hacia la chimenea y tomó el trozo de cañería doblada—. Y también esta maldita obra de arte.

Arrojó el metal con todas sus fuerzas hacia el diván. Pasó a un milímetro de la cabeza de Adolfo y fue a dar contra la pared. Rebotó y cayó con estrépito y sin causar daño al suelo. Alois se dirigió corriendo al cuarto contiguo y dio un portazo tras de sí. El bebé, riendo, agitaba los puños.

—Pudo haberte descalabrado —dijo Bridget mirando con severidad a Adolfo. Dejó al querido Pat en su silla y siguió a su marido al dormitorio.

—Dios me perdone —musitó Alois—. Podría haber sido acusado de asesinato.

—No le diste —lo consoló ella—. Es capaz de acabar con la paciencia de un

santo.

—Una vez que tenía verdadera necesidad de ayuda, me escribió para decirme que me hiciera ahorcar.

—¡Qué desconsiderado! —exclamó ella—. Nunca debiste darle albergue.

—Estaba firmada a nombre de mi madrastra —dijo—. Pero la letra era suya.

Ella no sabía cómo consolarle. Habían llegado a estar muy lejos el uno del otro. Sintió algo de vergüenza, pues su desdicha le producía un cierto halo de placer.

—No sé qué medida sería mejor adoptar —dijo Alois desolado. Estaba acostumbrado a adoptar decisiones férreas. No había lugar donde Adolfo pudiera ir. No tenía ni para un billete de tranvía. Se paseaba una y otra vez entre la cama y el ropero.

—Quítate el sombrero —dijo Bridget—. Estás sudando a mares. —Cogió una toalla del respaldo de una silla y lo miró mientras él se secaba la cara cubierta de sudor.

—¿No me estoy comportando de manera razonable, Bridie? —preguntó.

Se sintió turbada. Hacía mucho que no la llamaba por ese nombre ni le pedía consejo.

Le contestó con sinceridad.

—No, de ningún modo. Tienes toda la razón. No es posible que viva horizontal el resto de su vida en nuestra sala. Tendría que irse a casa o encontrar un trabajo.

—No tiene casa donde ir. Tiene la hoja de servicios manchada. Angela no querrá saber nada de él.

—¡Vaya caradura! —exclamó ella—. Estarse sin hacer nada... a tus expensas.

—¡Oh! —dijo Alois— no todos podemos ser pilares de la familia. No es culpa suya no haber descubierto para qué sirve. Siempre ha estado saltando de una cosa a otra... dibujando, leyendo, estudiando mapas. Cuando no hacía ninguna de esas cosas, jugaba a indios y vaqueros. El mismo día de su confirmación volvió de la catedral y, sin molestarse en cambiarse de ropa, salió con sus amigos y no volvió hasta caer la noche. Habían venido la tía Johanna y mis primos. No lo veíamos, pero era posible oírle ulular a millas a la redonda.

—¡Ulular! —exclamó Bridget.

—En pie de guerra en el huerto.

—En semejante día —dijo Bridget escandalizada. De pronto vio que Alois sonreía con el sombrero echado hacia atrás y la toalla todavía en la mano—. ¿Qué te pasa? —le preguntó.

—¿No me oíste cuando le dije que preparara las maletas? Si tuviera alguna, no tendría nada que meter en ella.

Bridget se negó a ver el lado cómico del asunto. La gente no tenía por qué viajar por el mundo sin equipaje. Aunque había experimentado alivio al ver la espalda de Adolfo cuando empezó a salir todos los días, sentía envidia de la compañía en la que andaba. No había visto a Meyer durante semanas. Su aparente hostilidad hacia el

joven tenía un efecto contrario en Alois. Hacía sólo un instante había estado dispuesto a arrojarlo escaleras abajo. Ahora, sentado en la cama, pensaba cuidadosamente qué debía hacer. Por supuesto, podría destinar parte de los ahorros reunidos con tanto esfuerzo a comprarle un billete de vuelta a Viena, pero eso no era sino barrer el problema bajo la alfombra. Adolfo ya había dilapidado una fortuna. Pretender que siempre había sido un estudiante sin un céntimo no era más que un engaño. Tiempo atrás su renta debió de ascender a cincuenta coronas por mes, con la herencia de su padre y el legado de su madre, para no mencionar la suma considerable que le dejara su tía, Johanna Polzl. No había habido sacrificio alguno cuando renunció a su pensión de orfandad en favor de Angela. Sabe Dios dónde habría ido a parar el dinero. No era bebedor ni jugador, ni tampoco parecían preocuparle las mujeres. Dado su estilo, tampoco parecía que hubiera gastado nada en ropa. Era evidente que Adolfo necesitaba una guía. No sería difícil manejarlo; a pesar de su proclividad a las rabetas, era fácil intimidarle. Era además holgazán y presuntuoso, y su sentido del humor difícilmente habría merecido un premio. La semana pasada, mientras comía una succulenta comida, anunció que antes se moriría de hambre en la cuneta que sumarse a la carrera en busca de riqueza y poder. Sin la menor duda, fregar unos cuantos platos le haría la mar de bien. Se puso de pie, ya decidido, y le dijo a Bridget:

—Trataré de encontrarle un empleo en el Adelphi. La Navidad se acerca y con los banquetes y las fiestas se necesitará personal extra en las comidas.

—Dios de los cielos —exclamó Bridget espantada—. Perderás tu puesto por recomendar a gente semejante.

—Tonterías —dijo él—. Quédate aquí mientras hablo unas palabras en privado con él.

Adolfo estaba sentado en el diván, abatido y apretando las mantas. Él y el querido Pat se miraban entre sí desdichadamente sobre la alfombra, cada cual convencido de que había sido abandonado para siempre.

También Alois se sentó.

—No está bien que un hombre joven no haga nada —empezó—. La mente se embota. Al hombre le es necesario trabajar.

—Yo leo —protestó Adolfo—. Leo sin cesar.

—Leer es un lujo —dijo Alois decidido a toda costa a mantenerse sereno—. Nunca me verás a mí con la nariz metida en un libro. La vida no es sólo un juego. No se trata de vaqueros y de indios. El hombre tiene responsabilidades.

Adolfo no contestó. Evidentemente, pensó, Alois nunca había olvidado la vez en que una flecha de madera disparada desde el muro del cementerio le había dado en la pantorrilla. Ni siquiera había sangrado.

—Es necesario salir a la calle —dijo Alois— y ganarse la vida. No es posible quedarse en la dehesa para siempre. Como se dice en las carreras, es necesario ponerse a prueba en la pista. Uno debe ponerse en forma. —Hizo una pausa y miró

atentamente a su hermano que, con los ojos entrecerrados y sin expresión alguna en la cara, parecía estar a punto de caer de lado sobre los cojines—. A lo que parece, necesitas una cantidad de sueño fuera de lo corriente —observó con tanta calma como le fue posible—. Según mi opinión, ello es consecuencia de la falta de aire puro y de estímulo, pero quizá haya alguna explicación médica. Quizá el doctor Kephalus debería examinarte.

—¡Ese hombre! —exclamó Adolfo indignado—. Mejor estaría trabajando en una carnicería.

—En eso estoy de acuerdo contigo —admitió Alois—. Es difícil encontrar una palabra que lo describa exactamente.

—«Repugnante» es algo que a uno se le ocurre sin vacilar —dijo Adolfo. Ahora estaba plenamente despierto y dispuesto a hablar extensamente del doctor Kephalus.

Alois lo interrumpió. Si Meyer consideraba al doctor brillante y dedicado, así debía de ser. Lo que Adolfo pensaba no tenía gran importancia.

—Yo mismo —dijo sinceramente— he aprendido a guardar para mí mis opiniones. Suceden cosas aquí que no apruebo, pero no intervengo ni critico.

—¿Qué cosas? —preguntó Adolfo.

—Tengo que pensar en mis medios de vida —replicó Alois de modo críptico—. Además, ésta no es mi casa.

—Kephalus se ofreció a suministrarme ciertos documentos —dijo Adolfo.

Alois se puso entonces súbitamente de pie y extendió la mano solicitando silencio.

—No digas más —ordenó—. Me niego a verme envuelto en eso. No es nada que me incumba.

—Alguien estuvo envuelto en eso desde un principio —insinuó Adolfo—. Yo jamás mencioné mis papeles.

Pensó que su hermano estaba ridículo allí de pie, con un brazo extendido como si dirigiera el tránsito y la cara vuelta hacia el bebé que, aburrido e inquieto, emitía grititos quejumbrosos como una gallina al escarbar la tierra en un patio.

—Pues mira —gritó Alois adoptando un tono intimidante—. Hay algo que debemos resolver aquí y ahora. Sencillamente, no puedo seguir manteniéndote. Tú no eres tullido ni sufres del corazón. No nos hemos visto en quince años. ¿Por qué habría de alimentarte?

—Por qué, realmente —murmuró Adolfo con sarcasmo. Tal como Alois lo expresaba, parecería que fuera un pajarillo en el nido con el pico constantemente abierto a la espera de gusanos. Sabía que era él quien no tenía razón.

Trató de asumir una actitud de contrición, de autohumillación. Sin ningún resultado. Siguió sintiendo desprecio por su hermano vestido con ropas caras.

—Supongo —no pudo resistir la tentación de decir— que será a causa de tu naturaleza superior y generosa.

Alois, furioso, estaba a punto de arrojarlo escaleras abajo y echarlo de un

puntapié a la calle, cuando advirtió de pronto el metal retorcido contra el zócalo. Recuperada la compostura, hizo un último esfuerzo. Procurando esquivar las manos pringosas y extendidas del querido Pat, empezó a girar en torno a la mesa.

—Hablaré con claridad —anunció con firmeza—. No puedes seguir quedándote aquí. No, a no ser que estés dispuesto a trabajar. Ésa es mi última palabra.

Adolfo se sintió inmediatamente alarmado. Esta vez se convenció de que su hermano hablaba en serio. Estaba seguro de que no sobreviviría otro invierno en Viena: indigente, perseguido por las autoridades.

—No tengo miedo de trabajar —exclamó—. Ya he quitado nieve hasta que me quedó la piel cubierta de ampollas.

—Eso aquí no es tan necesario —dijo Alois—. Aquí llueve sobre todo. Tenía en mente algo menos duro. Y en un marco hermoso. Como artista, sabes mejor que yo lo que eso significa. Te sentirás forzosamente impresionado... unos artesanos... unos decorados... las estancias más suntuosas que uno pueda imaginar. —Se sintió arrebatado por su propia elocuencia. Mientras hablaba, movía expresivamente los dedos en el aire conjurando maravillas. Desde la mesa, el niño seguía los movimientos de la mano de su padre y, confundiendo el anillo que llevaba con un juguete brillante, se agitaba frenético en la silla—. Jamás habrás visto semejantes estatuas. Cada mueble está exquisitamente tallado... Los cortinajes son magníficos. Servirás a gente refinada y erudita, te codearás con lo más elevado de la Tierra. Te asombrará el intercambio de ideas. Créeme, te resultará una revelación; la alfombra principal por sí sola vale mil libras.

Alois estaba de pie, inmóvil como una roca, con una mano alzada sobre la blancura de su puño. Parecía sostener el futuro de su hermano entre el pulgar y el índice, como una rosa.

—¡Servir! —exclamó Adolfo.

—No es del todo seguro —se apresuró a decir Alois—. Quizá no lo consiga. Sólo puedo intentarlo. Te sugiero encontrarnos en la puerta del Adelphi a las seis esta noche. La entrada principal. Lústrate las botas y lleva la camisa blanca. —Aliviado por haber podido evitar la violencia, agregó generosamente—: Como jugador, no vacilaría nunca en apostar mi dinero por ti. Eres por cierto un ganador donde los haya. Tienes muchas ventajas: juventud, un cerebro excepcional, buena formación...

—Buena formación —repitió Adolfo.

—Padres decentes, un hogar estable. Cuando un hombre madura, advierte todas estas cosas.

Alois miró con aire sentimental en dirección al viejo Hitler e inclinó la cabeza.

Adolfo se puso en pie de un salto, ultrajado por esta lamentable distorsión de la verdad.

—¿Decente? —bramó—. Era ilegítimo y también tú lo fuiste. Se casó tres veces. Te golpeaba con tanta frecuencia que si dejaras caer esos elegantes pantalones que llevas, todavía se verían las marcas de su cinturón.

—Hacen falta dos para cerrar un trato —musitó Alois—. Uno se adapta, uno llega a apreciar...

—¡Uno jamás hace eso! —gritó Adolfo—. Era un hijo de puta. Los dos, tú y él. Hijos de puta.

Corrió hacia el perchero farfullando de rabia, dio un salto en el aire y soltó un salivazo sobre la fotografía de la pared.

El bebé, sobresaltado, arqueó la espalda y se echó a llorar.

A pesar de todo, a las seis en punto, Adolfo esperaba a las puertas del Adelphi Hotel. No le había sido posible ponerse la camisa blanca; su cuello estaba tan deshilachado que resultaba imposible zurcirla. De mala gana Bridget le había prestado un mantelillo en cuyos extremos había bordados manojos de cerezas que él había conseguido meterse bajo el reverso de su chaqueta negra. Esperó un buen rato con un periódico sobre la cabeza para protegerse de la lluvia. Varias veces empezó a subir las escaleras hacia el portero uniformado que montaba guardia a la entrada del edificio y, otras tantas, perdió coraje a mitad de camino y volvió atrás. No quería correr el riesgo de un rechazo. Constantemente volvía a arreglar el mantelillo blanco para asegurárselo bajo la chaqueta, afanándose bajo la llovizna, como una mujer que se ajusta un tirante rebelde. Por debajo de él, en la acera, los peatones se movían como un enjambre entre tranvías y bicicletas; iban por la calle de un lado a otro, concentrados en citas y destinos. Todos salvo él parecían tener un sitio donde ir, alguna función que desempeñar. La rampa en que se encontraba estaba inundada de luz. A lo largo del hotel se divisaba la silueta de figuras oscuras sobre el lugar iluminado, sentadas a las mesas, de pie, gesticulantes; planta tras planta de ventanas resplandecientes se elevaban en la noche. Cuando los taxis se aproximaban al bordillo, el portero se precipitaba escalinata abajo sosteniendo un gran paraguas pardo. Cuando los taxis se detenían, él abría las portezuelas y los ocupantes se zambullían en la luz. Entre un interior seco y otro, las mujeres permanecían un instante en suspenso, esforzándose por encontrar espacio y levantando las faldas sobre el empedrado mojado. Entonces Adolfo se apartaba de su camino, temeroso de que se le ordenara retirarse, con la cabeza inclinada bajo el periódico empapado. Era una tortura para él. Mientras las mujeres subían airosas escaleras arriba bajo el paraguas ondulante, oía claramente que se reían despectivas. Observaba como un mendigo a los caballeros que seguían más reposados y entraban por la puerta giratoria. La risa se derramaba escaleras abajo al penetrar en el vestíbulo resplandeciente. Todo lo que quedaba de la vertiginosa ascensión de riqueza y privilegio era un ligero aroma de perfume y cigarros.

Pensando que quizá había comprendido mal las instrucciones de su hermano, Adolfo fue por la calleja lateral y esperó frente a la entrada de los proveedores. Desde dentro llegaba continuamente el estrépito de puertas que se cerraban y voces elevadas. En torno a sus pies, los gatos trazaban círculos a la espera de comida. Arrojó el periódico y se sentó sobre un cubo de basura durante media hora. Recordó que Meyer le había dicho que el terreno en que se había construido el hotel había sido un lugar donde se hacían pícnicos. Le divertía pensar que se encontraba en un campo de fresas mientras estaba allí sentado en el cubo, bajo la sombra de hierro fundido y ladrillos, el hedor de comida podrida en las narices y un flujo de agua grasienta que llegaba de las cocinas y la lavandería y que constantemente desembocaba en el arroyo

bajo sus pies. Sólo cuando miró hacia arriba, donde debían encontrarse las estrellas, se sintió deprimido e indispuerto. Por fin, abandonada toda esperanza de encontrar a Alois, se puso de pie, se sacudió como un perro y, descendiendo otra vez la colina, dobló por Lime Street.

No estaba muy preocupado. Después de todo, no era suya la culpa. Había llegado al sitio acordado a la hora acordada. Bridget podría atestiguarlo. Su gesto de desafío al viejo Hitler la había molestado, por lo menos.

—Se diría que es éste un tiempo de locos.

Fue todo lo que dijo. Pero las manchas rosadas desaparecieron de sus mejillas cuando limpió el escupitajo del perchero. Sin embargo, era católica y temía irritar a Dios. Tendría que decir la verdad y habría que creerla. ¿Por qué, si no, había tomado prestada esa ridícula pechera y pulido durante una hora el cuero de sus botas con un trozo de enagua de seda? No sabía a ciencia cierta por qué Alois no había aparecido. Sin duda en ese momento estaría sentado frente a una barra, hablando de máquinas de afeitar.

Cuando Adolfo cruzó la calle y empezó a andar por Church Street, sintió repugnancia al ver los escaparates de las tiendas llenos de los artículos propios de la temporada. Los maniqués con abrigos de pieles se sentaban en trineos adornados con ramas de acebo. Papá Noel, con un saco al hombro, estaba en un prado de algodón salpicado de mica. Sobre los chales, los pañuelos y las blusas de cuello Peter Pan, colgaban bolas de cristal y farolillos de papel. El espectáculo le resultaba aborrecible. La noche en que murió su madre, había corrido en busca del doctor Bloch, y, al regresar con él y abrir bruscamente la puerta, las velas se habían agitado en la corriente. Vio reflejadas en los ojos de su madre esas lucecitas estremecidas. Cuando murió, el doctor Bloch le cerró los párpados con dos diestros movimientos del pulgar. Las velas siguieron ardiendo en el árbol.

Asqueado ante la aparición de un petirrojo embalsamado en el escaparate de una joyería, posado en un leño de *papier mâché* con un collar de perlas que le colgaba del pico, Adolfo volvió a cruzar a Clayton Square. A pesar de la lluvia, las viejas envueltas en chales vendían fruta, aunque por alguna razón habían abandonado su puesto habitual en la acera y estaban de pie, de espaldas a la fachada del restaurante. Había luces de petróleo en cubos distribuidos a intervalos por el empedrado, y un policía con linterna iba y venía vigilando. Para esquivarlo, Adolfo se desvió ligeramente por la plaza y se detuvo un momento junto al cine, atisbando entre las puertas las fotografías autografiadas de actrices atractivas que miraban con expresión de sorpresa sobre hombros blancos como la nieve o sonreían altivas con negros labios curvados sobre una niebla de pieles. No podía permitirse el lujo de entrar y tampoco podía volver a casa. Aún no. A esta hora Bridget estaría cantando sus canciones de cuna irlandesas al bebé, junto al fuego.

Se apartó con pesar de las puertas iluminadas y se dirigió por el empedrado hacia la calle principal. Cayó cuan largo era sobre el tronco de un árbol gigante que estaba

en el suelo, con las ramas atadas con una cuerda. Por un momento se quedó allí tirado, creyéndose milagrosamente transportado a los bosques de pinos de Leonding.

El policía lo levantó de un tirón; quería saber si era ciego además de torpe. Una pequeña muchedumbre se había congregado en la plaza, separada de Adolfo, falto de aliento, por la barrera constituida por el árbol de Navidad. Apoyó el pie izquierdo en el suelo e hizo un respingo de dolor. Entre los espectadores había una mujer joven de cara pintada y con una peineta de ballena en el pelo húmedo. Pasando sobre el obstáculo, le tocó la barbilla lastimada con el dedo y le indicó que estaba sangrando.

—Gracias, gracias —musitó él, enormemente turbado. Estaba convencido de que era una prostituta.

—¿Para qué cree que es eso? —le preguntó el policía señalando la hilera de cubos en llamas. Levantó la linterna y examinó el árbol por si había sufrido algún daño—. Es propiedad de la Corporación —advirtió.

—¡Al diablo la Corporación! —gritó la joven—. ¿No ve que se ha hecho daño?

Puso protectora un brazo en torno a Adolfo y empezó a llevárselo calle abajo.

Él miró atrás desesperado y al ver una cara que reconoció inmediatamente, gritó:

—Por favor, necesito ayuda.

El hombre a quien se dirigía suplicante lo miró fijamente, vaciló y saltó con agilidad sobre el árbol. Al alcanzarlo, se dirigió a la joven. Ella frunció el entrecejo, con la mano apoyada en la cintura de Adolfo.

—¡Lárguese! —ordenó el hombre.

Entonces la joven, mirando intranquila al policía, lo soltó y se fue de mala gana. Sólo entonces se dio cuenta Adolfo de que después de todo no conocía al hombre barbudo. Consciente de algún monstruoso error, miró sobrecogido los ojos azules del desconocido y haciendo rechinar con virilidad los dientes se alejó renqueando calle abajo tan deprisa como le fue posible.

Sólo al acercarse a Hope Street aminoró la marcha. ¿Cómo había podido cometer un error tan grave?, se preguntó. El hombre no lo conocía de nada. Posiblemente se trataba de una jugarreta que le había hecho la luz del fuego. Y sin embargo... sin embargo, podría haber jurado que esa cara le era conocida. Mortificado, fue cojeando a lo largo del cercado del cementerio mientras rezaba para no toparse con el doctor Kephalus. Gracias a Dios la torcedura del tobillo no era muy grave. Ya no sentía tanto dolor. Por suerte, pensó, no se había roto la pierna. Alois, como hombre aficionado a las carreras de caballos, probablemente habría considerado más piadoso dispararle un tiro.

Había decidido deslizarse a la habitación de Meyer y poner el pie en remojo. Allí podría descansar hasta que Bridget se fuera a la cama. Pero cuando entró en el vestíbulo, observó que la puerta de la habitación del violinista estaba abierta. Al subir las escaleras, furtivo como un ladrón, vio un instante las espaldas de Mary O'Leary. ¡Qué dilema! Estaba ansioso por evitar a Bridget: en algún momento de esa noche tan agitada había perdido el mantelillo con cerezas bordadas. No lo sorprendería en

absoluto que la amable prostituta se lo hubiera quitado del pecho cuando lo abordó por primera vez. Apoyándose contra la barandilla, se quitó las botas y, llevándolas en los brazos, atravesó en silencio el segundo descansillo y siguió adelante escaleras arriba.

El tercer piso estaba oscuro como boca de lobo. Fue palpando a ciegas a lo largo del corredor en busca de puertas. Una estaba cerrada con cerrojo y la segunda, aunque no tenía candado, no quiso empujarla con el hombro por temor de hacer ruido. Con la tercera puerta, la que estaba al final del corredor, tuvo suerte. Se abrió sin el menor ruido. Vio el débil resplandor de los cristales de las ventanas. Cerró precavido la puerta tras de sí y avanzó renqueando. Miró por la ventana el salón de baile en la acera de enfrente. Por un momento observó las parejas que saltaban y hacían cabriolas bajo los gallardetes carmesí. Se sorprendió sonriendo con un goce prestado. Avergonzado, apartó la mirada y vio en la calle, apoyada contra el cercado de una casa, la figura solitaria de un hombre con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía estar mirando fijamente las ventanas cerradas de la habitación de Meyer. Aunque la oscuridad no le permitía distinguir sus facciones, Adolfo supo en seguida quién era. Tengo miedo, pensó, y se agachó con rodillas temblorosas para no ser visto. Durante varias semanas había apartado de su mente el encuentro con el misterioso desconocido en el barco y la aparición del hombre de barba en el balcón sobre el río. Ahora la pesadilla lo asaltaba de nuevo. Empezó a arrastrarse a gatas hacia la puerta. La presión de la oscuridad parecía avanzar como el flujo de la marea; se sentía empujado hacia atrás. Mientras se escurría débilmente sobre las ásperas tablas del suelo, estalló un terrible alboroto en la casa vecina. Primero llegaron unos tremendos golpes desde abajo y luego pasos amortiguados a lo largo de pasillos. Presa del pánico, Adolfo se arrastró arañando el suelo hasta la pared. No pudo encontrar el pomo de la puerta; sus dedos asieron algo pequeño y metálico, y al instante la luz eléctrica iluminó la habitación. Giró en redondo con la boca abierta del susto.

No había más mobiliario que un colchón sobre el suelo, cubierto de rollos de papel. Sobre las ventanas y a todo lo largo de la pared de la derecha, el yeso estaba desprendiéndose y aparecían manchas de humedad. Era evidente que la habitación estaba siendo remozada, porque la pared a la izquierda de Adolfo, desde el zócalo hasta el travesaño, estaba cubierta por un empapelado inmaculadamente liso. Se dejó resbalar hasta quedar en cuclillas y miró asombrado las rosas abiertas sobre un fondo crema. ¿Era posible que Meyer hubiera estado preparando en secreto este cuarto para él? Era la única explicación lógica de que Meyer lo interrogara deliberadamente sobre la prolongación de su estancia. Olvidando el siniestro vagabundeo de la calle, Adolfo se apoyó contra la puerta soñador: en su mente ya construía estanterías y las atestaba de libros. No le gustaban las rosas, pero en cualquier caso...

De súbito, una parte de la pared recién empapelada se rompió hacia adentro y, como si hubiera sido disparado a través de un aro de papel, irrumpió en la habitación

un hombre con un vendaje alrededor de la cabeza. Levantó a Adolfo por las solapas de la chaqueta, lo lanzó a un lado y se precipitó escaleras abajo en cuestión de segundos. Adolfo quedó hecho un guiñapo en el suelo frente a un irregular boquete negro en la pared, cuyo borde exhibía un festón de papel desgarrado con flores estampadas. Una fina lluvia de polvo blanco empezó a depositarse sobre él. Por un momento quedó atontado, sorprendido de que ningún sonido se le hubiera escapado de entre los labios. Luego oyó gritos que venían de algún sitio más allá del agujero de la pared. Se puso trabajosamente en pie y tuvo la presencia de ánimo de apagar la luz antes de huir precipitadamente por el corredor.

No le fue posible hallar sentido a lo que decía Bridget o Mary O'Leary, que estaban en el descansillo del segundo piso cuando él bajó descalzo las escaleras. Aseguraron no haber oído nada fuera de lo ordinario. Adolfo se abrió paso entre ellas y examinó nervioso la sala.

—Tenía un vendaje en la cabeza —gritó—. Llevaba la camisa desabrochada. — Se abrió la chaqueta y se golpeó el pecho—. Vi con toda claridad un triángulo de vello aquí.

—¿Dónde está mi mantel? —preguntó Bridget.

Ninguna de las dos mujeres entendía de qué estaba hablando.

—¿No le da vergüenza? —le amonestó Mary O'Leary mirándole pasmada los pies descalzos y el pecho desnudo. En vano trató Adolfo de explicarle lo del ruido, los pasos a la carrera y la súbita desintegración de la sólida pared recién empapelada. Dijo que el hombre debía de estar todavía escondido en algún lugar de la casa. Los sonidos que procedían del cuarto vecino parecían los de un ejército de hombres enzarzados en una alocada batalla. Probablemente en este mismo instante estarían bajando reptantes las escaleras a su encuentro o quizá estuvieran afuera rodeando la casa. Cerró la puerta de la sala y la atrancó colocando bajo la manija el respaldo de una silla.

—No hagas eso con mi mejor silla —le reprendió Bridget, y volvió a ponerla en su sitio, junto a la mesa.

Mary O'Leary se acercó a grandes pasos a la ventana e inspeccionó la calle.

—¡Un ejército! —se burló—. Pues entonces se han escondido en las trincheras. No hay nadie ahí fuera.

Adolfo esperó a que Alois regresara a casa. Las dos mujeres se calentaban junto al fuego y de vez en cuando se frotaban mutuamente las costillas.

—No cabe duda —susurró Mary O'Leary—. No está del todo en sus cabales.

Alois llegó de buen humor; algo le había salido bien. Sacó del bolsillo de la chaqueta un soldado de chocolate envuelto en papel de plata y lo puso sobre la mesa para que el bebé lo encontrara por la mañana. Luego escuchó con fatua sonrisa lo que Bridget le contaba. Al advertir rasguños en la barbilla de su hermano, preguntó esperanzado:

—¿Has estado bebiendo?

Se le ocurrió que quizá Adolfo hubiera olvidado sus melindres y se hubiera visto mezclado en una gresca.

—No me he encontrado en situación de beber —saltó Adolfo—. Me pasé más de dos horas de pie bajo la lluvia a las puertas del Adelphi Hotel.

—Ah, bueno —dijo Alois—. No tenía sentido. No hay oportunidades para ti hasta después de Navidad.

—Arriba —dijo Adolfo—, la pared se derrumbó. Lo juro. Ven conmigo y

comprueba.

Se puso en pie de un salto y cogió a Alois por el brazo.

Pero Alois no se movió. Dijo que aquello no era asunto suyo ni aunque el techo volara.

Las pesadillas invadieron el sueño de Adolfo. Soñó que su padre tenía cogida a su madre por sus largos cabellos castaños: con la palma de la mano abierta, el viejo Hitler golpeaba alternativamente los hombros rollizos y las temblorosas mejillas surcadas por lágrimas. Adolfo saltó del lecho convencido de que oía en la quietud de la noche el chasquido de carne contra carne.

Por la mañana, antes que nadie más hubiera despertado en la casa, abandonó su diván y subió las escaleras.

La puerta del tercer piso estaba abierta de par en par. Desde el extremo del corredor, Adolfo podía ver sus botas cuidadosamente colocadas una junto a otra cerca del colchón. Cuando entró en el cuarto descubrió que no había ni una partícula de polvo sobre el rústico suelo. Alguien había dado lustre a sus botas hasta hacerlas resplandecer. No había boquete alguno en la pared. Ni la más ligera rotura o mancha desfiguraba la suave superficie del empapelado sembrado de rosas.

La proximidad de la Navidad inquietaba a Adolfo. No tenía nada con qué contribuir. No le era posible soportar las tediosas conversaciones centradas en las comidas y las bebidas y la distribución de los asientos en torno a la mesa. Alois y Meyer se enzarzaban en interminables discusiones sobre un ganso que tenían planeado comprar. Cada viernes los dos hombres ponían dinero en una hucha para dicha adquisición. ¿Deberían aguardar hasta Nochebuena y escoger uno barato antes de que el mercado cerrara sus puertas, o confiar en la palabra del subchef del Adelphi que había prometido llevarles un ave de primera el día de Navidad por la mañana? ¡Qué desastre si se emborrachaba hasta caer redondo bajo la mesa la noche antes y no aparecía! Sobre las bebidas, no tenían semejantes preocupaciones. Kephalus no les fallaría. Como estaba en una posición más acomodada que cualquiera de ellos dos, contribuiría con el vino y algo de queso. Además del doctor, había sido invitada una tal señora Prentice. La pobre no llevaría nada salvo a sí misma y a cuatro de sus nueve hijos. La comida festiva sería devorada en la gran mesa del sótano.

—No me sentaré con Kephalus —protestó Adolfo.

—Bueno —dijo Alois—. Haznos saber cuándo te vas.

Le estaba construyendo al querido Pat un trenecito sobre ruedas. Adolfo lo consideraba una pérdida de tiempo. Pat sólo lo usaría como chupador. Lo mismo daría que Alois le regalara un bloque de madera.

No pasaba noche sin que Meyer volviera del hotel con el estuche del violín lleno de provisiones. Con resplandeciente sonrisa esparcía nueces y uvas pasas, frutas confitadas y puros habanos sólo fumados en una cuarta parte. Entonces Bridget, chillando de placer y alarma, recogía sus preciosas telas para protegerlas de cualquier daño. Le estaba haciendo un vestido nuevo al bebé. La mesa estaba cubierta desde la mañana a la noche de trozos de tela de algodón blanco y un tejido de lana y lino escocés y franela fina. Alois estaba siempre quejándose de los hilos que se le adherían a la americana. Finalmente, apenas cruzaba el umbral, cogió la costumbre de meter el sombrero dentro de una bolsa confeccionada con papel de periódico. Decía que cepillarlos con exceso dañaba la pelusilla.

El último domingo antes de Navidad, Meyer le preguntó a Adolfo si le gustaría acompañarlo a él y a Bridget a dar un paseo por el campo. Bridget quería buscar ramas de pino y acebo para decorar la sala; Adolfo podría buscar castañas. Aceptó. Aunque le hubiera gustado estar a solas con Meyer, cualquier cosa era preferible a quedarse en casa con Alois, que estaba confinado en cama con un resfriado. Alois tenía la desagradable costumbre de golpear imperiosamente con su bastón el cabezal de bronce de su cama cada vez que necesitaba algo. Adolfo detestaba encontrarse a las órdenes de su hermano y odiaba entrar en la intimidad de esa habitación dominada por el gran bulto de la cama matrimonial, la lámpara que arrojaba una luz verdosa hasta el cielo raso, los peines, las horquillas, los tarros y los ungüentos para el bebé

esparcidos sobre mantelitos de ganchillo en la barata mesa de tocador. Como no tenía costumbre de ver a Alois sin sombrero ni chaqueta, le era difícil mantenerse impasible frente a su corpulento hermano parcialmente desnudo, con su camisa de noche gastada y el cuello rollizo que llevaba todavía la marca del botón mientras se revolvió febril entre las almohadas arrugadas. A veces, desesperado por fumar, hurgaba en el ropero en busca de la colilla de algún cigarro olvidado, tosiendo al inclinarse sobre el redondeado vientre, con la camisa que dejaba ver las musculosas piernas blancas como la leche. Despojado de sus magníficas ropas, su cadena de reloj, su alfiler de corbata y su pañuelo de seda —que ahora colgaba de un clavo detrás de la puerta—, Alois parecía infantil y malhumorado. Cuando no estaba estornudando y quejándose, estaba pidiendo un vaso de agua, un pañuelo limpio, un ejemplar de la *Gaceta de las Carreras*. En esos momentos Adolfo sentía la tentación de golpearlo y meter la muñeca de Pat en esa exigente garganta abierta.

Bridget había tenido intención de dejar al bebé con Mary O’Leary, pero Meyer había insistido en que el aire fresco le sentaría bien.

—¿Fresco? —dijo ella dubitativa—. Le congelará los pulmones.

Pero confió en el parecer de Meyer. Antes de servir la comida dominical, tostó algo de pan en el fuego y lo dejó endurecer. Después de lavar los platos en el descansillo, puso el pan y un recipiente de agua en un bolso, junto con sus tijeras de coser y un viejo guante de motorista que había encontrado en la calle.

—Cualquiera diría que nos vamos al Polo Norte —le dijo a modo de disculpa a Adolfo, que esperaba impaciente junto a la ventana. Tenía miedo de que Alois le pegara fuego a la ropa de cama mientras estaban ausentes—. No sería muy extraño ¿no te parece? —le preguntó a Adolfo.

Él se encogió de hombros. Aunque no le hubiera gustado que sufriera la propiedad de Meyer, no habría tenido inconveniente en que Alois se quemara un poco.

Se pusieron en camino de la Exchange Station, los dos hombres vestidos enteramente de negro y Bridget detrás, con una boina sobre el pelo rojo y envuelta con un chal negro de Mary O’Leary. Dentro de sus pliegues, encerrado de pies a cabeza en prendas de lana, el niño estaba tan estrechamente atado al cuerpo de la madre que apenas podía respirar, y mucho menos chillar.

—Creo que te gustará el sitio donde vamos —dijo Meyer—. Dunas y mar. El viento entre los pinos. Después de todo, eres un muchacho de campo.

—Pasé mis años de formación en la ciudad de Passau —le informó Adolfo. No le gustaba que lo tomaran por un patán—. Mi familia se trasladó al campo cuando yo tenía siete años.

—Ah —dijo Meyer—. Eso explica tu acento.

—No me avergüenzo de mi origen —dijo Adolfo con seriedad.

Cuando llegaron a la estación y entraron en la relativa calidez del vagón de tercera clase, Bridget desenvolvió al querido Pat, que emergió con la cara escarlata.

—Tiene razón en lo del aire fresco —le dijo a Meyer con admiración—. Mire esas mejillas. —Y triunfante puso al bebé sobre una rodilla y lo hizo saltar.

El tren partió de la estación y avanzó casi a oscuras por campos de lodo, atrapado entre el río y las aguas estancadas del canal para embarcaciones que iba tierra adentro hasta Manchester y las hilaturas de algodón de Lancashire.

Adolfo consideraba la empresa un error total. Con el dinero que Meyer había gastado en los billetes, podrían haber comprado varios árboles de Navidad en el mercado y engalanado la casa de arriba abajo con acebo. Miraba con disgusto los almacenes, las carboneras y los montones de madera que se descomponían junto a las vías del ferrocarril. De las chimeneas de muchas fábricas ruinosas brotaban nubes de humo sulfuroso bajo un cielo tan plomizo y uniformemente gris, que parecía ajustarse como la tapa de la caja que era la tierra. Tras los edificios industriales y los prados convertidos en vertederos ascendían hasta la carretera del muelle hileras de casas, una junto a otra.

—Pocas veces he visto un paisaje campestre tan hermoso —anunció tristemente—. Lo deja a uno sin aliento.

—Supongo que hace demasiado frío para remar —dijo Bridget mirando el desdichado panorama más allá del cristal.

—Todas las ciudades son iguales —dijo Meyer—. Liverpool no es peor ni mejor que cualquier otra metrópoli. Si se tiene industria pesada, por fuerza se tienen productos de desecho y maquinaria anticuada. Sólo el clima miserable de esta particular parte del mundo subraya la fealdad. Si brillara el sol y hubiera follaje en los árboles, veríamos todo muy distinto. Tú, Adolfo, que comprendes los principios darwinianos de la supervivencia de los más aptos, no tendrás dificultad en entender la necesidad de todo esto.

Y señaló los achaparrados saúcos y los purulentos sauces que crecían como montones de alambre enredado entre chapas de hierro acanalado e irregulares montículos de ladrillos.

—Flores, Pat —exclamó Bridget mirando atentamente donde señalaba Meyer. Decidida a ver la olla de oro en el extremo del arco iris, sostuvo el bebé a la altura de la ventanilla y volvió a exclamar—: Mira qué bonitas flores, Pat.

Pero cuando llegaron a Seaforth y a los límites de los muelles, las vías torcieron hacia la costa, hasta que por último el tren humeó entre campos de coles y patatas y una franja de brezos inclinados por el viento, bordeada por montículos de arena que se hundían y ascendían en una playa desierta. Luego se levantó el cielo y unas nubes blancas avanzaron a lo largo del horizonte.

—América —dijo Adolfo en voz alta apretando la cara contra la ventanilla del vagón y esforzándose por captar un último atisbo de un barco que se mecía al borde del mar. Más allá de la extensión de negras aguas se encontraban el océano Atlántico y el continente del Viejo Shatterhand.

—Siempre me entusiasmó la idea de las Américas —observó Meyer—. Me

habría gustado participar de la Quimera del Oro. —Se volvió hacia Bridget y le preguntó—: ¿Piensas que un país como América, que por fuerza carece de música, arte y cultura, es preferible al propio?

Bridget se sentía profundamente incómoda cuando Meyer le hablaba de este modo. Tiempo atrás, había tenido verdaderos dolores de cabeza al esforzarse en responder a sus preguntas, hasta que descubrió que él no pretendía ninguna respuesta.

Le resultaba desconcertante que la gente culta como él se atormentara por libros y pinturas. Cualquiera pensaría que desgastarse los ojos en la lectura de libros y la contemplación de antigüedades sería suficiente. Además su patria era Irlanda y, como todo el mundo sabe, entre cortar el césped y seguir las carreras de caballos no quedaba ni un segundo para ocuparse de cuadros. Le hacía doler la mandíbula estarse allí sentada mirándolo inteligentemente, cuando en la cabeza no tenía la más mínima idea sobre el tema. Entonces le dijo:

Seis primos míos se fueron a Boston. Y un hermano desembarcó y murió mientras aguardaba ser admitido por la oficina de inmigración.

—Es algo terrible —comentó Meyer— llegar a estar cara a cara con la libertad y la oportunidad.

—Fue terrible para mamá —dijo Bridget—. No saber si tuvo un entierro decente.

Bajaron del tren en una pequeña estación a unas doce millas de Liverpool. Después del ruido de la ciudad, el lugar resultaba desagradablemente silencioso. Aparte del recolector de billetes y un asno atado por una cuerda a una cerca pintada, no había alma viviente a excepción de ellos.

—Allí hay un sendero que corta derecho por el bosque y la costa —dijo Meyer señalando un cobertizo donde se guardaban bicicletas, y una línea de álamos blancos mecidos por el viento.

Insistió en cargar al niño sobre sus espaldas. Haciendo una especie de cabestrillo con el chal negro, se ató los extremos alrededor del pecho. El bebé apoyó su mejilla contra la chaqueta y succionó somnoliento su manita enguantada de lana. Cerrando las manos por detrás para sostener el hundido bulto del querido Pat, Meyer echó a correr con energía más allá del cobertizo de las bicicletas y volvió la esquina.

—¿A que es bueno con los niños? —dijo Bridget.

Tropezando con las palabras, Adolfo le dijo que en su opinión los hombres sin familia son a menudo más sensibles con los niños.

—Tiene un hijo propio —dijo Bridget— en algún sitio. Y una esposa que vive en los Midlands.

Siguió luego apresurada con el pelo rojo flotando sobre las mejillas, ansiosa por no perder al niño de vista.

Desconcertado por esa asombrosa información, Adolfo se quedó clavado en su sitio. No tenía idea de lo que pudieran ser los Midlands. ¿Era posible que el generoso Meyer, bueno como el pan, hubiera abandonado a su esposa en el campo? Quizás al referirse a las maquinarias anticuadas y los productos de desecho hubiera estado aludiendo a *Frau Meyer*.

—De prisa, de prisa —llamó Bridget, doblando animosa la esquina del cobertizo.

Adolfo la siguió, profundamente sumido en sus pensamientos. Llegó a un patio empedrado frente a una taberna con las ventanas cerradas. A un lado había un portón que daba a un sendero de ceniza que corría negro como un río a través de un campo anegado y una carbonera cercada de álamos blancos. A lo lejos pudo ver a Meyer y Bridget que cerraban un segundo portón. Gritó, pero evidentemente no lo oyeron. Mientras los miraba, ascendían presurosos una ligera cuesta, Meyer curvado bajo su carga, y Bridget casi a gatas en su esfuerzo por mantenerse a la par. Luego el terreno se hundió y ellos desaparecieron de la vista.

Silbando para demostrar que a él le daba igual, Adolfo avanzó saltando a través del portón y a lo largo del sendero. Había cuervos que caminaban furtivos sobre las colinas de grava tras los árboles. Al ruido de sus botas que se deslizaban sobre el suelo, levantaron el vuelo con alas extendidas y trazaron círculos en el aire como buitres. Desde luego, no estaba dispuesto a echar a correr para alcanzar a su cuñada y a Meyer. Evidentemente no sería aquél uno de esos apacibles paseos vespertinos

animados por la conversación y el estudio de la naturaleza. Se habían puesto en camino demasiado tarde. Si Alois no hubiera lloriqueado por su comida... La niebla ya empezaba a filtrarse por los prados llanos de hierba empapada.

Al llegar al segundo portón se encontró con la sorpresa de que no le era posible abrirlo. Empujó sin conseguirlo. Estaba atado a un poste con un alambre tan oxidado y ferozmente enredado, que se vio obligado a trepar sobre las barras. A horcajadas sobre el listón superior, tuvo un claro panorama del lúgubre paisaje que se extendía delante suyo. Una irregular extensión de terreno baldío bordeado por una rala avenida de pinos que iba ahusándose a lo lejos hasta perderse en una confusión de árboles en el horizonte. Oía lo que tomó por el triste rugir de las olas al romper contra la costa distante. No había serpenteantes riachuelos ni bosquecillos, ni tampoco setos con acebos. No imaginaba por qué Meyer había supuesto que le gustaría un lugar tan desolado y tétrico. Salvo por la línea de oscuros pinos, se encontraba solo en un condenado brezal, bajo un cielo tan vasto y tormentoso que su tamaño sobre las barras del portón cubiertas de musgo no era mayor que el de un insecto. Bajo él, en la base del poste, se retorcían babosas, resbaladizas como peces entre las putrefactas briznas de hierba. Estremecido, se deslizó hacia la tierra lodosa y, haciendo bocina con las manos, volvió a gritar. Esta vez respondieron.

Al entrar en la crepitante sombra de los pinos, encontró a Meyer, que examinaba el tronco de un árbol. Bridget estaba de rodillas en tierra, con los cabellos despeinados, dándole al querido Pat agua de la cantimplora.

—Por fin aquí —dijo Meyer, como si Adolfo se hubiera mostrado deliberadamente esquivo—. ¿Qué te entretuvo?

—No soy hábil para las carreras pedestres —dijo Adolfo.

—El lobo solitario de siempre —exclamó Meyer jovial.

—El portón estaba cerrado —dijo Adolfo ruborizándose.

—Estaba atado con alambre —indicó Meyer.

—Y sin embargo vi que lo abría. O más bien vi que lo cerraba.

—Sería más acertado decir que lo atravesamos —dijo Meyer.

Adolfo se quedó mirándolo fijamente.

—Nos deslizamos —explicó Meyer—. A través de las barras.

No soy ciego, pensó Adolfo. Tampoco creía que Meyer, que se asemejaba al Jorobado de Notre Dame, pudiera haberse escurrido entre dos barras de mantequilla, por no hablar de un portón de cinco barras.

Siguieron adelante. Meyer llevaba la bolsa de la compra y Bridget al bebé. De vez en cuando Meyer se detenía para recoger piñas y consultar su reloj. No parecía probable que encontrasen un acebo en cien millas a la redonda.

Gradualmente los árboles fueron haciéndose más abundantes. El bajo tronar del mar se hizo más fuerte. Por fin anduvieron trabajosamente a través de un bosque tan denso que el cielo desapareció. El niño, con su carita resplandeciente como una perla en el verde crepúsculo, se cogía solemnemente al cuello de la madre.

—No es mucho más lejos —dijo Meyer y, levantando el brazo para despejar las telarañas que colgaban de rama en rama, guió a Bridget a través del crepúsculo vespertino.

Llegaron a un sendero que llevaba a una antigua iglesia rodeada de altos olmos y cercada por un muro de piedras que se desmoronaba. Adolfo se dio cuenta de que aún estaban a cierta distancia del mar. El rugido que continuamente había estado escuchando no era sino el viento que soplaba entre las altas ramas de los pinos.

Meyer consultó el reloj de nuevo.

—No tenemos mucho tiempo —dijo—. Si no recuerdo mal, hay arbustos de acebo detrás de la iglesia.

Bridget avanzó impaciente al trote, con el bebé a horcajadas sobre la cadera.

Meyer estaba en el sendero con los hombros hundidos; del ala del negro sombrero de fieltro le colgaba una telaraña gris. Miró fatigado en dirección al camino invisible, oculto por el alto muro y los olmos desgarrados.

—Usted está cansado —dijo Adolfo—. Quédese aquí y descanse. Yo acompañaré a Bridget.

—Al contrario —dijo Meyer generosamente—. Tú eres quien debe quedarse aquí. Yo atenderé a *Frau* Hitler. Tú puedes examinar la iglesia. Tiene muchos detalles arquitectónicos de interés. Se construyó en el siglo XII. —Junto al codo de Adolfo, le señaló la chata torre normanda.

—Venga conmigo —le instó Adolfo—. No se puede estar siempre a la orden de las mujeres.

—Es cierto —murmuró Meyer—. Pero yo soy el que tiene las tijeras.

—Yo se las llevaré —dijo Adolfo, y tendió la mano hacia la bolsa de compra.

—No estás adecuadamente equipado para partir madera —señaló Meyer—. No tienes guantes. —Parecía decidido a sacrificarse.

En ese instante la cabeza de un hombre, tocada de una gorra a cuadros y arrastrando una tira de tela blanca como la cola de un cerdo, flotó horizontalmente y sin cuerpo sobre el muro de la iglesia. Adolfo contempló boquiabierto la aparición. La cabeza llegó al nivel de un portal de madera y vio a un hombre en bicicleta pasar como una exhalación, los pies con calzado de golf que no dejaban de girar mientras pedaleaba furiosamente sendero abajo. Meyer, que ahora se alejaba, no parecía haber advertido nada fuera de lo común. Antes de que Adolfo hubiera tenido tiempo de llamar, la gorra a cuadros había desaparecido por completo y Meyer había sido tragado por los árboles.

Adolfo pasó diez deprimentes minutos intentando entrar en la iglesia. Ese día no tenía suerte con la apertura de puertas y portones. Pateó irritado el sólido óvalo de madera tachonado de clavos de adorno. Retrocedió y, curvando los dedos dentro de las botas, saltó sobre un pie, maldiciendo. El dolor era terrible. Se quitó la bota, se tocó el calcetín gastado y experimentó alivio al ver que no sangraba. Si hubiera sabido cómo llegar a la estación, se habría ido en ese mismo instante. Los absurdos caprichos de su cuñada no eran asunto de su incumbencia. Evidentemente, Meyer era demasiado débil y sentimental como para ordenarle que ella misma buscara sus plantas navideñas. Que fueran juntos de compras como los campesinos que sin duda eran. Totalmente irritado por la atención indiscriminada que Meyer prestaba a los demás, bajó trabajosamente del pórtico con la bota en la mano y saltó sobre un pie cerca de la parte trasera de la iglesia. Oyó claramente voces y el sonido de ramas que se quebraban. Al llegar a un hueco en el seto de zarzas, se abrió camino hacia el bosque. No quería que Bridget y Meyer se le adelantaran tanto como para perder todo contacto con ellos.

Sólo había avanzado una corta distancia, cuando tuvo conciencia de que había alguien detrás suyo que andaba torpemente sobre la hierba. Giró y escuchó. Por un momento le pareció ver la mancha blanca del bonete de lana de Pat, pero era sólo la pluma de un pájaro que descendía de la oscuridad del cielo. Siguió avanzando con cautela. Otra vez oyó esos inconfundibles sonidos de persecución. Sin cuidarse de las ramas que se le enredaban en el pelo y le desgarraban la ropa, echó a correr internándose cada vez más en el bosque. No sabía por qué sentía tanto miedo. Miró una vez por encima del hombro y vio, fragmentada por los árboles, la figura del hombre en bicicleta, con la cabeza desnuda esta vez y la tira de tela que le colgaba sobre una oreja, los pies calzados como los de un indio Ogellalah, que le seguía la pista a través de los pinos.

De pronto el terreno se empinó hacia arriba. Una rama rota, aguda como una lanza, le dio entre las costillas. Gruñendo, llegó a lo alto de la subida y cayó en un hueco cubierto de arena y de agujas de pino. Con sus últimas fuerzas levantó un brazo y lanzó su bota ciegamente entre los árboles. Un retazo de cielo blanco se mecía sobre él al moverse las ramas en el viento. No había escapatoria. Indefenso, aguardó la llegada del desconocido.

—Mi querido muchacho —exclamó Meyer mirándolo desde lo alto con expresión preocupada—, ¿te has hecho daño?

—No me hacen ninguna falta las heridas autoinfligidas —dijo Adolfo esforzándose por recobrar la compostura—, sobre todo cuando todo el mundo está empeñado en hacerme daño. Perpetuamente me acechan enemigos desconocidos.

—¿Qué ha sucedido con tu zapato? —preguntó Meyer.

—Ya he sufrido bastante —gritó Adolfo—. Están por todas partes. En los barcos,

junto a las vías del ferrocarril, a la puerta de los cines, sonriendo por encima de una barba. Acabo de ver a otro con un vendaje en la cabeza.

—¿Otro qué? —preguntó Meyer asombrado.

—Otro hombre —dijo Adolfo—. Hace menos de una semana saltó a través de las rosas en la habitación del piso superior de su casa.

—A través de las rosas...

—Estoy perturbado —admitió Adolfo—. Pero no soy estúpido. Sé sumar dos y dos.

Meyer se agachó sobre el borde de la cuesta y miró fijamente abajo.

—Me estás diciendo que un hombre de barba que llevaba un vendaje saltó a través de unas flores...

—No —dijo Adolfo—. Estaba afeitado. Atravesó la pared. Más tarde llevaba sus zapatos de golf, los que vi en el ropero. Castaños y blancos...

—¿Castaños y blancos? —repitió Meyer. Abrió los brazos en un ademán de desesperación—. ¿Parezco un hombre que juega al golf?

—Sea como fuere —replicó Adolfo sombrío—, primero andaba en bicicleta, y luego a pie.

—¿Atravesó la pared en bicicleta? —preguntó Meyer.

Furioso por esta conversación evasiva, Adolfo intentó ponerse en pie. Tenía las piernas tan débiles que sintió que podrían quebrársele bajo el peso del cuerpo. Sólo logró erguirse sobre las cuatro extremidades, como un perro.

—Échate —le aconsejó Meyer—. Échate y respira profundamente.

Adolfo se echó de lado y llevó las rodillas al pecho. Luego musitó:

—Varios hombres me vienen siguiendo. Algunos con barba, otros no. Hubo un hombre en la plaza a quien creí reconocer. Le hablé imaginando que ya nos habíamos visto antes. Quizás era el que estaba en el vapor en el canal. Me robó la gorra.

—¿Quién te ha robado la bota? —le preguntó Meyer.

—Nadie —respondió Adolfo—. La perdí.

Tras un breve silencio, Meyer preguntó:

—¿Por qué todos estos hombres vienen siguiéndote? ¿Tienes dificultades con la policía?

—Desde luego que no —protestó Adolfo—. Es Alois el que tiene tendencias criminales, no yo. —Se sentó y se sacudió la arena de la cabeza—. Soy la víctima inocente de un error de las comunicaciones postales. —Pensó que era poco viril hacerle la confianza a Meyer, pero no podía seguir guardando para sí sus temores. Suponiendo que era curiosidad y no lástima lo que hacía que el hombre ya maduro lo observara con tanta atención, trató de explicar su posición—: Cuando abandoné Linz por primera vez para dirigirme a Viena, notifiqué a las autoridades mi nueva dirección. Sabía que pronto me llamarían para prestar el servicio militar...

—¡Ah! Ahora comprendo —dijo Meyer con irritante perspicacia.

—Permítame antes terminar —gritó Adolfo—. Está llegando a conclusiones

precipitadas. Al comunicar mi cambio de domicilio, estaba actuando con toda corrección. Desgraciadamente no conservé la misma dirección por mucho tiempo, o ninguna otra por lo demás. Las circunstancias me obligaron a errar varios años por la ciudad como un vagabundo. No se me puede culpar.

—Mi querido Adolphus —dijo Meyer—, es evidente para mí que las terribles experiencias que tuviste en Viena han afectado temporalmente tu buen sentido natural. Si las autoridades fueran a perseguir a todos los jóvenes que eluden el servicio militar, estarían en bancarrota en muy poco tiempo. En cualquier caso, sería improbable que te persiguieran en bicicleta.

—Yo no eludí nada —gritó Adolfo—. No recibí cartas ni documento alguno. El cartero no reparte correspondencia en posadas de mala muerte o en los bancos de los parques. —Irritado, arañó la tierra con los dedos y lanzó al aire una nube de arena que le cayó en un ojo—. ¡Maldita sea! —se lamentó.

—Tranquilo —le dijo Meyer apaciguador—. No fue culpa tuya. Estoy convencido de que el estado mental en que te encuentras es primordialmente el resultado de la frustración. En esencia eres un artista, y con ello no quiero decir necesariamente que seas un pintor. Un temperamento semejante puede encontrar expresión en múltiples actividades.

Con ojos doloridos y lagrimeantes, Adolfo lo miró pestañeando. Aunque gratificado por el hecho de que Meyer reconociera sus aptitudes artísticas, todavía le ofendía que antes lo hubiera tomado por un cobarde.

—Por el momento —continuó Meyer— te envenenan, casi se diría que te inflaman con opulencia, impulsos creativos que no tienen satisfacción.

—¿De veras? —dijo Adolfo. Miró dubitativo sus delgadas muñecas que le sobresalían de las mangas de la chaqueta de segunda mano.

—Más aún —dijo Meyer— no tienes la culpa de haber creído que se te persigue. Si hubiera conocido tu angustia, te habría hecho mi confidente. El hombre con el vendaje en torno a la cabeza es un conocido mío y de Kephalus. Su nombre es Michael Murphy. No puede tener el menor interés en ti. A decir verdad, es él el perseguido.

—¿Quién le persigue? —preguntó Adolfo—. ¿Y por qué motivo?

—Es un asunto privado. Entre el señor Murphy y la policía. No puedo decirte más.

Adolfo experimentó un profundo alivio. Aunque ya estaba muy avanzada la tarde y el cielo tenía un color ceniciento, podría haber jurado que sentía el calor del sol en el cuello. Sonrió ampliamente. Si no hubiera sido por sus inhibiciones, habría besado a Meyer en ambas mejillas de gratitud.

—Y esos otros —preguntó—, los que llevan barba, ¿también los busca la policía?

—En eso —replicó Meyer con pesar— no puedo facilitarte ninguna ayuda. No sé de ninguna persona, con barba o sin ella, que pueda estar persiguiéndote.

El tema parecía agotado. Estaba ansioso por volver y encontrar a Bridget.

Reflexionando sobre la cuestión, Adolfo se consoló pensando que no era posible que hubiera humo sin fuego. Si Meyer tenía trato con criminales, era posible que su casa estuviera vigilada. Era Meyer el observado, no él.

Perdieron algún tiempo buscando la bota extraviada.

Finalmente Meyer insistió en que se abandonara la búsqueda: la niebla nocturna sería perjudicial para el pecho del niño.

Cuando finalmente se abrieron camino a través del seto hasta el cementerio de la iglesia, a Adolfo no le sorprendió que Bridget no hubiera logrado encontrar arbustos de acebo. Probablemente también ella tendría conocimiento del herido Michael Murphy. Aunque apenas habría bastado para alimentar a un gorrión, había visto que ponía en secreto tres rebanadas de pan tostado en su bolsa de la compra antes de salir de casa. No emitía juicio moral alguno sobre Murphy o sus compañeros de conspiración. Sentía igual desprecio por los desvalidos que por las fuerzas de la ley y el orden. Pero le divertía pensar que Alois, que tan desesperadamente cortejaba la respetabilidad, estaba sin saberlo mezclado en una maraña de tratos sombríos e intrigas secretas. Cada vez que abría su maleta de piel de cerdo llena de esas malditas máquinas de afeitar, alguien, Dios mediante, merodeaba tomando notas taquigráficas u observándolo a través de binoculares.

Salieron en fila del cementerio y avanzaron por el camino.

Adolfo se ofreció a llevar al querido Pat hasta la estación. Bridget hizo varias referencias humorísticas a su pie sólo protegido por un calcetín. Dijo que era propenso a perder cosas y que jamás le perdonaría si perdía al bebé.

Con Pat protegido contra el pecho, Adolfo se preguntaba qué tendría Meyer en mente al sugerir que había varias maneras de manifestar una personalidad creativa. La arquitectura estaba fuera de toda cuestión. No tenía calificación escolar suficiente como para aspirar al ingreso en la universidad. Sin duda era demasiado tarde para aprender un instrumento. No tenía estómago para dedicarse a la medicina. Quizá su fuerte fuera el trato con la gente: después de todo había tenido cierta influencia entre los ocupantes de los diversos albergues para desvalidos en los que había estado.

Era agradable tener al niño caliente entre los brazos. La húmeda sonrisa de aceptación en los labios de Pat le hizo brotar las lágrimas. La ansiedad experimentada durante las últimas semanas le había afectado más de lo que él suponía: ahora, libre de demonios, era invadido por la emoción. Los campos, que antes se habían extendido parduscos hasta el horizonte, parecían apropiados a la estación y, de no haber sido por la ausencia de nieve, dignos de una pintura de Breughel. Le asombraba la ternura que le despertaba la visión de los hombros curvados de Bridget bajo su gastada chaqueta mientras andaba animosa delante; un mechón de cabellos, que se le escapaba de debajo de la boina, se agitaba como una bandera en el sendero ya oscurecido. Sentía nostalgia de su patria; pero no tenía lugar alguno donde ir. Hasta llegar a la estación, mantuvo cuidadosamente el chal de manera que el bebé quedara protegido del húmedo aire de la noche. Se sintió desproporcionadamente ofendido

cuando Bridget no dijo que también él era bueno con los niños.

Dos días antes de Navidad, mientras Bridget estaba fuera de compras, Adolfo sacó un cuadrado de cartón de una lata de bizcochos, puso a Pat en su silla alta, y empezó a dibujarlo. Se sintió encantado con el resultado de sus esfuerzos. Consideró que el esbozo tenía una delicadeza de línea totalmente adecuada al tema. El hoyuelo de la mejilla izquierda podría haber sido más sutil, pero había algo casi milagroso en el sombreado del párpado izquierdo. Cuando hubo terminado el dibujo, Adolfo lo puso dentro de un periódico y lo escondió bajo el diván, junto a un libro que tenía intención de regalar a Meyer. El libro era una vida de Mozart, encuadernado en cuero. Adolfo lo había conseguido en la sala de lectura de la biblioteca pública. Cogiendo dos volúmenes de las estanterías, se había sentado a una mesa y se había aclarado la garganta de modo lo bastante sonoro como para asegurarse de que lo advirtiera el empleado tras el escritorio. Media hora más tarde había deslizado uno de los libros dentro de su chaleco y lo había asegurado bajo la axila. Empujando hacia atrás la silla, había hecho un espantoso estruendo al ponerse de pie y devolver a su estante el otro libro. Se dio cuenta por la expresión de disgusto en la cara del bibliotecario al salir él de la sala, de que se alegraba de verle por fin las espaldas.

Hasta llegar a Stanhope Street, anduvo con los brazos rígidos a los costados como un militar. Sólo se quitó el abrigo cuando se sintió seguro adentro, y aun entonces le volvía la espalda a las ventanas que daban al salón de baile. No sabía muy bien a qué atenerse en cuanto al regalo de Alois. Había intentado perfeccionar la pieza de metal destinada a convertirse en la manija del gramófono, pero no tenía la herramienta adecuada para cortar correctamente el filamento. Además no quería provocar a Alois, quien al desempaquetar semejante regalo quizá podría no recibirlo con espíritu del todo cristiano y utilizarlo con un fin que no era el previsto. No quería que su esfuerzo se viera recompensado con una fractura de cráneo. Después de volver a pensarlo, sacó el dibujo de debajo del diván y escribió en uno de sus ángulos: «A Bridget y Alois Hitler, con la consideración de A. Hitler. Liverpool, en el mes de diciembre del año 1912».

A mediodía de la víspera de Navidad lo llamaron desde el sótano y se le encomendó que pelara patatas y quitara los extremos pardos a las coles de Bruselas. El querido Pat, que parecía una viejecita en la peluquería, con una servilleta en torno al cuello regordete, estaba sentado en una silla arrimada a la mesa, aporreando con una cuchara de madera unas salchichas envueltas en papel de periódico. Había recipientes llenos de picadillo, rellenos de castañas y jaleas no del todo cuajadas. Una jarra de crema estaba en medio de cáscaras de limón, hígados de pollo y montones de manteca. Cada vez que Pat golpeaba con su cuchara, unos cuantos chalotes y varios cigarros húmedos rodaban de un lado para otro de la mesa. A no ser por las condiciones de higiene y el modo descuidado con que Mary O'Leary manejaba el fregadero, achicando agua como si el sótano escorara, la cantidad de provisiones no

habría desmerecido de las cocinas del Adelphi Hotel. El aire estaba cargado de los olores mezclados de jabón y pasteles, sangre y mandarinas. A falta de acebo, Bridget había sujetado guirnaldas de papel desde la lámpara colgada sobre la mesa hasta el perchero sobre el hornillo. Tan intenso era el calor y tanta la actividad, que las tiras de papel se desprendían a intervalos y una o dos caían sobre la mesa y se arrastraban por el suelo.

—No es por mí —confesaba Bridget cada vez que ocurría este desastre—. Es en los hijos de la señora Prentice en los que pienso, los pobrecillos.

Y de pie sobre una silla desvencijada volvía a atar los extremos de los papeles, que lucían ahora gotas de crema o glóbulos de relleno y manchas de la grasa de los hígados de pollo.

A Adolfo le ofendía que las mujeres lo trataran como a un incompetente. ¿No le había preparado la comida a su hermana Paula cuando su madre estaba enferma? Muchas veces Bridget o Mary O'Leary lo enviaban a hacer recados insignificantes: a comprar algo de sal, a hacer afilar los cuchillos, a ver si el tabernero de la esquina les prestaría toneles vacíos para que los niños se sentaran en ellos; pero cuando llegó el momento de transportar el jamón que se cocía en el horno de la panadería, Mary O'Leary se puso un chal sobre el gorro y se dispuso a ir ella misma. Se dirigió a Bridget como si él no estuviera presente:

—Sólo se romperá una pierna —dijo—. O perderá la fuente o caerá por una boca de alcantarilla.

Él permaneció malhumorado en un rincón mirando con aire lúgubre el árbol de Navidad metido en un cubo apoyado contra la pared, con las ramas adornadas de oropel y peniques de chocolate envueltos en papel de plata.

—Deja de mirar ceñudo —le dijo Bridget con firmeza—. Harás que se corte la leche.

Mary O'Leary regresó con el jamón y con la señora Prentice, que llevaba un sombrero de hombre y una camisa de franela sobre múltiples capas de faldas manchadas. Contra todo lo que podría suponerse, parecía animada, pues cuando le presentaron a Adolfo le apretó el brazo con familiaridad y estalló en risas. Cuando vio la comida desplegada sobre la mesa, se apretó el pecho informe con la mano como si pudiera salirse el corazón del sobresalto.

—¡Dios mío! —exclamó—. Os habéis sobrepasado.

—Hay algo para los niños —dijo Bridget—. Simples cosillas, claro. Nada del otro mundo.

Había hecho una muñeca de trapo para la niña más pequeña y repulgado un pañuelo para cada uno de los otros; aunque, Dios es testigo, a juzgar por el estado en que normalmente se encontraban los niños, jamás comprenderían cuál era su propósito. La invitación a la señora Prentice había sido idea de Meyer. Como él era el que procuraba la mayor parte de la comida, Bridget no se encontraba en posición de discutir. Tenía intención de frotar al querido Pat de pies a cabeza con jabón carbólico

en cuanto terminara la fiesta.

—Dios la bendiga —deseó la señora Prentice enjugándose una lágrima de felicidad con el puño gastado de la manga. No iba a quedarse; iba a ver a su Elsie en Chatham Street. Elsie estaba esperando otra vez y muy desanimada. Cada vez que tosía le parecía que se desmoronaría entera. No olvidaría traer las cartas. Hablaba en una lengua tan extraña y fruncía tanto la cara al hacerlo, que Adolfo se preguntó si estaría cuerda. Cuando estaba a punto de irse le apretó el brazo nuevamente y gritó con una voz que parecía una trompeta de juguete:

—Hasta mañana, chuleta de cordero.

Al final de la tarde, Adolfo estaba agotado. Había intentado devolver la limpieza y el orden al sótano. Varias veces había barrido el suelo sólo para que Mary O'Leary dejara caer en él sin ton ni son mondas de patatas y otros desechos. Ajustó un trozo de muselina a la jarra de crema y recogió los periódicos en un intento de despejar la mesa.

Pat aulló de tal manera cuando le quitaron las salchichas, que Bridget dijo a Adolfo que se las devolviera.

—No está haciendo nada malo —dijo—. Deja que las golpee con la cuchara.

Cuando Adolfo protestó diciendo que no se podrían comer, ella echó atrás la cabeza y le respondió que mientras él no pagara la comida, le tenía sin cuidado si Pat la pasaba por una escurridora. Él abandonó enfadado la cocina y subió a acostarse en el diván.

Cuando despertó había oscurecido, y Bridget preparaba al niño para llevarlo a dormir.

—¿Vendrás a la misa de medianoche luego o te quedarás en casa con Pat? —le preguntó.

—Me quedaré aquí a descansar.

—Ten, cógelo —dijo ella, y abandonando a Pat en el sofá se dirigió con dificultad al dormitorio llevando el cajón inferior del ropero. El bebé estaba cansado. Se desplomó y apoyó la mejilla confiado en el hombro de Adolfo. Bostezaron juntos y se quedaron allí tendidos mientras la lámpara silbaba sobre la mesa. Cuando Bridget volvió y se lo llevó, Adolfo lo echó en falta.

—Tengo una prima —dijo Bridget unos minutos más tarde mientras arreglaba la mesa—. Es más joven que yo. Estaba pensando que quizá deberías conocerla.

—No comprendo —dijo Adolfo espiando sobre el borde de la manta a cuadros escoceses.

—Mi prima —repitió ella—. Una mujer joven. Pensé que estaría bien que la conocieras.

—No tengo tiempo para conocer mujeres —dijo él.

—Desde luego, se nota en seguida —dijo Bridget con acritud. Vaya desfachatez, estarse allí tendido como Lord Muck, fingiéndose trabajador.

Cogió su abrigo del perchero pues prefería estar abajo con Mary O'Leary hasta

que fuera hora de ir a la iglesia a la vuelta de la esquina. Meyer y Alois no estarían de vuelta hasta altas horas de la madrugada; en Nochebuena se conseguían abundantes propinas, y la administración les despedía con tres chelines extra al volver a casa. Cuando los últimos huéspedes se habían retirado ya, el personal solía celebrar una fiestecita en el cuarto de almacén. Iba a partir sin pronunciar palabra cuando algo en la expresión de Adolfo la hizo vacilar. Tenía aspecto altivo y, a la vez, abandonado. ¿Estaba parpadeando para contener las lágrimas?

—¿Quieres algo de comer? —le preguntó ella.

—No, gracias —respondió él.

—No te gusta mucho la Navidad, ¿no es así?

Él sacudió la cabeza. Se sentó, dejó a un lado la manta y empezó a calzarse las viejas botas.

—Supongo que tampoco te gusta bailar.

—No —dijo él—, no soy hombre de bailes.

—A Alois le encanta bailar. Le gustan las fiestas y la gente. A veces pienso que las máquinas de afeitar serán su ruina. Se siente mejor disponiendo banquetes. Nada le gusta tanto como inspeccionar las mesas y oír cómo la orquesta ataca una melodía.

—En Navidad —dijo Adolfo incómodo— murió mi madre.

—¡Oh, Dios! —exclamó Bridget—. Eso no lo sabía. Alois nunca me lo dijo.

—No era su madre.

—Él la quería mucho —protestó Bridget—. Siempre dijo que había sido una buena madre para él. Entre nosotros, por todo lo que dice del viejo, creo que la prefería a ella.

—Cuando éramos pequeños —dijo Adolfo confidencial—, mi madre llamaba a mi padre tío.

—Es extraño —dijo Bridget.

—Ella era joven —dijo Adolfo—. Además era su sobrina.

—No lo creo —exclamó Bridget—. El sacerdote nunca lo habría permitido.

El inglés de Adolfo no le bastaba para explicarle que su padre había obtenido una dispensa del Papa. Además, Bridget contemplaba anhelante la puerta, impaciente por partir. Le habría gustado darle el dibujo de Pat —ahora que Alois estaba ausente—, pero observaba que tenía demasiada prisa. Quizá nunca se lo enseñaría. La mano de ella ya estaba en la manija.

—Es el gran momento del año, ¿no es cierto? —dijo ella tratando de disimular su huida con palabras—. Todo el mundo está de buen humor y los hombres se desviven por mostrarse corteses.

Adolfo se las compuso para dirigirle una triste sonrisa. En seguida ella se encontró en el descansillo y se precipitó escaleras abajo como si la casa estuviera en llamas. No siempre he sido un aguafiestas, pensó. Había habido momentos, especialmente de niño, en que había hecho sonreír a su madre.

Se pasó la velada tendido en el diván, con la cabeza alzada sobre almohadas,

observando a las parejas en el salón de baile de enfrente. De vez en cuando estallaba una bronca. Alguna palabra o pie fuera de lugar, y un tornado de cuerpos con brazos que se agitaba bajo los gallardetes estremecidos y empezaba a girar como un remolino desde el centro de la multitud. Los bailarines, chillando, se precipitaban hacia la pared. Los encargados del orden cargaban hombro con hombro. Cogían a los alborotadores y los escoltaban uno por uno en una inspirada polca hasta la puerta. Los combatientes, lanzados a la noche de un puntapié, seguían peleándose hasta que alguien gritaba desde alguna puerta que se acercaba la poli.

Poco antes de medianoche, una mujer que empujaba una carretilla arrojó un taburete de tres patas a través del cristal de la puerta del salón de baile.

La mañana de Navidad, Bridget le regaló a Adolfo un pañuelo confeccionado con la misma tela de su camisa parda. En un ángulo había bordado sus iniciales con hilo blanco.

Rápidamente, él le puso el dibujo en la mano.

—¡Es él! —exclamó ella impresionada por su habilidad.

—Veamos —exigió Alois arrebatándole la cartulina. Avinagrado por los excesos de la noche anterior, se sentó en la mesa con camiseta y tirantes. Examinó el dibujo con atención—. Más que nada —dijo finalmente—, se parece a una patata.

La cena de Navidad empezó a las cinco. Por la tarde temprano, Alois y Kephalus estuvieron con Meyer en el cuarto de éste, bebiendo aguardiente de cereza. Adolfo permaneció abajo con las mujeres. Desde el amanecer, Mary O'Leary estaba preparando el ganso. El sótano estaba ordenado, con la mesa puesta y el suelo barrido. Bridget había colgado los restos de tela parda junto a la puerta, donde las criaturas vegetales brotaban más decididas. Las velas del árbol de Navidad estaban encendidas. Los hijos de la señora Prentice, vestidos con variedad de prendas, algunas demasiado pequeñas y otras demasiado grandes, estaban abrumados al extremo de la mesa. El dueño de la taberna, contrariado por la destrucción de su puerta, había cambiado de opinión y no les había prestado los toneles. Adolfo había recuperado el taburete de tres patas abandonado en la cuneta.

—No necesitan nada para apoyar las posaderas —dijo la señora Prentice, vestida con una llamativa chaqueta de color púrpura tornasolado—. La comida les bajará mejor si están de pie.

Cuando se llamó a los hombres a comer, parecía que cien personas hubieran invadido la cocina atropellando sillas, derribando cubos, atestando la mesa de vasos y botellas. Kephalus, al saludar a los niños, abundó en besos y cariñosas palmadas. Ellos aceptaron sus atenciones sin retroceder, con ojos impasibles, firmemente fijos en el ganso crepitante, relleno a reventar, que Mary O'Leary retiraba del horno humeante.

El doctor quería separar a los niños y ensartarlos como cuentas entre los presentes, pero Meyer dijo que eso les echaría a perder el apetito; los hizo sentarse con las piernas cruzadas sobre el suelo de piedra, con la espalda contra la pared, y le dio al mayor, Gordon, un vaso de cerveza. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el jovencito estaba pasándolo muy bien, desde luego, con salud, educación pública y tratado en general como si fuera una persona de cierta importancia. El muchacho, que daba sorbos al vaso de cerveza y tenía casi trece años, estaba empleado, según la señora Prentice, en la fábrica de jabones de Blundell Street desde hacía dos años, y no se le permitía trabajar después de las siete de la noche. Cuando pensaba que su propio hermano, a la mitad de la edad de Gordon, debía subir y bajar por las chimeneas, y había que frotarle las rodillas con salmuera para que no sangrara demasiado al trepar

por los ladrillos, agradecía a Dios los tiempos decentes en que les tocaba vivir.

Mary O'Leary había dispuesto un cubierto adicional junto al suyo. Cuando Meyer le pidió que pasara el plato, ella dijo con tristeza:

—No es necesario. Es un gesto en el vacío.

Abrumada, bajó la cabeza tocada del gastado gorro.

—Vamos, vamos —exclamó Meyer dejando los cubiertos y yendo hacia ella. Con gran gentileza le dio unas palmaditas en el hombro.

Al cabo de un momento, Mary O'Leary se recobró y se enjugó la cara sudada con el borde del mantel. Cuando se escanció el vino, Adolfo levantó la copa decidido a mostrarse solidario. Como estaba sentado junto al repugnante Kephalus, sentía que necesitaría algo que entumeciera su sensibilidad. El doctor, ataviado como una cucaracha con una levita negra lustrosa por los años, devoraba como si estuviera en un pesebre. La señora Prentice pretendía conseguir un diagnóstico del delicado estado de su Elsie. Cogido entre los codos de Kephalus y los senos púrpura de la señora Prentice, a Adolfo le resultaba imposible desentenderse del todo de los detalles médicos. Bebía tanto como le era posible en el tiempo más breve.

Cuando ya casi habían terminado de comer, pidieron a Dolly, la niña de la señora Prentice, que cantara.

—No, no —gimió ella apoyándose en la mohosa pared.

Su madre se levantó de la mesa y, vacilando ligeramente, la puso en pie de un tirón. Subieron a Dolly al taburete de tres patas, donde se quedó con los cortos dedos de los pies asomando por sus botines y las mejillas enrojecidas de terror y emoción. No dijo ni pío.

—Dejad a la pobre niña tranquila —exclamó Bridget mientras los hombres golpeaban alentadores la mesa con las cucharas del budín.

Pero la señora Prentice no estaba dispuesta a dejar las cosas así. Después de murmurar algo a los oídos de Dolly y de dar un cruel pellizco en la magra carne del brazo de la niña, ésta fijó la mirada en algún punto por encima de la lámpara colgante y, extendiendo un dedo huesudo, cantó vacilante:

—El joven que amo está en la galería...

Cuando hubo terminado entre estruendosos aplausos, saltó del taburete y se desplomó entre sus hermanos y hermanas como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

—Ya de pequeñita —se jactaba la señora Prentice—, en un vestido hecho con una bolsa de azúcar, nuestra Dolly gorjeaba como un ruiseñor.

Alois propuso una serie de brindis, primero por Dolly, por su actuación, luego por Herr Meyer, por haber hecho posible semejante fiesta, y, por último, por los amigos ausentes y viajeros del mar.

Al oír esta última propuesta, Mary O'Leary se puso de pie y vació su copa de un trago.

Meyer permaneció sentado mirando sombrío los restos de su budín de Navidad.

Cuando las mujeres y los niños empezaron a despejar la mesa de vajilla, los hombres sacaron sus puros, los encendieron y lanzaron nubes de humo hacia el cielo raso manchado. Adolfo estaba hundido de lado en su silla. No podía dejar de sonreír.

—Te has despojado de tu manto de tristeza —observó Meyer—. Un trago te ha librado de ti mismo.

—Ya antes he estado libre de mí mismo —le dijo confidencialmente Adolfo—. Podría asombrarlo.

Apoyando una mano en el brazo de Meyer para mantener el equilibrio, le preguntó de manera confusa y divagante si su amigo había visto la ópera *Rienzi* de Wagner.

—Sí —dijo Meyer.

—Yo la vi con mi amigo Gustl —dijo Adolfo—. La historia de la elevación y la caída de un tribuno de Roma me pareció particularmente... particularmente...

—¿Apropiada? En un barrio de la ciudad habitado por mecánicos y judíos (si se me permite citar al historiador), el matrimonio de un posadero y una lavandera dio como fruto el futuro liberador de Roma —dijo Meyer servicial.

—Mantenga la boca cerrada —dijo Adolfo—. Sofocado por el humo de los cigarrillos en el vestíbulo, abandoné el teatro después de la representación y subí a una empinada colina fuera de la ciudad, donde esperé agazapado en la hierba húmeda.

Se quedó mirando reflexivo el pañuelo de cuello de Meyer.

—¿A quién? —preguntó Meyer.

En ese momento los pensamientos de Adolfo, antes lentos y contradictorios, se volvieron lúcidos y capaces de ser expresados con palabras. Además sentía la urgente necesidad de comunicarse. Empujó hacia atrás la silla y se puso de pie.

—El joven Adolfo va a pronunciar un discurso —exclamó Alois golpeando con las botas en el suelo de piedra para llamar la atención del doctor, que estaba entretenido arrojando bombones a los niños.

—Esperar es una actividad tediosa —dijo Adolfo dirigiéndose a la puerta de la carbonera—. Hace ya mucho que me enfrenté a esa ilusión óptica que ofrece el espejo, y vi el innoble reflejo que altera por completo la imagen del verdadero yo interior...

—¿De qué está hablando? —preguntó Alois.

—Hace ya mucho que lo deseché por distorsionante. Pero esa noche, esa noche en la hierba, temblando de frío y de emoción, hice el esfuerzo consciente de desapegarme de este cuerpo mezquino, de estos frágiles huesos, este... este...

Aquí Adolfo se presionó el puente de la nariz con dedos vacilantes.

—Bulto —sugirió Meyer.

—Frágil cerebro —continuó Adolfo, ignorante de la interrupción—. Con todos los nervios en tensión permanecí allí en cuclillas jadeando. Oía deslizarse el rocío por cada brizna de hierba, sentía el movimiento de la tierra al girar por el espacio. Trataba de fusionar mi espíritu con los de los muertos tribunos de Roma, con la música

inmortal de Wagner. Sentí en ese minuto como si los planetas cambiaran de curso y por los ríos fluyera la sangre.

Ahora extendía un brazo hacia el cielo raso, con ojos fijos y atentos, como si viera a través del yeso y las vigas, los cuartos de arriba, el tejado mismo, y contemplara las estrellas. Alois, que a lo largo de toda esta perorata había contribuido con varias observaciones humorísticas relacionadas con cagar en la hierba y las hemorroides, guardó silencio. Bridget, que comprendía una palabra de cada diez, temblaba como si su vida estuviera en peligro.

—Durante los años de larva de mi miserable niñez —tronó Adolfo— y durante los miserables años de oruga de mi juventud, cuando se me negó repetidamente el ingreso en la Academia, me atuve firmemente a la creencia de que un día sufriría una metamorfosis del espíritu. Mi paciencia obtuvo su recompensa en esa fría colina. Si no hubiera renunciado desde hacía ya mucho a la fe de mi niñez, habría comparado mi estado de exaltación con el de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Es inútil descalificar esa experiencia como adolescente y trivial. Esa noche me libré con esfuerzo de las polvorientas membranas de la larva y la oruga y emergí finalmente como una criatura aérea que se elevó con alas iridiscentes sobre la tierra.

Durante varios segundos Adolfo permaneció de pie con el brazo alzado en salutación a los cielos. Perlas de sudor le resbalaban por las mejillas.

Luego, repentinamente, se sentó. Pero calculó mal la posición de su silla y cayó al suelo, desapareciendo bajo la mesa.

—Fue muy bonito —dijo la señora Prentice—. Así, ¿va a ser sacerdote?

Hasta que no oyó la palabra «Jesús», había tenido la impresión de que estaba escuchando una representación extranjera y más enfática de «El joven que amo está en la galería».

Nadie le respondió. Mary O’Leary, que había dejado de amontonar los platos, puso con estrépito las sartenes en el fregadero.

—Estaba en lo cierto —dijo Kephalus pensativo. Se inclinó y le susurró a Meyer—: Se trata sin duda de un caso de histeria.

Abandonó la mesa y fue a respirar una bocanada de aire nocturno.

Con una expresión en la que se mezclaban la admiración y el disgusto, Alois espío por debajo del mantel a su hermanastro antes de seguir al doctor a la puerta de la cocina.

—¿De qué hablaba? —preguntó Bridget angustiada—. Ha frenado la animación de la noche.

—Sabandijas —dijo Mary O’Leary—. Bichos voladores y sabandijas.

Recobrándose, Adolfo se puso en pie y se sentó. Suspiró una vez, dos veces, como si el corazón le pesara. Bajo la luz de gas, su cara estaba tan pálida que parecía verde.

—¿Tienes a menudo experiencias semejantes? —le preguntó Meyer.

—No —respondió Adolfo—. ¿Dónde está su hijo?

Algo más tarde, después de que Meyer lo ayudara a trasladarse al patio trasero y lo animara a que vomitase en un desagadero, Adolfo se disculpó por su curiosidad.

—La culpa es mía —dijo Meyer—. No te preocupes.

—¿Portero? —inquirió Adolfo apoyándose débilmente en la pared de la casa—. ¿En el teatro?

—Sí —respondió Meyer—. Detrás del mercado.

Adolfo le pidió perdón. No había tenido intención de volver a inmiscuirse.

—Debí haber confiado antes en ti —concedió Meyer—. Claro que no es nada que tenga que proclamarse a gritos desde el tejado.

—De acuerdo —dijo Adolfo—. Puede confiar en mí.

Después de acompañarlo hasta la cocina, Meyer subió al encuentro de Kephalus. Antes de visitar a un amigo del doctor, llevarían a casa a tres de los hijos de la señora Prentice. La más pequeña, aferrada a la muñeca de trapo, dormía atravesada sobre dos sillas. En un momento de lamentable generosidad, Alois había dicho que se quedaría con su esposa durante una hora poco más o menos. Ella había ido a acostar al querido Pat en su cajón. Alois estaba sentado molesto junto al fuego, con una toalla en tomo a su regazo para protegerse los pantalones de Mary O’Leary y la señora Prentice, que salpicándole todo, aún retiraban ollas del horno y limpiaban la cocina.

—Vaya espectáculo que has dado —le dijo enfadado a Adolfo—. Ya estoy cansado de tus solapadas insinuaciones. No es decoroso hablar de ese modo del propio padre.

—¿Qué insinuaciones? —preguntó Adolfo asombrado—. En ningún momento me he referido a él.

—¡Infancia miserable! —dijo Alois—. Herr Meyer estaba escandalizado, me di cuenta en seguida.

—No por mí —replicó Adolfo—. Fue tu estúpida alusión a los marineros lo que lo alteró.

Alois quedó desconcertado.

—Su hijo —dijo Adolfo—. El único que se salvó.

—¿De qué estás hablando ahora? —preguntó Alois.

—El artículo aparecido en el periódico. Al final de la columna. Vestido con unas enaguas y un chal, saltó al bote salvavidas.

—Estás loco —dijo Alois—. No deberías beber.

—Por lo menos yo no se lo recordé —gritó Adolfo—. No propuse un brindis para los amigos ausentes, viajeros del mar.

Alois se puso en pie de un salto, arrojó la toalla a la chimenea y se dirigió a la puerta del sótano.

—Así que sale —dijo Mary O’Leary con satisfacción.

—Dígale a Frau Hitler —gritó Alois— que mi hermano loco me arrojó a la

noche.

Subió corriendo los escalones que lo conducían a la calle.

Adolfo quedó solo con las mujeres. Sintió que no había sido cortés por parte de Meyer abandonarlo, particularmente después de haber aceptado el regalo del libro de la biblioteca. Que él supiera, Alois no le había regalado nada. Le dijo vacilante a Bridget cuando ésta regresó:

—¿No han pensado llevarme con ellos?

—Han ido a beber —le dijo Mary O’Leary—. Usted no podría aguantarlo. Un trago más y se habría caído al Mersey.

No decía más que la verdad. Todavía andaba vacilante. No era justo que Adolfo se ofendiera por haber sido excluido. A pesar de su suciedad, la cocina cálida que todavía olía a carne y budín, le recordaba su hogar. Prefería la compañía de las mujeres, incluso la de ejemplares tan dudosos como la hirsuta Mary O’Leary. A pesar de que exteriormente lo trataba con desprecio, él percibía que quería protegerlo: no deseaba que se ahogara. Y ahora la señora Prentice esparcía una baraja sobre la mesa. No le disgustaría una partida. En el Männerheim, un largo y frío invierno, había jugado casi todas las noches. No era mucho lo que se apostaba: una taza de café, el periódico de ayer, el préstamo de dos mantas extras por un par de noches. A veces ganaba.

Se sentó expectante a la mesa.

—¿No querías echar una ojeada al bebé? —le preguntó Bridget, que deseaba quitárselo de encima.

Fingió no haber entendido. Él no era una niñera. Con gran disgusto, comprobó que la señora Prentice sólo se disponía a echar la suerte. Sin embargo permaneció donde estaba, atraído por la absurda ansiedad en la cara de Bridget mientras la señora Prentice barajaba las cartas. Sacó un rey de tréboles y una mano de corazones y diamantes. Bridget sonrió con alivio.

Adolfo no encontró mucho sentido a nada de lo que se decía. Las mujeres se daban con el codo y apenas podían hablar de risa. En una ocasión la señora Prentice dejó caer un naipe al suelo y Mary O’Leary lo recogió. Cuando vio que era el as de espadas, lanzó un grito agudo y lo dejó caer en la mesa como si le hubiera quemado la palma. Por su parte se negó a que le leyera la suerte, sacudiendo la cabeza con violencia y agitando los brazos en el aire ante la sugerencia. ¿No había sufrido ya bastante?

Bridget le pidió a la señora Prentice que le echara las cartas a Adolfo. Ella lo miró inquisitiva. Él se encogió de hombros: no había nada de malo en ello. Las cartas rojas que predominaban delante de él predecían riqueza y felicidad. También gozaría de una salud espléndida.

—Magnífico, magnífico —exclamó él, inusitadamente complacido ante la ridícula profecía. A menudo padecía de calambres de estómago. Desde la muerte de su madre siempre había temido morir en medio de dolorosos padecimientos. No sólo

tendría dinero, sino que su camino por la vida estaría sembrado de corazones destrozados. A él no le importaría un rábano. Altas doncellas nórdicas, plantadas como un árbol, caerían a sus pies. Morirían por él, se volarían los sesos por él.

Cuando Bridget le hubo transmitido esta extraordinaria información, miró con suspicacia a la señora Prentice. Era evidente que estaba mostrándose sarcástica. También él había sacado el rey de bastos, pero ya no significaba un forastero moreno. En su caso la carta representaba a Alejandro Magno. A él lo sorprendió que ella conociera el nombre. De todos los reyes de la baraja, de acuerdo con la señora Prentice, sólo él tenía el mundo en sus manos.

Adolfo dijo que debía subir. Tenía un dolor de cabeza atroz. Decir que se encontraba cansado habría resultado ridículo delante de las mujeres. Él había hecho muy poco. Mientras ellas fregaban, él había estado inclinado sobre el desagadero en el patio trasero.

Agradeció a Bridget y a Mary O'Leary la cena e hizo una rígida reverencia en dirección a la señora Prentice. Lo ofendía que continuamente se hubiera referido a él como si fuera un trozo de carne: una salchicha, una pata de pollo o una chuleta de cordero. Era una suerte, pensó, que ya no tuviera dientes.

Cuando subió al segundo piso y se tendió en el diván, sintió que la habitación subía y bajaba. Tocó el suelo con la mano para afirmarse. Pensó en el hijo de Meyer en un bote de salvamento, intentando ocultar su calzado masculino con unas enaguas de mujer, oyendo el *ragtime* y las estrofas del himno episcopaliano que llegaban sobre las aguas mientras se hundía la proa del *Titanic*.

¿Cómo podía Alois sobrevivir con semejantes cantidades de alcohol?

Tres días después de Año Nuevo, Adolfo empezó a trabajar en el Adelphi Hotel. Como no había vacantes en las cocinas ni en las lavanderías, le dieron un uniforme gris pálido con un cuello alto con ribetes verdes, y le dijeron que debía prestar servicio en el salón principal y en el vestíbulo. Como el tercer subadministrador estaba ocupado y el segundo no hablaba alemán, un chef de pastelería suizo de edad avanzada fue el encargado de explicarle sus deberes y obligaciones. Transportaría equipaje, entregaría telegramas, atendería los pedidos de café por la mañana y de té por la tarde —pero no los de *whisky* con soda— y debería llevar recados discretos al centro de la ciudad. Se le advirtió que si era sorprendido utilizando la puerta principal del hotel o escupiendo en el corredor, sería despedido inmediatamente y se le confiscaría la paga de la semana. Si le pillaban robando comida en las cocinas, sería entregado a la policía. En todo momento debía estar limpio y atildado y sus uñas listas para la inspección. ¿Había entendido? Si no hubiera sido por Alois y sus previsibles comentarios, Adolfo se habría marchado en ese mismo momento. Con altivez, asintió con la cabeza.

En el mismo momento en que entró por la puerta dentro del cuerpo del hotel, se encontró en su elemento. Sus sentimientos eran los del nadador por naturaleza que hasta ese momento no hubiera sabido el emplazamiento exacto del río. Hundiéndose en la alfombra de oscuro color rosado que recorría cien metros a través de la escalera de mármol, flotó entre islas de mesitas y elegantes sillones hasta el vestíbulo. Con excepción de su amada Ópera de Viena, jamás había visto un interior tan hermoso. Por una vez Alois había dicho la verdad. Construido para dar alojamiento a pasajeros en tránsito para atravesar el Atlántico, el mismo hotel con sus suntuosas estancias forradas de caoba —el Gimnasio, el Café Parisien y el Salón Mary Pickford y las escaleras con barandilla de bronce brillante— se asemejaba a un lujoso trasatlántico. En el vasto salón, lleno de espejos, temblaban candelabros venecianos mientras en el sótano las calderas proveían de vapor noche y día al baño turco.

En cuanto Adolfo hubo llegado a la grada de mármol que conducía al vestíbulo, un caballero que se dirigía a las puertas de cristal del fumador le hizo señas para que se acercara y, poniéndole una moneda en la mano, le dijo que le comprara cierto periódico. Al preguntarle a un mensajero dónde podría conseguirlo, éste le indicó la calle y le señaló un kiosco bajo el nivel de la fila de taxis. Después de comprar el periódico, Adolfo estuvo a punto de subir a la carrera las escaleras junto al portero uniformado, cuando recordó que debía utilizar la entrada lateral. Apresurado subió la cuesta, entró en los corredores embaldosados y atravesando a toda carrera lo que él tomó por una entrada, se encontró en las cocinas. En este agujero infernal de ruido, calor y preparativos, intentó frenético orientarse. Un joven con un sucio delantal lo condujo con apatía por otro laberinto de corredores. Precipitándose por fin a través de unas puertas giratorias, Adolfo se encontró en el salón; se apresuró jadeante a través

de la alfombra y entró en el fumador. Recibió una propina de seis peniques por las molestias y, al musitar su agradecimiento al generoso caballero, éste le contestó en su lengua materna con pronunciado acento:

—Me llamo *Monsieur Dupont*. Pórtate bien conmigo y no quedarás decepcionado. Cada mañana quiero el mismo periódico. Lo quiero exactamente a las nueve, cuando me encuentre en el Salón de Desayuno Malva. A las cuatro irás a buscar la edición vespertina. A esa hora estaré en mi *suite* del primer piso o en el salón. Prefiero que mi periódico esté plegado en tres secciones, de este modo.

Asintiendo con la cabeza, aunque no le había gustado la expresión «irás a buscar», Adolfo prometió que haría lo que estuviera de su parte por satisfacerlo.

—Me gusta tu estilo —dijo *Monsieur Dupont* que, vestido con un chaqué gris y una corbata de seda negra, era el perfecto caballero de pies a cabeza—. Me tengo por un buen observador. Eres un hombre en quien puede confiarse.

Pálido de gratitud, con la cara teñida de azul y oro por el reflejo de los cristales de colores de las ventanas, Adolfo abandonó el fumador y erró por el vestíbulo. Estaba molesto consigo mismo por haber querido cumplir el recado con tanta celeridad, corriendo como un conejo, cuesta arriba y abajo; y sin embargo sostenía en la mano la recompensa de semejante servidumbre. Su mente se sobrecogía al pensar en el dinero que podría ganar si servía regularmente a *Monsieur Dupont*. Al cabo de la semana entregaría hasta el último penique de su sueldo y de sus propinas a Alois; ardía de impaciencia por ver el asombro en la cara altanera de su hermano. Con estos primeros seis peniques, sin embargo, decidió comprarle a Pat un trenecito de cuerda.

Ahora bien, cuando Adolfo llegó al kiosco a las cuatro menos cinco, se dio cuenta de que tendría que gastar parte de los seis peniques si quería adquirir el periódico. Al volver al hotel y llegar jadeante al salón, encontró a *Monsieur Dupont* sentado a una mesa redonda disfrutando de un té y un plato de bollitos.

Monsieur Dupont cogió el periódico plegado, se lo agradeció y le recordó que era necesaria la puntualidad.

—A las nueve en punto —repitió—. Ni un segundo antes, ni un segundo después.

Decepcionado por que *Monsieur Dupont*, a pesar de lo que antes prometiera, lo había desilusionado y sintiendo vergüenza de demorarse por temor a que lo tomara por un pedigüeño, Adolfo se alejó.

Por la noche, cuando Alois le preguntó si había conseguido alguna propina, le contestó quisquilloso que no esperaba recibir propinas pues se suponía que recibiría un sueldo por su trabajo. Es más, las rechazaría si se las ofrecían.

A la mañana siguiente volvió a pagar el periódico de *Monsieur Dupont*, quien se mostró agradecido.

A media tarde, Adolfo sentía un profundo disgusto consigo mismo. Se preguntó si no debería pedirle consejo al conserje principal.

Acababa de decidir que se enfrentaría con *Monsieur Dupont* y le pediría directamente el penique y medio necesario para la adquisición del periódico, cuando

éste apareció en la escalera del vestíbulo y le hizo señas de que se acercara. Lo llevó aparte y le puso un chelín en la mano y una llave de grandes dimensiones.

—Ve a mi *suite* —le dijo—. En el vestíbulo de entrada verás un paquete envuelto en papel pardo sobre una silla. Lleva el paquete al número 89 de Pitt Street y pregunta por el señor Brackenberry. Ponlo personalmente en sus manos. Luego devuélveme la llave. Estaré en el baño turco.

—¿Y el periódico? —preguntó Adolfo—. ¿Debo traerle también el periódico?

—No —respondió *Monsieur Dupont*—. Hoy no me hará falta.

Pitt Street, averiguó Adolfo, quedaba en el barrio chino de la ciudad, bajo la catedral inacabada. El número 89 era un colmado situado junto a una lavandería. Creyendo que quizá se trataría de un error, caminó unos instantes fuera, observado por cuatro marineros que estaban sentados descalzos en los escalones de la casa de enfrente. Apretando el paquete, entró en la tienda y retrocedió instantáneamente abrumado por el olor a pescado seco. Un chino ya anciano lo miraba inescrutable desde una ventana del primer piso.

—*Herr Brackenberry* —exclamó Adolfo con voz nasal, tapándose la nariz con los dedos.

El chino se retiró y cerró la ventana.

Resignado, Adolfo estaba a punto de regresar al hotel cuando un hombre corpulento, con una cicatriz sobre el ojo, salió de la tienda.

—Brackenberry —anunció abruptamente.

Adolfo le tendió el paquete.

—¿Sabe algo? —preguntó el hombre sin cogerlo.

Adolfo se quedó mirándolo.

—¡Perfectamente! —gritó el hombretón, que arrebató decidido el paquete de manos de Adolfo y se metió de nuevo en la tienda.

Los marineros se levantaron de los escalones zumbando como mosquitos.

Mientras Adolfo se alejaba del número 89, oyó el sonido de las pisadas de los hombrecitos pardos que lo seguían. Sólo cuando hubo ganado la elegante respetabilidad de Rodney Street cesó la persecución. Al mirar nerviosamente por encima del hombro, los vio en fila, no más altos que niños, observando su partida.

Monsieur Dupont yacía semidesnudo en un diván egipcio con incrustaciones de bronce. Con voz ronca le preguntó cuál era el aspecto de Brackenberry.

—Magullado —le respondió Adolfo—. En la frente tenía una herida de cuchillo.

—*Mon Dieu!* —exclamó *Monsieur Dupont* saltando alarmado del diván. El sudor le manaba de los pliegues del vientre.

Adolfo se apresuró a informarle que se trataba de una vieja cicatriz.

—¿Es alto? —preguntó *Monsieur Dupont* con impaciencia.

Adolfo describió a un hombre alto de cierto peso, con una chaqueta de motorista a cuadros.

—Es él —dijo *Monsieur Dupont* relajándose—. ¿Dijo algo?

—Nada que yo entendiera —confesó Adolfo, y dejó la llave de la *suite* de *Monsieur Dupont* en el suelo de mosaico del baño turco.

—No se debe hacer mucho caso de las apariencias —observó *Monsieur Dupont* cerrando los ojos—. Las cosas nunca son lo que parecen.

—No hace falta que me lo diga —contestó Adolfo—. Hace poco un amigo mío comentó que su hijo, hombre cabal, apareció en un bote salvavidas vestido de mujer. El hecho de que *Herr Brackenberry* viva al lado de una lavandería china no me lleva necesariamente a la conclusión de que sea un lavandero.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó *Monsieur Dupont* abriendo los ojos con alarma.

Adolfo le aseguró que era un estudiante sin un centavo, obligado por su avaro hermanastro a buscar trabajo.

—¡Basta ya! —gritó *Monsieur Dupont* irritado—. Tengo que sudar tranquilo.

Antes de la cena, Adolfo le regaló a Bridget un pomo de violetas de tres peniques.

Complacida, las puso en un frasco de mermelada en el centro de la mesa.

Adolfo comentó que si la administración del hotel estuviera a su cargo, pensaría un sistema más eficaz para servir las bebidas en el salón.

—He tenido que recorrer millas —se lamentó—. Desde la mesa a la caja registradora y de vuelta otra vez. Se me permite servir té y aceptar el pago, pero no se me autoriza a llevar cambio en el bolsillo. Tengo que correr por todo el salón para recibir las monedas necesarias del cajero tras las puertas giratorias.

—No hay por qué correr —gritó Alois, que no tenía que ir al hotel hasta las nueve—. No es necesario dramatizar tanto.

—Pues sí que tengo que hacerlo —saltó Adolfo—. Se me dijo que a no ser que me dé prisa, los clientes pueden abandonar el hotel sin pagar o sin firmar la nota correspondiente.

—No tienes idea de los problemas que se plantean —dijo Alois—. Ni la menor noción. Un día, en el Ritz de París, todos los camareros con diez chelines de cambio en el bolsillo se dirigieron como un solo hombre a la salida y no volvieron a ser vistos jamás.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —gritó Adolfo—. Sólo que me refiero a los huéspedes, no a los camareros. Con el actual sistema, mi trabajo lleva demasiado tiempo y resulta agotador. Debo ir continuamente al trote.

Bridget, al ver que la cara de Alois enrojecía de indignación, observó que era evidente el éxito obtenido por Adolfo en el hotel. Miró admirada las violetas.

—Sí, moderadamente —admitió Adolfo—. He tenido la oportunidad de prestar un pequeño servicio.

Explicó cómo *Monsieur Dupont* le había prestado la llave y cómo había ido al primer piso y recogido un paquete que luego entregó en un lujoso edificio de oficinas situado en la zona de la Bolsa del Algodón.

—¿No te han comunicado las reglas? —le preguntó Alois—. Te está prohibido entrar en las habitaciones. ¿Cómo se llama el tío ese?

Adolfo se negó a darle más información. Alois debía preocuparse de sus propios asuntos. Se le había dicho que lo enviarían a llevar recados discretos. Divulgar el nombre del huésped resultaría poco discreto.

—Te verán —lo amenazó Alois—. Y te denunciarán. Hay continuamente detectives privados en los corredores.

Adolfo dijo que él no había visto a nadie en los corredores, y que en cualquier caso, mientras se abstuviera de escupir, no tenía nada que temer.

—Eres un bobo —gritó Alois—. Eres como un niño de teta.

Durante el resto de la semana Adolfo siguió comprándole el periódico a Monsieur Dupont mañana y tarde. Algunos días no le pagaba ni le daba propina, otros, recibía un chelín. Como el monto de la propina había aumentado, consideró que sus esfuerzos quedaban compensados.

El viernes Monsieur Dupont se le acercó nuevamente y le dio la llave de su *suite*. Una vez más entregó un paquete envuelto en papel pardo, algo más grande y que resonaba al moverlo, al señor Brackenberry, el de la cicatriz, en Pitt Street.

Esta vez, al volver al baño turco, Monsieur Dupont le instó a que cogiera un florín del bolsillo de su albornoz. Sintió la tentación de arrastrarse por las baldosas húmedas como muestra de gratitud.

Su día de trabajo, que empezaba a las seis y media de la mañana y terminaba a las cinco y media de la tarde, se prolongó el sábado: el subadministrador le ordenó que permaneciera en su puesto hasta medianoche. Dos camareros estaban ausentes por enfermedad y un tercero había sido detenido el día anterior por llevarse un áspic de pollo oculto bajo el bombín. Aunque cansado, Adolfo se sintió contento de cumplir con lo requerido, pues de ese modo estaría en el hotel al mismo tiempo que Meyer.

No se había dado cuenta de que además trabajaría con Alois. Lo irritaba y ofendía ver a su hermano, con una servilleta al brazo, vaciar con deferencia ceniceros en una bolsa de papel.

—¡Vete! —le gritó Alois al ver a Adolfo a la puerta del fumador—. No tienes derecho a estar aquí.

—Voy donde se me antoja —replicó Adolfo—. No estoy clavado en el suelo.

No obstante, se fue casi inmediatamente, pues no le gustaba ver a su hermano ocupado en un menester tan degradante. No le producía placer alguno pensar que el viejo Hitler, que a la edad de Alois era constantemente promovido en el servicio civil, se revolvería en la tumba al enterarse de que su hijo mayor era en parte vendedor de máquinas de afeitar y en parte limpiador de ceniceros. En mi caso es diferente, pensó Adolfo: yo sé dónde voy; aunque en ese momento sólo estaba llevando un plato de sándwiches a un grupo de caballeros de la marina reunidos en el extremo más alejado de la sala.

Su desilusión aún fue mayor por la noche cuando tuvo que ir al Comedor Lila a entregar un telegrama y vio a Meyer en un estrado, con un sombrero de papel, acompañando con el violín a una mujer joven vestida como para tomar un baño de sol, que cantaba algo sobre un policía.

Huyó incapaz de presenciar la vergüenza de Meyer.

Estaba plenamente decidido a que a medianoche evitaría tanto a Alois como a Meyer y se iría a casa solo; pero a las once Alois entró en el vestíbulo y le dijo que Meyer quería verlo inmediatamente. ¿Podía ir al Corredor B, abajo, sin demora?

Adolfo, perplejo, hizo lo que se le pedía. Encontró a Meyer, todavía con el

sombrero de papel, que andaba de un lado al otro bastante inquieto.

—Tengo que explicártelo —dijo Meyer, y se detuvo.

—No es necesario —le respondió Adolfo con gentileza—. El hombre tiene que trabajar. ¿Quién soy yo para juzgarlo? No tiene por qué explicarme nada.

Meyer se quedó mirándolo desconcertado. Dijo que creía que Adolfo lo había interpretado mal. El asunto era extremadamente delicado. Si no hubiera sido por cierto acontecimiento, jamás lo habría involucrado en él, pero tal como estaban las cosas, no tenía otro remedio. Ciertas personas a quienes no podía nombrar, estaban desde hacía algún tiempo empeñadas en cierto tipo de actividad. No había tiempo de entrar en detalles. Bastaba decir que se trataba de un trabajo socialmente importante con ciertos matices políticos.

—Debo subrayar —dijo Meyer— que hace falta coraje. El trabajo es peligroso. Es justo que te lo confiese.

—No tengo miedo —afirmó Adolfo, aunque el corazón había empezado a saltarle dentro del pecho.

Meyer puso con aprobación una mano sobre la manga del joven, y continuó:

—Esta noche he recibido una información sobre ciertos acontecimientos que pueden ocurrir dentro de las dos próximas horas. No puedo irme de aquí hasta las doce treinta a lo sumo. Antes de esa hora cierta persona debe recibir un mensaje. Tú, después de una semana de correr de un extremo al otro de la sala, tienes el entrenamiento suficiente como para ser la única persona capaz de llevar un mensaje con rapidez. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Turbado, Adolfo preguntó:

—Esa cierta persona... ¿estaría en cierto lugar?

—En el sótano de nuestra casa —reveló Meyer—. No es otra que Mary O'Leary. Dile que vaya a casa del doctor y que disponga las bebidas para todos.

—Las bebidas para todos —repitió Adolfo. Empezaba a creer que Meyer ya había estado bebiendo.

—Mary O'Leary entenderá lo que quiero decir. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—No puedo negarme —le contestó Adolfo—. Aunque al cabo de un duro día de trabajo me siento...

—Ten la seguridad —lo interrumpió Meyer con gravedad, moviendo la cabeza tocada con el sombrero de papel— de que lo que haces tiene la mayor importancia. Contribuyes a una causa noble, joven Adolfo. Y ni una palabra a Alois.

Dos minutos antes de medianoche, con los bajos de los pantalones metidos en los calcetines raídos, Adolfo salió a hurtadillas por la puerta lateral del hotel. Manteniendo los codos junto a las costillas y respirando rítmicamente, empezó a correr decidido por Brownlow Hill.

Después de comunicar el mensaje a Mary O'Leary, Adolfo pretendió irse a dormir en seguida. Había estado de pie, y por si fuera poco corriendo, durante casi dieciocho horas. Mary O'Leary, a juzgar por el aspecto moteado de su cara y de su cuello, había estado dormitando junto al fuego la mayor parte del día.

—Lo necesitan —dijo con firmeza—. Le gusta demasiado dormir. Venga.

Sin dejar de protestar, Adolfo la siguió hasta la calle. No le era posible concebir en qué especie de importante obra social podía estar involucrada Mary O'Leary. Había asistido en Viena a muchos mítines de distintas tendencias políticas, y jamás se había topado con nadie que remotamente se pareciese a esta montaña femenina, vestida de harapos, con el dorso de las manos tan cubierto de vello negro que parecían enguantadas.

—Deje que le coja del brazo —le dijo—. Sírvame de apoyo. Así no llamaremos tanto la atención.

Como ya había transcurrido una hora de la madrugada del domingo y había un día de descanso por delante, las calles aún se veían transitadas por mucha gente cuya marcha en nada beneficiaba la bebida; se sujetaban de las barandillas, demasiado vacilantes como para seguir adelante.

Cuando llegaron a casa del doctor, encontraron ya abierta la puerta delantera. Un joven de pelo negro y ondulado atisbaba impaciente la calle. Al divisar a Mary O'Leary, dio un salto y gritó:

—Está adentro, señora.

Mary O'Leary pasó a su lado y avanzó por el vestíbulo sin responder una palabra. Apoyada contra la pared había una bicicleta herrumbrosa.

Al entrar al salón no los recibió Kephalus, sino el hombre al que Adolfo había sorprendido atravesando la pared en Stanhope Street. Aunque ya no tenía la cabeza vendada, llevaba ese inconfundible calzado de golf que había visto por primera vez en el ropero de Meyer. Adolfo vio con disgusto que sobre la mesa estaban las tartas de crema que el doctor le había ofrecido hacía más de un mes.

—Está enterado —dijo Mary O'Leary.

—Di —dijo el hombre—. ¿Es bebida para todos?

—Cuanto antes, mejor.

—Iré en la bicicleta. Quedaos aquí hasta que os mande avisar.

El hombre abandonó inmediatamente la habitación y se oyó cómo indicaba al muchacho que bajara la bicicleta a la calle.

—Me voy. ¡Hasta mañana! —dijo Adolfo.

—Usted se queda donde está —ordenó Mary O'Leary—. Pronto habrá cosas que hacer.

Examinó las tartas que había sobre la mesa. Al comprobar que ya no eran comestibles, se encogió de hombros e, irguiéndose sobre la punta de sus pesadas

botas, se estiró para ajustar la lámpara que colgaba del techo.

Adolfo se sentó en el suelo, casi en la oscuridad. Cansado como estaba, no le era posible dormir. Se preguntaba cuál sería el peligro al que se había referido Meyer. ¿Sería inminente o se presentaría más tarde? ¿Sería atacado por maleantes o le dispararían desde lejos? Tenía la fervorosa esperanza de que la puerta de entrada estuviera cerrada con cerrojo.

—¿A qué debemos atenernos? —preguntó finalmente—. ¿A quién esperamos?

—Vienen los hombres nocturnos —dijo Mary O'Leary, acomodada sobre un tonel de cerveza junto a la chimenea. Una vez que hubo entendido la frase, a Adolfo le pareció extraordinariamente siniestra. Se le agrandaron los ojos de alarma.

—Me faltan las palabras —dijo Mary O'Leary—. Meyer se lo explicará más tarde.

Transcurrió una hora. Se oían chillar ratones tras el zócalo. Luego resonaron pasos en el vestíbulo y el muchacho de pelo rizado irrumpió en la estancia.

—Argyll Street —gritó—. La que arranca de Scottie Road. —Luego se dirigió directamente a Adolfo y preguntó—: ¿Tú eres el extranjero?

—Sí —dijo Mary O'Leary yendo rápidamente hacia la puerta.

—Meyer dice que debe ir con usted, señora —dijo el muchacho.

Adolfo abandonó agradecido la casa del doctor, descendiendo con dificultad los peldaños. No tenía la menor idea del lugar al que se dirigían, pero pensaba que habría mayor oportunidad de sobrevivir en un lugar abierto.

Una vez en la calle, el muchacho desapareció. Más allá del abismo negro del cementerio de St. James, las luces de los barcos anclados en el río se mecían arriba y abajo contra el cielo.

Mary O'Leary condujo a Adolfo por las calles que con tanto esfuerzo éste había recorrido aquella misma noche. A esta hora las ventanas del Adelphi Hotel aún resplandecían como faros; las puertas giratorias todavía giraban. Recorrieron todo Lime Street y ascendieron por la empinada London Road. Argyll Street estaba situada al norte de Scotland Road, una zona de la ciudad tan miserable y con tan mala reputación que Adolfo se alegraba de estar en compañía de Mary O'Leary. Tenía la impresión de que estaba siendo vigilado desde muy cerca. Le parecía que eran precedidos y seguidos a la vez por una figura oscura que de vez en cuando se precipitaba por alguna calle lateral sólo para reaparecer delante o detrás de ellos. Y, sin embargo, esta persona o personas se mantenían a distancia.

Aunque Adolfo suspiraba profundamente a veces para expresar la exasperación que le producía el tener que recorrer la ciudad a aquellas horas de la noche, se sentía curiosamente exaltado. No recordaba que nadie hubiera necesitado o solicitado su ayuda desde que tenía dieciséis años. Siempre había sido tímido e introvertido, más incluso después de la muerte de su madre y la muerte de sus esperanzas, cuando deliberadamente le habían cerrado las puertas de la Academia de Arte. No era frecuente que la gente le hiciera bromas o le enviara postales cuando se iban de

vacaciones. Tenía el convencimiento de que en realidad no le gustaba a nadie. Por supuesto, Meyer había dado a entender que no tenía otra alternativa —era imposible concebir a Alois, con su sombrero flexible, corriendo a toda velocidad para cumplir una misión tan misteriosa—, pero quizás habría percibido realmente, a través de la frialdad exterior, su cálido corazón. Producía un extraño sentimiento que confiaran en uno.

Mary O’Leary lo conducía por una estrecha calleja de viviendas de obreros. La tranquilidad que reinaba en ella no era natural. A pesar de la fina llovizna que había empezado a caer, desde el terreno enlodado emanaba un hedor a basura y a algo aún peor. No había ni un alma y sólo ardía una farola solitaria en el extremo de la calle. Adolfo había oído historias terribles acaecidas en este barrio de la ciudad: las borracheras, las peleas, las mujeres suicidas que se abrían el vientre con una botella rota. No había un solo habitante del barrio, según Alois, que no estuviera destinado al asilo, a la cárcel o al hospital. La policía, cuando se presentaba, patrullaba en grupos de a tres.

De pronto Mary O’Leary dijo con apremio:

—Cójame fuerte del brazo y mire hacia la farola.

Adolfo no la entendió. Mientras vacilaba, allí de pie en medio de la lóbrega calle, fue rodeado por figuras sombrías y arrancado bruscamente del lado de ella. Empujado y maltratado, con numerosos dedos que le cogían por la garganta, fue llevado contra una pared.

—Dejadlo —oyó que gritaba Mary O’Leary—. Él fue quien trajo el mensaje. Dejadle estar.

Sus palabras fueron repetidas por docenas de voces... Él fue quien trajo el mensaje... Es el individuo que trajo el mensaje... y luego lo sostuvieron por ambos lados, una mano bajo cada uno de los codos, y lo transportaron calle abajo a tal velocidad que sus tobillos chocaban entre sí. Por fin lo levantaron del suelo y lo llevaron en volandas, mientras el extremo de la chaqueta le aleteaba y la cabeza se le mecía violentamente sobre el tallo del cuello; volvieron una esquina y lo introdujeron en un patio empedrado. A punto de ser decapitado, fue transportado dentro de una casa y devuelto a sus pies. Estaba frente a una mesa rota, uno de cuyos extremos estaba sostenido por una pila de ladrillos: detrás estaba sentado Meyer, que escribía en un papel a la luz de una candela.

—Estupendo —exclamó Meyer al verlo—. Buen trabajo, joven Adolfo.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, Adolfo distinguió a Kephalus en un rincón de la estancia, sosteniendo una linterna y una maleta que presumiblemente contenía material médico. Bajo un fregadero, junto a la ventana, se acurrucaban varias mujeres con niños en los brazos. Meyer parecía estar dando instrucciones precisas a la media docena de hombres que habían escoltado a Adolfo hasta la casa. Junto a su codo vibraba una cachiporra. Cuando los hombres salieron en tropel por la puerta, la luz de la candela tembló en la corriente de aire.

—No hay tiempo para hablar —dijo Meyer dirigiéndose a Adolfo, que se apoyaba más muerto que vivo contra el fregadero—. Vienen los hombres nocturnos. Sube al tejado y vigila. Kephalus te explicará lo que se espera de ti.

Apuntando hacia abajo con su linterna, el doctor precedió a Adolfo en el ascenso de un tramo de escaleras que amenazaban con derrumbarse bajo su peso. Sobre un colchón desgarrado, en el suelo, había acostados una hilera de chiquillos de lado, todos acomodados de la misma manera, como sardinas en una lata. Iluminando hacia lo alto con la linterna, Kephalus mostró a Adolfo un techo parcialmente abierto a los elementos y le ordenó que subiera sobre sus hombros y que empujara el tragaluz.

—No tengo fuerzas —protestó Adolfo—. No soy montañero.

Sin hacer caso de sus quejas, el doctor se puso en cuclillas y le golpeó las espinillas con la linterna. Adolfo trepó sobre las espaldas de Kephalus rechinando los dientes y se sujetó fuertemente de sus orejas. Elevándose juntos en una pirámide inestable, se mecieron hacia adelante y atrás en busca del tragaluz.

Momentos más tarde, con una grave raspadura en el codo, Adolfo se apalancó en la abertura y, levantando consigo la maleta y la linterna, emergió por el tejado. Se agarró a la chimenea y vio a lo lejos las lámparas de Scotland Road y, más allá, luminoso sobre las nubes oscuras, el rectángulo resplandeciente del Adelphi Hotel.

Kephalus se agarró de un salto al borde del tragaluz y se izó con la fuerza atlética de sus brazos. Tosiendo y estornudando se abrió camino sobre las tejas rotas y rodó hacia el canalón.

—Quédese en un sitio —le rogó Adolfo—. El tejado va a derrumbarse. —Allí, aferrado bajo la lluvia, recordó fugazmente que a los dieciocho años había deseado una segunda guerra de los bóeres. Había sentido que hasta que su vida no hubiera volado a la altura del cielo por efecto de alguna monstruosa explosión y caído a tierra en múltiples fragmentos dispuestos de manera diferente, jamás se encontraría a sí mismo.

—Muévete —le ordenó Kephalus—. Tú vigilarás el norte y yo el sur. Aguza el oído.

—¿Para qué? —preguntó Adolfo enfadado, incapaz de soltar la chimenea.

—Ruido de pasos —dijo Kephalus—. Movimientos. Cuando llegue la señal, déjate caer por la claraboya como una estrella fugaz y da la voz de alarma a Meyer. Luego me irás alcanzando a los niños.

Empezó a merodear en torno a la chimenea, deslizándose a gatas en la oscuridad. Una teja se desprendió del techo y cayó al patio.

—Cuidado —dijo una voz, y el haz de una linterna se encendió por un momento en algún lugar a la derecha.

—A este paso —susurró Adolfo—, no tendré que esperar a que llegue la señal. Tampoco tendré que usar el tragaluz.

No le encontraba sentido a nada. No entendía por qué era necesario que los niños fueran transportados al tejado. ¿Iba a ser testigo de algo semejante a la matanza de los

inocentes? Esperó por lo menos diez minutos antes de darle a entender a Kephalus que, si no le importaba, prefería volver adentro.

—He estado trabajando desde las seis de la mañana —explicó—. Y mi constitución no es muy robusta. Soy un mártir de la bronquitis.

—Habla bajo, desgraciado —siseó Kephalus.

Aunque la expresión no le resultaba familiar, Adolfo pensó que no era afectuosa. Se deslizó hacia abajo hasta que sus nalgas descansaron en las tejas y sus pies se inclinaron hacia el canalón. Si se quedaba quieto y no presentaba dificultades, quizás el doctor cesara de serpentear en torno a la chimenea. Adolfo tenía la esperanza de que fuera posible caer desde veinte pies y sobrevivir. A sus espaldas se encendió una cerilla y sintió el ligero aroma del humo de tabaco.

—Oye —susurró Kephalus—. Puede que en la mayor parte de los casos sea preferible para los niños quedar a cargo de las autoridades. Les libran de los piojos y les quitan esa ropa interior. Pero emocionalmente es perturbador y cruel. ¿No lo crees así?

—Sí, desde luego —dijo Adolfo.

—No es el hacinamiento en las camas lo que produce las enfermedades contagiosas: es el estado de los desagües, la Iglesia Católica y las ratas que se abren camino a través de la carpintería. Es la falta de comida. ¿Cómo esperan que un hombre consiga alimento adecuado para su mujer y para sí, por no hablar de catorce hijos?

—Podría trabajar más —sugirió Adolfo imprudente.

—¡Trabajar más! —gritó el doctor. Su voz se elevaba ultrajada desde detrás de la chimenea—. ¿Qué quieres decir con eso? Según me han informado, hasta esta semana te has pasado la mayor parte del tiempo tumbado a la bartola. ¿Sabes que cada mañana a las cinco, a las puertas de los muelles, los hombres se pelean como animales por el privilegio de trabajar por tres chelines al día?

—Hablé sin pensar —se apresuró a decir Adolfo—. Me avergüenzo. —Tenía un miedo espantoso a que el doctor se abalanzara sobre él y lo arrojara sobre el empedrado. Volvió a decir con tanto sentimiento como pudo—: Hablé sin pensar.

Un niño gimió en la habitación de abajo. El doctor gruñó y guardó silencio.

Dos figuras aparecieron con faroles en el extremo distante de la calle. Permanecieron inmóviles en la esquina sin dar señales de que tuvieran intención de seguir acercándose. Desde algún lugar del tejado, Adolfo oyó el incongruente timbre de una bicicleta.

Cuando llegó la señal segundos más tarde, resultó sorprendentemente acallada, un bajo lamento apenas más alto que un murmullo. Adolfo, que había esperado el disparo de una pistola o una estridente trompeta, prestó atención para captar su rumbo. Vienen... Los hombres nocturnos vienen...

—Rápido —lo instó el doctor, pero Adolfo ya estaba en pie, aferrado a la chimenea, ansioso por abandonar su precario puesto. A juzgar por la conmoción en el piso de abajo, el arrastrar de botas y las maldiciones amortiguadas, no era necesario avisar a Meyer. Adolfo se las había compuesto para volverse y bajaba ya con los pies por delante por el tragaluz, cuando una mano le cogió por el pelo.

—Demasiado tarde —exclamó Kephalus—. Los hijos de puta han llegado de ambas direcciones.

Arrastrando a Adolfo de nuevo hacia arriba, cerró de un puntapié el tragaluz y lo obligó a mantenerse en un ángulo agudo contra el tejado, pasándole un pesado brazo sobre los hombros. Permanecieron pegados mejilla contra mejilla sobre las tejas húmedas. Al volver a pasar por el tragaluz, Adolfo se había golpeado la frente contra un ángulo de la chimenea medio derrumbada. No sabía si la humedad que sentía en la parte inferior de la cara era lluvia o sangre. El frágil canalón bajo las punteras de sus botas era todo lo que le impedía resbalar a tierra, encerrado en un amistoso abrazo con el doctor.

Era imposible ver lo que sucedía en el pequeño patio, pero ahora los sonidos de la batalla eran claramente audibles: puertas que se cerraban de un golpe, niños que lloraban, mesas derribadas.

Luego, directamente debajo de ellos, se oyeron voces, la de Meyer más alta que ninguna otra.

—Dios os condene —gritaba una y otra vez—. Dios os condene al infierno.

Moviéndose ligeramente del lado del doctor y bajando un tanto la barbilla, Adolfo pudo atisbar, por una rendija abierta en el techo lleno de goteras, la habitación de abajo. La escena de la que fue testigo era tan melodramática y estaba representada con tal viveza que le pareció estar viéndola en una sala de cine. Cuatro o cinco mujeres estaban alineadas contra la pared, cada cual con un niño aferrado contra el pecho. Frente a ellas y sosteniendo una linterna a la altura del hombro, se erguía un hombre corpulento que llevaba puesto un impermeable. Entre las mujeres temblorosas y su perseguidor, se interponía Meyer en pose heroica, blandiendo una cachiporra. Había otras personas en la estancia, pero eran meros espectadores. El hombre del impermeable deliberaba qué niño arrebataría a su madre. Meyer estaba

dispuesto a matarlo de un golpe si daba un paso más. En ese instante, un niño de unos dos años, aferrado al cuello de su madre, emitió un penetrante chillido de terror. Adolfo recordó de pronto un día de verano en el campo: había visto cómo un perro perseguía a una docena de conejos por una cuesta cubierta de hierba. No había razón para suponer que el perro sería lo bastante veloz como para atrapar a ninguno de ellos. Entonces uno de los conejos, como si hubiera sentido que era el escogido para morir, quedó paralizado en medio de su carrera y gritó. De un salto el perro estuvo sobre él y le quebró el espinazo en la hierba.

Meyer, desconcertado por el lamentable grito a sus espaldas, vaciló. El hombre del impermeable levantó la mano autoritario. Pasivamente la mujer entregó a su hijo. El hombre de la linterna cogió al niño bajo el brazo y se dirigió a las escaleras. La estancia se sumergió en la oscuridad.

Al levantar la cabeza, Adolfo vio que casi estaba amaneciendo. Se cogió del borde de la chimenea y se puso de rodillas. Sobre el río, jirones de nubes escarlata se trasladaban por una franja azul oscuro del cielo. Debajo de él una procesión de niños, algunos con bebés en brazos, acompañados a lo sumo por cinco o seis oficiales, eran conducidos como un rebaño hacia una furgoneta negra aparcada en la esquina de Scotland Road. En cada puerta a lo largo de toda la calle, había hombres y mujeres en absoluto silencio que observaban la partida de los niños.

Al descender a la casa, Adolfo y el doctor encontraron a Meyer sentado a la mesa rota, totalmente abatido. Alzó la cabeza al acercársele Kephelus y levantó las manos con ademán desesperado.

—¡Ay, ay! —se lamentó.

—Hemos salvado a algunos —le consoló el doctor—. La próxima vez serán más. Palmeó torpemente a Meyer en el hombro.

—¿Quiénes eran los hombres con las linternas? —preguntó Adolfo.

—Funcionarios —contestó Kephelus—. Funcionarios de la Corporación Municipal.

—No lo comprendo —dijo Adolfo—. Vosotros erais centenares y ellos ni siquiera una docena. Ni siquiera recurrieron a la policía.

—Si la minoría actúa con suficiente autoridad —exclamó Meyer amargamente—, la mayoría se dirige como un rebaño al matadero.

Le dijo a Adolfo que sería más prudente que se fuera a casa solo. No le haría ningún bien que le vieran en su compañía o en la del doctor. El muchacho que había visto en casa de Kephelus lo acompañaría sin riesgos hasta Stanhope Street.

—Ponte esto —dijo el doctor entregándole una gorra—. Es necesario ocultar el corte que tienes en la frente. Pídele a Mary O'Leary que te lo cure con agua y sal.

El joven de cabello rizado condujo a Adolfo por callejuelas secundarias, indicando por signos y gestos que era demasiado peligroso utilizar las vías principales. Al llegar a un desvío al final de St. James Road, condujo a Adolfo a los portales del cementerio.

Adolfo permaneció donde estaba. El muchacho lo instó a seguir adelante.

—No —dijo Adolfo. Ya estaba lo bastante agotado sin tener que ir dando tropezones por los senderos serpenteantes entre las tumbas.

El muchacho señaló al otro extremo del cementerio las catacumbas y el empinado muro de granito que se levantaba a nivel de la calle. Imitó el escalamiento de un acantilado.

—De ningún modo —dijo decidido Adolfo.

Se alejó deliberadamente siguiendo la curva del enrejado y empezó a ascender la cuesta hacia Hope Street.

Adolfo pensó que eran absurdas semejantes precauciones. Meyer tenía delirios de grandeza. Había hablado como si estuviera planeando una revolución, y todo lo que había hecho era apostar a unos pocos hombres sobre algunos tejados y hacer sonar el timbre de una bicicleta. No sólo los desdichados habitantes de Argyll Street habían sido sometidos por un puñado de hombres que actuaron con autoridad: también Meyer había balado como una oveja al oler el primer rastro del lobo.

Había llegado fatigado a Stanhope Street. El muchacho seguía acompañándole, aunque se había pasado a la otra acera cuando vio que varios policías se acercaban en la dirección opuesta. Vaciló y miró al muchacho, que se había detenido y evidentemente calculaba la distancia entre él y los agentes que avanzaban. Una vez decidido, el muchacho le gritó algo a Adolfo y empezó a correr hacia ellos.

Adolfo estaba convencido de que el muchacho se esforzaba inútilmente por llegar a la seguridad que procuraba el sótano de Mary O'Leary. También él empezó a correr desesperadamente en la misma dirección, aunque no abrigaba las mismas esperanzas. Pensó que uno no podía ser arrestado por correr al encuentro de la policía. Si no lograba llegar al sótano a tiempo, denunciaría al muchacho y diría que lo perseguía por ser un ratero. Jadeante, con diversas fantasías agolpadas en su mente, cada vez más cerca de los uniformes azules, siguió al muchacho y se alarmó al ver que éste había girado por una calleja y ya no se encontraban en la trayectoria de colisión con las fuerzas de la ley y el orden.

—¡De prisa, de prisa! —gritó el muchacho, que ahora se había detenido junto a un árbol achaparrado que crecía cerca de una pared de ladrillos. Instó a Adolfo a que trepara a una rama seca, lo empujó y lo levantó en alto.

Adolfo se aferró al árbol y se negó tercamente a seguir adelante. No le quedaba en el cuerpo ni rastro de fuerza. Desde más allá de la calleja, resonó el silbato de un policía. Saltó para alcanzar la pared, trepó a su parte superior y se dejó caer en un patio trasero. El muchacho aterrizó junto a él, ligero como un gato, lo arrastró hacia una puerta, la abrió y lo empujó dentro.

Allí, a horcajadas sobre su bicicleta en un pasaje apenas iluminado, estaba el hombre del calzado de golf, y más allá, con la mano en la barandilla de las escaleras, esperaba Meyer. Un terrible martilleo empezó a resonar en la puerta principal.

—Llévalo arriba —le dijo Meyer al hombre de la bicicleta.

—Es inútil —protestó Adolfo—. Prefiero entregarme. No he hecho nada malo.

—Tus documentos no están en regla —le dijo Meyer cortante—. Ve con Michael Murphy y él te indicará lo fácil que es llegar a casa sin peligro. Acuérdate sólo de cerrar la puerta detrás tuyo. Estarás en cama antes de cinco minutos, te lo prometo.

Michael Murphy corrió escaleras arriba delante de Adolfo. En el segundo descansillo pasaron junto a una mujer de espantosa palidez sentada a una mesa de escritorio que daba de comer a un bebé negro como el carbón. La mujer inclinó la cabeza dándoles los buenos días. No parecía tener conciencia del siniestro aspecto que presentaban ni del ruido que llegaba del vestíbulo de abajo. Los ingleses, pensó Adolfo, constituyen una nación de excéntricos y son terriblemente peligrosos. No es extraño que hayan regido un imperio.

Al llegar al tercer piso, Michael Murphy abrió una puerta al final del pasillo. La estancia daba al salón de baile de enfrente.

—No pienso andar por cornisas —exclamó Adolfo colérico.

Michael le cogió con violencia. Lo volvió contra la pared y lo empujó hacia ella. Hubo un sonido de papel desgarrado e inmediatamente se encontró caído sobre el colchón en el cuarto del piso alto de Meyer.

Recordando que debía cerrar la puerta tras de sí, bajó reptando las escaleras hasta el segundo piso. Sin molestarse en quitarse la gorra ni la chaqueta, se arrojó sobre el diván y se quedó instantáneamente dormido.

Bridget decidió llevar al bebé al parque el domingo por la tarde para que tomara el aire. Cuando oyó el cochecito que bajaba a tumbos por las escaleras, Mary O'Leary asomó la cabeza por la puerta del sótano y preguntó:

—¿Va a visitar a su prima?

—Voy a mirar a los patos. Me volveré loca si sigo más tiempo enjaulada aquí.

—Iré andando con usted —le dijo Mary O'Leary—. Tengo que ver a alguien.

Ese día no tenía comida que preparar. Meyer no tenía hambre.

Bridget se paseó por la acera mientras Mary O'Leary atizaba el fuego. En la acera de enfrente un hombre bien vestido se había detenido a leer una pancarta atada al enrejado de la iglesia.

—Cuanto más lo pienso —dijo Bridget mientras avanzaban por el bulevar contra un viento lacerante—, más me inclino a tragarme el orgullo. No tengo nada que perder.

Como de costumbre, hablaba de escribirle a su madre en Irlanda para sugerirle que olvidaran lo pasado. Mary O'Leary, que había participado muchas veces de esta conversación y que nunca se cansaba de ella, estaba de acuerdo, no tenía nada que perder. Tener una madre le parecía algo milagroso, incluso una con la que no se mantuviera comunicación.

—Tengo que pensar en mi querido Pat —dijo Bridget—. En Alois no se puede confiar. Le presta más atención al joven Adolfo que a mí. Ayer no vi ni un penique del sueldo de Adolfo, y por el aspecto que tenía esta mañana, debe de haberlo perdido todo durante la noche.

—¿Ha estado jugando? —preguntó Mary O'Leary.

—Ha ido a algún sitio, de eso no cabe duda. Debería haber visto el estado en que se encontraba. Yo había contado con ahorrar algunas monedas para los tiempos malos. Alois podría desaparecer un día de éstos y entonces ¿qué haría yo?

—Sufrir y esperar —dijo Mary O'Leary—. Eso es todo para lo que servimos.

Cruzaron la calle y entraron al parque por una puerta de hierro forjado. Hacía demasiado frío como para que hubiera mucha gente.

—Debí haber continuado con mis lecciones de canto —dijo Bridget estremeciéndose y mirando contrariada los rosales brutalmente podados, distribuidos a intervalos a lo largo del sendero de grava—. Cuando tenía dieciséis años, un caballero de Dublín dijo que tenía un tono perfecto.

Sentía qué había sido tronchada en lo mejor de su vida y que jamás volvería a florecer.

—Yo era muy hábil con la aguja —recordó Mary O'Leary—. Cuando niña. Podría haber sido sombrerera.

—Me lo comentó —dijo Bridget, y trató de no mirar las cintas deterioradas que colgaban de los restos del gorro de Mary O'Leary.

Hablaron de la Elsie de la señora Prentice, de una mujer que había sido sorprendida poniendo trocitos de vidrio en la comida de su marido y de la posibilidad de que el doctor Kephalus mantuviera relaciones con alguna mujer. Sería como hacerle compañía a un cenicero. Mary O'Leary lo había visto una vez entrar en esa tienda de Brownlow Hill, la que vende libros envueltos en papel castaño. Bridget dijo que ella no tenía dudas de que Alois era cliente habitual del mismo comercio. Eran todos unos brutos. Ninguna de ellas mencionó a Meyer en relación con el tema.

Después de haber rodeado dos veces la barandilla que cerraba el estanque, Mary O'Leary dijo que se iba a ir. Prefería las calles a los parques. Eso de poder mirar sólo la hierba y los árboles, la hacía sentirse solitaria.

Cuando hubo partido, Bridget se sentó en un banco de madera y con una ramita metió el trozo de papel de periódico que se había salido de la suela abierta de su calzado. Por el camino pasaron varios chicos en bicicleta. Un caballero de elevada estatura, adecuadamente vestido para protegerse del estado del tiempo, se le acercó desde el otro lado del estanque, atajando por la hierba. Cuando se encontraba a unas pocas yardas de distancia, ella pensó que era el mismo hombre que había visto fuera de la iglesia.

Tocándose el ala del sombrero a modo de saludo, él le preguntó:

—Por casualidad ¿ha visto pasar por aquí a una señora con abrigo de piel castaño?

—No —respondió Bridget—. Pero no he estado prestando atención. —No era ninguna tonta. No había nadie a la vista—. Soy una respetable mujer casada —dijo, y levantándose, quitó el freno del cochecito.

—Permítame que le diga algo en confianza —dijo el hombre apresurado y, quitándose del todo el sombrero, lo hizo girar por el ala—. Tengo razones para creer que tenemos amigos en común. Estoy ansioso con ponerme en contacto con ellos. ¿Acertaría si le digo que su marido es un hombre de ojos excepcionalmente azules?

Bridget no estaba segura de cuál era la mejor medida a adoptar. Parecía un caballero, pero nunca se puede estar segura. Le pareció detectar un ligerísimo matiz de ordinariez en su acento. Alois era siempre muy reservado. Decía que salía a vender máquinas de afeitar, pero a saber qué haría. No quería que por ella tuviera problemas. Empezó a andar arrastrando el cochecito.

—Espere —exclamó el hombre—. Por favor.

No era un hombre feo. Tenía ojos azules y una barba bien recortada.

—La persona a la que me refiero —dijo— es un marido y un hijo devoto. Lo he visto entrar en cierto hotel de la ciudad. Estoy muy ansioso por ponerme en contacto con él.

—Lo siento, no me es posible ayudarlo —dijo Bridget—. Mi marido mide un metro noventa, es moreno como el rey de espadas y no le gusta que hable con desconocidos.

Dio la vuelta al cochecito y lo hizo avanzar de prisa hacia la puerta. Cuando miró

hacia atrás por encima del hombro, el hombre no se había movido de su sitio.

Adolfo durmió quince horas y despertó luego para encontrarse en el suelo, detrás del sofá. Se levantó y sorprendió a Alois y a Bridget comiendo.

—Ha vuelto al mundo de los vivos —exclamó Alois sin acritud.

Adolfo pensó que Meyer habría hablado con él.

Cuando vio su imagen en el espejo de arriba, le resultó evidente que por una vez Alois había obrado con tino al trasladarle del diván al suelo. Tenía desgarrada la chaqueta en el codo y en el dobladillo y cubierta de una mezcla de hollín y lodo, al igual que su cara y sus manos. No habría desentonado en una mina de carbón. Y lo que era aún peor, descubrió varias picaduras de insecto que se le extendían por el pecho y los brazos. Después de frotarse hasta quedar limpio, llevó la chaqueta y la camisa abajo y las dejó caer en el descansillo junto a la aspidistra. Más tarde las llevaría al patio trasero y las sacudiría al aire.

—No me digas que has perdido la camisa —dijo Bridget al verle la garganta desnuda bajo el abrigo.

—Necesito unas tijeras —dijo—. No me puedo quitar esta gorra.

A Bridget le hizo gracia tener que cortarle la gorra de la cabeza. Dejó de reírse cuando vio el motivo.

—¿En qué ha estado pensando el señor Meyer? —preguntó enfadada.

Buscó un recipiente con agua tibia a la que agregó un poco de vinagre y con un pedazo de paño empezó a limpiarle la sangre coagulada de la frente.

—Vaya novecita que has tenido —dijo Alois con admiración—. No debe de haber sido fácil seguirte el tren.

Adolfo se rascó sin responder. El corte no era profundo, pero sobre la ceja izquierda tenía un chichón del tamaño de media corona.

—Es mejor que te laves el pelo —le dijo Bridget—. Hueles como un deshollinador.

Adolfo preguntó si podía hablar unas palabras con Alois en privado. Alois le siguió al descansillo con una sonrisa maliciosa. Cuando le mostró las picaduras de insecto, aún sonrió más ampliamente.

—La próxima vez —dijo— tendrás que escoger con más cuidado la dama con la que compartas la cama.

Asqueado por la insinuación, Adolfo aseguró con enojo que se había pasado toda la noche en pie.

—Tengo que bañarme en desinfectante. Y hacer desinfectar la ropa.

—Éste no es un albergue del Ejército de Salvación —gritó Alois molesto.

Adolfo subió afligido al baño. Después de quitarse los pantalones y el abrigo, trató de abrir la puerta de vidrio de colores. No lo logró; había sido clavada. Se conformó pensando que si lo hubiera conseguido, sus pantalones sin duda habrían volado al patio de abajo; sacudió la ropa sobre la bañera. Luego se lavó el pelo y

volvió a vestirse.

Cuando regresó a la sala de estar, Bridget lo hizo sentar a la mesa y trajo un peine del dormitorio. Su pelo había crecido desde que llegó a Inglaterra.

—No puedes ir a trabajar con ese chichón a la vista —dijo—. Pensarán que eres un tipo pendenciero.

Le hizo la raya a un lado y empezó a peinar un mechón de cabellos hacia abajo con suavidad para ocultar el corte en la frente.

—Quizá te hayas preguntado —dijo Adolfo— por qué no te he entregado mi sueldo.

—Pues así es, en efecto —dijo Alois con sequedad.

—He estado reflexionando —le dijo Adolfo—. Has sido muy generoso conmigo, muy paciente. No soy una persona con la que sea fácil convivir.

Alois lo miró con desconfianza; parecía sincero.

—Estaba diciendo la verdad —continuó Adolfo— cuando afirmé que Angela me ofreció el dinero que tú le enviaste. Yo no se lo pedí, créeme. Conoces a Angela. Nunca le gustó viajar y, tal como estaban las cosas, pareció la mejor solución. Pero ahora creo que debería confesarlo todo a las autoridades.

—Preferiría que no entraras en detalles —se apresuró a decir Alois—. No es nada que me incumba, aunque podría hacerte una advertencia. Cada vez que hice una confesión sincera, fui encarcelado. Quizás en mi caso se justificara.

—Se requieren dos para cerrar un trato —murmuró Adolfo.

—Así es justamente —dijo Alois—. Pensaba que después de haber conseguido un trabajo fijo en el Adelphi quizá quisieras participar en el negocio de las máquinas de afeitar.

No creía en lo que estaba diciendo, pero sentía que era lo que se esperaba de él. Estaba seguro de que su hermano, si se dedicaba a la venta, perdería la caja con las muestras y, sin darse cuenta de ello, le cortaría el cuello al posible cliente.

—No creo que ese trabajo me convenga —le dijo Adolfo—. Pero comprendes mi dificultad. Había tenido intención de darte hasta el último penique de mi sueldo, pero necesitaré el dinero para el billete.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Bridget.

—No nos dará nada de dinero —dijo Alois contundente. De nada serviría insistir en que Adolfo entregara parte de su sueldo para saldar lo gastado en alimentos. A la larga resultaría más barato financiárselo. Calculó mentalmente que de acuerdo con la paga que Adolfo estaba recibiendo en esos momentos, reunir el dinero necesario le llevaría varios meses.

—¿Por qué no va a darte nada de dinero? —preguntó Bridget muy seria. Arrojó el peine sobre la mesa.

—Se vuelve a Austria.

—Ah —dijo Bridget, tratando con dificultad de ocultar su alegría—. Y no ha ido nunca a New Brighton.

—No estaba pensando en Austria —dijo Adolfo—. Tenía en mente un lugar más alejado.

—¿No volverás a casa?

Alois le miró asombrado. Una cosa era arañar el dinero con el fin de adquirir el pasaje para Linz, y otra muy distinta hablar de apartadas regiones de la Tierra. No estaba dispuesto a consentir que Adolfo viviera a sus expensas, si estaba pensando en algo así como Sudamérica.

—Te olvidas de que no tengo casa desde que murió mamá —le dijo Adolfo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras luchaba por no rascarse un punto del cuello. Tenía una picadura bajo la oreja que reclamaba atención.

—¿Qué diablos te pasa ahora? —preguntó Alois.

—Tengo mis sentimientos —dijo Adolfo entre dientes.

—Sólo una maldita sensiblería —musitó Alois.

Bridget observó que era una lástima que Adolfo se fuera tan pronto. Esperaba que su tono sonara apenado. Ya estaba pensando cuánto costaría comprar unas yardas de tela para retapizar el diván. Quemaría el viejo tapizado o lo convertiría en trapos de limpieza.

—Se quedará aquí probablemente meses —observó Alois sombrío—. Posiblemente años.

No tenía tiempo para Adolfo en absoluto: el hombre era ineficaz, arrogante y, como él mismo decía, de difícil convivencia, condenadamente difícil. Pero algo había en la conversación que lo perturbaba. No le gustaba. Se había casado con Bridget, había tenido un hijo con ella y, no obstante, sentía que le era menos familiar que Adolfo. Ella pertenecía al presente y Adolfo al pasado, y en este momento el pasado parecía más real que el presente y el futuro a la vez.

—Esa entrega de paquetes —preguntó irritado—, para uno de los huéspedes, ¿ocurre regularmente?

—Bastante regularmente —contestó Adolfo.

—¿Y qué propina recibes cada vez?

—Dos peniques —mintió Adolfo. No era que deliberadamente intentara engañar a Alois, pero le hacía falta comprarse unos pantalones nuevos tan pronto como fuera posible. Y una chaqueta. Estaba muy bien ahorrar el sueldo para la adquisición del billete, pero quizás Alois consideraría las propinas algo distinto. No se iría sin unos pantalones nuevos sólo porque Alois quisiera más dinero para apostar a los caballos. Durante las próximas semanas, decidió, llevaría y traería para *Monsieur Dupont* como un perro de caza. Se arrastraría sobre el vientre en caso necesario. Era insoportable vestir ropas pobladas de piojos.

Pero después de todo, no hubo tanto que llevar y traer. En dos oportunidades *Monsieur Dupont* canceló el periódico de la tarde. Estuvo ausente la mayor parte de los días u ocupado arriba. Varias veces Adolfo se paseó por los corredores del primer piso con la esperanza de que *Monsieur Dupont* se topara con él y recordara algún recado urgente. Un botones lo vio y le advirtió que se comportara con mucha prudencia. Habían contratado nuevos vigilantes para que patrullaran el edificio. Se sospechaba algo. Los disfraces que adoptaban lo dejarían a uno sin aliento.

—Ése es uno de ellos —susurró el muchacho, señalando a un hombre con una chaqueta de cuero. Una fracción de segundo antes de que Adolfo mirara en su dirección, el hombre había desaparecido tras una estatua de tamaño natural de un dios.

Aunque no tenía duda de que el muchacho era un débil mental, Adolfo no pudo evitar mirar con sospecha el oso disecado que estaba a la entrada del Bar del Deportista.

Si hubiera tenido que trabajar en el hotel noche y día, se habría sentido perfectamente feliz, porque allí llevaba su elegante uniforme gris y su camisa de algodón bien lavada y planchada con monograma en el hombro. Pero su trabajo terminaba a las cinco y media. Al cambiarse en el almacén y tener que ponerse su chaqueta y sus pantalones, sentía que se convertía en un leproso; al ir andando a casa por las calles atestadas, imaginaba que los peatones evitaban el contacto con él. Estaba siempre oliéndose las axilas o examinando las costuras de su abrigo. Alois se quejaba de que era peor que vivir con un mono. Eso empezó a afectar el trabajo de Adolfo. En una ocasión en que un corpulento caballero judío, que había pedido un vaso de té ruso y un plato de fresas y crema, se dirigió a él de manera altiva, se sintió dominado por la rabia. En la cocina se le entregó el vaso de té y una jarra de crema, pero olvidaron las fresas.

—Llévese la bandeja —ordenó el caballero—. Quiero que todo llegue junto, no con cuentagotas.

Con la cara púrpura de rabia reprimida, Adolfo cogió la bandeja y se las compuso para derramar el contenido de la jarra en el regazo del caballero. Y eso sólo para empezar, pensó. Una vez tranquilizado de ese modo, se apresuró a ir en busca de una esponja y un cuenco con agua.

Finalmente, incapaz de seguir soportando la situación, Adolfo recurrió a Meyer para que lo ayudara. Quizá le prestara la chaqueta azul oscuro con botones dorados. Desde el fracaso de la revolución, lo había visto muy poco. Había supuesto que lo encontraría desanimado y triste, pero se sorprendió al verlo alegremente sentado a la mesa en la sala principal, jugando a las damas con el doctor.

—¡Ah, el trabajador personificado! —exclamó Kephelus al verlo.

—Volveré en otro momento —dijo Adolfo y se retiró dando un violento portazo

tras de sí con la esperanza de que el repugnante doctor quedara sepultado bajo una avalancha de yeso.

A la mañana siguiente, después de haber recibido su periódico en el Salón Malva, *Monsieur Dupont* dijo:

—He observado que sales por la entrada principal y vuelves por la lateral. ¿A qué es debido?

—Sólo una regla —explicó Adolfo—. Nunca he cuestionado la lógica del asunto. Agradecido, se metió en el bolsillo una moneda de tres peniques.

—Entre paréntesis —dijo *Monsieur Dupont*—. Quisiera que esta tarde me hicieras un pequeño recado. Búscame en el vestíbulo a la una en punto.

—Si le da igual —dijo Adolfo precavido—, sería mejor que usted mismo bajara el paquete. No nos está permitido entrar en las habitaciones.

—¡Qué incomodidad! —suspiró *Monsieur Dupont*—. Quizá deba recurrir a algún otro.

Adolfo lo persuadió de que no era necesario. Si la cosa salía mal, tanto Meyer como Alois podrían hablar en su favor. Se tenía un alto concepto de Meyer en los comedores.

A la una, cuando subió tembloroso al primer piso, encontró los corredores enteramente vacíos. O bien el botones había exagerado o bien los detectives estaban todos bebiendo tras las puertas cerradas del cuarto de la ropa blanca. Al llegar sin problemas al vestíbulo con el paquete, lo detuvo un hombre con chaqueta de cuero que le dijo algo incomprensible. En ese momento, el portero principal le dio a Adolfo una receta y le ordenó que fuera sin demora a la farmacia de Lord Street. El hombre de la chaqueta de cuero miró la receta, luego al portero, y despidió a Adolfo con un movimiento de la mano.

Afuera llovía. *Monsieur Dupont* había insistido en que era vital entregar el paquete al señor Brackenberry a la una cuarenta y cinco a más tardar. Adolfo tuvo que esperar veinte minutos en la farmacia para que le dieran un jarabe para la tos. Cuando volvió al hotel, se puso en el centro de una hilera de taxis y silbó frenético para que bajara el portero uniformado. Éste le dijo que forzosamente debía entrar por la puerta lateral y entregar él mismo el pedido. Adolfo se vio obligado a desprenderse de sus tres peniques.

Corrió por las calles tan rápido como pudo, pero los paraguas de la gente lo estorbaban. Se dijo que era solamente un modo de hablar, la manía de puntualidad de *Monsieur Dupont*.

Al doblar por Pitt Street, se sintió alarmado al ver a un policía andando por la acera cerca del colmado chino. Se detuvo y fingió mirar el escaparate de una quincallería. Un segundo policía salió de la tienda aferrando por el brazo a un hombre que, por lo chillón de su chaqueta de motorista, era instantáneamente reconocible como el señor Brackenberry.

A estas alturas tanto Adolfo como el paquete estaban empapados de lluvia. Volvió

andando al hotel, pensativo, calculando cómo superar dignamente el dilema en que se veía envuelto. Era evidente que había sido un tonto. Ya no le importaba si tenía que pasarse el resto de la vida con su vieja chaqueta y sus pantalones. Si la gente no lo hubiera entretenido en la farmacia, ahora estaría encerrado en una celda de la Bridwell. El paquete que llevaba estaba ya empapado y con sólo presionar un dedo sobre el envoltorio podía romper el papel.

Entró en el hotel, se dirigió al almacén donde guardaba sus ropas de calle y, al encontrar el sitio vacío, examinó el contenido del paquete. No sintió sorpresa al descubrir varias cucharas de plata, cajas de rapé y pequeños artículos de joyería. Volvió a atar el paquete lo mejor que pudo, lo envolvió en su abrigo y lo metió dentro del armario de zapatos. Luego fue en busca de *Monsieur Dupont*. No le haría ningún reproche ni siquiera le daría indicios de que conocía el contenido del paquete. Sólo le diría dónde estaba escondido y que en el futuro, aunque era lamentable, tendría él mismo que ir en busca del periódico, tanto de la edición matinal como de la vespertina. Avanzaría entre el vapor del baño turco y dejaría caer la llave de la *suite* de *Monsieur Dupont* en los pliegues húmedos de su vientre.

Monsieur Dupont no se encontraba en el baño turco ni tampoco en el vestíbulo. A las cuatro no apareció en la sala. Nadie lo había visto desde la hora de la comida. Al preguntar finalmente en la recepción del hotel, supo que *Monsieur Dupont* había pagado su cuenta a la una treinta y se había ido en taxi al Muelle 47 con destino a Nueva York. Beberé un vaso de agua, pensó Adolfo, y ya se me ocurrirá algo. No me dejaré vencer por el pánico.

Sólo había una solución atinada —todas las demás podrían hacerlo aparecer como cómplice—: devolver el paquete a la *suite* y dejar la llave en la cerradura. Pero ¿cómo llevar el paquete arriba? Después de pensarlo, Adolfo cogió una fuente de las cocinas y un lienzo blanco. Volvió al almacén, se lavó las manos y la cara sudada y se peinó cuidadosamente ese mechón de cabellos sobre la frente. Cruzó la sala llevando sobre la palma de la mano lo que esperaba que pareciera una bandeja con el té de la tarde. A esta hora cada sofá, cada silla, estaban ocupados. En el estrado, un cuarteto de cuerda tocaba un *potpourri* de valeses de Strauss. Adolfo pudo verse reflejado en los espejos, gallardo en su uniforme gris, el borde de la fuente resplandeciente bajo los candelabros mientras se abría camino entre las mesas. La modernidad y la brillantez de la escena lo deslumbraban. El aire se llenaba del zumbido de las voces, del tintineo de las copas, de las melodiosas cuerdas del violín. Le parecía que la sala nunca había estado más bella. Era el mejor trabajo que nunca tuviera, aun cuando fuera el primero. Dios condenará a *Monsieur Dupont* al infierno por la pérdida de este paraíso. Con lágrimas en los ojos, subió las escaleras al primer piso. Una vez más tuvo suerte. No había un alma en los corredores.

Había dejado la fuente un momento en la alfombra verde y estaba poniendo la llave en la cerradura cuando una mano le tocó el hombro. Al volverse se encontró cara a cara con el hombre de barba que aquella noche en la plaza, al tropezar con el

árbol de Navidad, lo había ayudado a huir de la prostituta.

—Hijo —dijo el hombre de barba, y habría dicho más, sólo que ahora Adolfo, recobrado de un instante de parálisis, corría a toda velocidad por el pasillo, abandonado por completo a algún estado ancestral primitivo como cuando el hombre, perseguido por brontosaurios o demonios e inundado de adrenalina, se había lanzado a la seguridad de la cueva. Resbalando en la curva de la escalera, saltó al vestíbulo y se lanzó sobre las puertas giratorias. Al salir al aire de la noche, alcanzó la pared de la fila de los taxis en su zancada y aterrizó de pie en la calle de abajo. Se sintió inmensamente poderoso mientras avanzaba corriendo por Lime Street y torció hacia la izquierda en dirección del mercado. Con excepción del caballo, era el Viejo Shatterhand en persona, astuto como un coyote y decidido a deshacerse de sus perseguidores. Si hubiera habido una roca adecuada en medio de la calle de la ciudad, habría trepado a ella y, arrancando los cables del tranvía como si hubieran sido telarañas, habría gritado que él era grande, que él era glorioso.

Entonces, de pronto, todo terminó: se extinguió. Totalmente agotado, fue perdiendo velocidad hasta detenerse. Tuvo que sostenerse de una farola por temor a caer al suelo. Llevo el uniforme del hotel, pensó. Seré acusado de robo, además de complicidad.

No tenía idea de cuánto tiempo permaneció allí estremecido de fatiga y tiritando. Flameaba como un trapo cuando los peatones le pasaban al lado. Se encontraba en una calle estrecha, de espaldas a los escaparates iluminados de una tienda. En la acera de enfrente había una especie de almacén con una puerta pequeña en el nivel de la calle y un montacargas dos pisos más arriba. Algo más lejos veía parte de una plaza empedrada en la que había un orinal circular abierto al cielo. Espiando por encima del enrejado ornamental, iluminadas las llanuras de su rostro por la luz de la lámpara, estaba el hombre de la barba.

Adolfo cruzó la calle y entró por la puerta del almacén como un animal en busca de refugio.

Estaba a la puerta del Grand Salon de la Embajada de Pondevedria en París. El conde Danilo cantaba:

*Voy a Chez Maxime
A unirme a la alegre corriente
Por una hora breve de hechizo...*

—¡Ayudadme! —gritó Adolfo, y cayó en los brazos de un joven que estaba en un pasaje junto a un tramo de escalones de piedra.

*Cuando pregunta la gente
Qué es la beatitud
Simplemente les digo...*

—Sostente —lo instó el joven, y guió a Adolfo a un cuchitril pequeño abierto en la pared y lo ayudó a sentarse en un taburete alto.

—¿Dónde estoy? —musitó Adolfo—. ¿Es posible que esté muerto?

—Tienes un color raro —dijo el joven respondiéndole en alemán, aunque en un tono de voz que hacía recordar el de la señora Prentice—. Pero no eres un cadáver.

Varias mujeres jóvenes con escotes pronunciados, mejillas cubiertas de colorete y pestañas espesas de rímel, bajaron corriendo las escaleras.

—Mirad esto —dijo el joven—. ¿Está borracho o enfermo?

Las mujeres no le hicieron ningún caso. Alisándose los vestidos y arreglándose los cabellos, se precipitaron por el pasaje y entraron al escenario.

—Tendrás que irte —dijo el joven—. Me juego el trabajo. Sólo a los artistas y a los tramoyistas se les permite estar aquí, y tú no eres ninguna de las dos cosas.

—Si se me echa a la calle —protestó Adolfo con voz más firme—, seré arrestado inmediatamente. Hay un hombre allí que espera para abalanzarse sobre mí y arrastrarme al departamento de policía.

—Eso no es nada que me incumba —susurró el joven mirando inquieto de un extremo al otro del pasaje—. No debiste cometer ningún delito.

—Yo no cometí ningún delito —gritó Adolfo—. Lo juro. Es demasiado agotador entrar en detalles, pues se relacionan con un colmado chino, ropas de segunda mano y un caballero francés que me timó, pero estoy diciendo la verdad. No he cometido ningún delito. —Hizo una breve pausa—. No quería hundirme.

—¡Ah! —murmuró el joven.

Adolfo esperó. Se cogió a los bordes del taburete como si estuviera en peligro de ahogarse. Utilizaría el nombre de Meyer sólo como último recurso. Era posible que el

joven odiara a su padre.

Al principio Adolfo se resistió con todas sus fuerzas a la sugerencia, pero por fin se dio cuenta de que no tenía alternativa. Como dijo acertadamente el joven, el teatro era un edificio de uso práctico: cada armario, cada pulgada de espacio tenía un propósito. Aunque iba contra las normas, cuando los músicos estaban en el foso de la orquesta sus novias los esperaban en la sala de la banda, debajo del escenario. Adolfo tampoco podía esconderse en el Cuarto Verde, en el Cuarto de los Accesorios, en la oficina del administrador ni en el ropero. Era absurdo pensar que podía pasar desapercibido en los vestuarios. Si se las componía para meterse tras el decorado, tendría que rezar para que el encargado de las bambalinas no estuviera borracho. Podría recibir un golpe fatal en la cabeza si dejaba caer al descuido un saco de arena. Además, estaba el bombero que cada media hora poco más o menos iluminaba con su linterna hasta el menor rincón del edificio.

—Y estarías escondiéndote por los dos —concluyó el joven—. No sólo por ti. Si te descubrieran, sería desastroso. Me echarían a la calle. Soy directamente responsable de todo el que entra por esa puerta.

—Muy bien, muy bien —dijo Adolfo irritado—. Entiendo tu punto de vista.

Le fastidiaba no haber podido aplicar la valiosa lección que, según consideraba, había aprendido la noche de la rebelión abortada en Argyll Street. Aunque el joven era una minoría de un solo miembro, Adolfo había tratado de ejercer su autoridad y había fracasado. El joven simplemente le había hablado hasta convencerle.

—Tenemos muy poco tiempo —dijo el joven preocupado—. El telón caerá en cualquier momento.

—Tonterías —dijo Adolfo—. No han terminado todavía el Dueto del Pabellón.

Había visto *La viuda alegre* siete veces. Era su opereta favorita.

Tenía que cambiarse en el reducido espacio del cuchitril abierto en la pared. No había ningún otro sitio seguro.

—¡Oh, Dios mío! —protestó Adolfo cuando vio las prendas que se le alcanzaban—. Sin duda puedes conseguir algo menos llamativo.

—Es el disfraz menos arriesgado del mundo —le aseguró el joven—. Para un hombre en tu situación.

Él debía de saberlo, pensó Adolfo. Resignado, entró en la voluminosa falda y luchó por abrochar los innumerables corchetes y ojales de una blusa de gasa azul.

—De prisa —lo urgió el joven—. Ya llegan al final.

Agradeciendo a su buena estrella que no le hubiera dado un sombrero, Adolfo se envolvió la cabeza con un chal gris y avanzó por el pasillo.

—Fuera —dijo el joven, y abriendo la puerta de la calle empujó a Adolfo a la noche.

Andaba tan deprisa y con la cabeza tan gacha, que no le era posible saber si la gente lo miraba con sospecha. Ya no le preocupaba que lo arrestaran. Había hecho

todo lo que había estado en su mano. No podía hacer nada más. A decir verdad, su ansiedad se centraba ahora en cómo procedería si llegaba a Stanhope Street a salvo. Ya no podía seguir en Inglaterra. Era un hombre marcado. Tenía ahorrado el sueldo de tres semanas y cuatro chelines y tres peniques en propinas. No creía que le bastara para adquirir un billete para el vapor y el tren. Y le haría falta otra ropa. No podía ir a la Estación de Lime Street vestido con el uniforme gris del Adelphi Hotel.

Al llegar a casa había tenido la intención de subir a hurtadillas las escaleras y deshacerse de las ropas de mujer en el cuarto del piso alto. Que Meyer, Michael Murphy y el joven de cabellos rizados pensaran lo que quisieran sobre ellas. Pero en cuanto entró en el oscuro vestíbulo, oyó que la puerta del cuarto de Meyer se abría. Adolfo se puso rápidamente de espaldas a la luz y se quedó allí con la esperanza de que cualquiera que fuere no lo viera. Imaginó que sería Mary O'Leary a cargo del fuego.

Se asombró al notar que dos brazos le rodeaban la cintura. Luchó; el chal le resbaló cubriéndole la cara por completo. Un nombre fue susurrado sobre su pecho. Sus nalgas sostenidas por dos grandes manos, fue mecido arriba y abajo. Lanzó furioso un puñetazo frenético y tuvo la satisfacción de sentir la solidez de un hueso bajo el puño. Le soltaron al instante. Arrancándose el chal, se enfrentó cara a cara con Meyer.

Una segunda figura entró al vestíbulo. Era el hombre de la barba.

En modo alguno había sido un malentendido corriente, pero a esas alturas Adolfo estaba tan inmunizado ante los acontecimientos inusitados, que como tal lo tomó. Meyer actuó como intérprete. El hombre de la barba admitió que venía siguiéndolo desde hacía semanas. No se había dado a conocer por dos motivos: quería estar seguro de que Adolfo era quien era o, más bien, quien no era, y no deseaba que Mary O'Leary lo viera. Si su conjetura resultaba equivocada, sólo le produciría aflicción: tenía una esposa en Blackpool. Había tenido esperanzas de que Adolfo fuera su hijo. Después de todo había sido el marido de Mary O'Leary por una noche. Sentía haberle causado a Adolfo tantas molestias y lamentaba que no fueran una misma carne. La expresión de este último sentimiento no sonó del todo sincera; evitó mirar la blusa y la falda que vestía Adolfo.

—¿De modo que no estaba en el barco? —preguntó Adolfo.

—No, no estaba —le respondió Meyer.

—¿Ni tampoco en el tren?

—Ya no es viajante —replicó Meyer.

—Es la fotografía la que lo provocó —dijo Adolfo señalando el borroso daguerrotipo sobre la repisa de la chimenea—. Es él ¿no es cierto? Cuando era joven. Meyer asintió con la cabeza.

—Al verlo día tras día —dijo Adolfo— creí conocerlo.

—Algunas personas son reconocibles en todo momento —dijo Meyer esbozando una sonrisa—. No importa cuántos años más tarde o con qué disfraz. —Tenía la piel bajo el ojo izquierdo claramente magullada—. No me engañaste ni por un instante. ¿Dónde conseguiste semejantes ropas?

—Por ahí —dijo Adolfo.

Decidió dejarse bigote. Nunca lo volverían a confundir con una mujer. De pronto tuvo grandes deseos de volver a casa, aun cuando semejante sitio no existiera. Entre Meyer y Alois podrían pagarle el billete. No tendría escrúpulos en pedirselo. Alois se alegraría de verle marcharse y ¿cómo iba a negarse Meyer después de haber susurrado el nombre de Bridget en el vestíbulo? En toda mi vida, pensó Adolfo, jamás mencionaré que he estado en esta maldita ciudad, en esta isla de lunáticos, ni aunque me interrogaran y torturaran.

Al día siguiente, cuando le comunicaron los últimos acontecimientos, Alois, aunque indignado por tener que soltar más dinero por culpa de Adolfo, estuvo de acuerdo en que no había otro remedio. Era evidente que si su hermanastro volvía al hotel, habría indagaciones. Quizás el botones recordara haberlo visto en los corredores y el portero principal y el hombre de la chaqueta de cuero recordarían el paquete bajo su brazo.

Envuelto en una manta, Adolfo esperó mientras Alois entraba a escondidas el uniforme gris en el hotel y recuperaba las viejas ropas del armario de zapatos.

—Por cierto, no has mejorado tu situación en la vida —dijo Alois mientras le alcanzaba la chaqueta y los pantalones gastados.

—Las circunstancias han estado en mi contra —replicó Adolfo.

Puesto que Sudamérica quedaba descartado, Alois dijo que adquiriría un billete a Linz. Meyer sugirió que quizá Munich fuera mejor: tenía ciertos contactos en esa ciudad que podrían serle útiles, ciertas organizaciones políticas, ciertas personas importantes y con influencia.

Problemas seguros, pensó Adolfo, pero se guardó sus pensamientos para sí.

Cuatro días más tarde partió de la Estación de Lime Street. Besó al querido Pat en la mejilla y les estrechó la mano a Alois y a Meyer. A pesar de las protestas de Meyer, se había negado a llevar consigo el abrigo negro. Tenía apretado en la mano el pañuelo castaño que Bridget le había hecho para Navidad.

—Dile adiós al tío Adolfo —exclamó Bridget sosteniendo la manecita del bebé. El tren empezó a moverse. El grupo que quedaba en el andén agitaba las manos y sonreía con exageración.

Asomándose por la ventanilla, Adolfo gritó algo que terminaba con las palabras «*in Zukunft werde ich es dir zurückerstatten*». Miraba al violinista más allá de Alois.

Alois lanzó un juramento.

—¿Qué hay de malo? —preguntó Bridget—. Sólo te dijo que te devolvería lo que te debe.

—Tiene doble significado —le contestó Alois enfadado—. Fue una amenaza. Quiso decir que recibiría lo que merezco.

—No tiene importancia —dijo Meyer cogiendo a Bridget del brazo y conduciéndola hacia la valla—. Un joven con tanta voluntad. Lástima que nunca llegará a nada.



BERYL MARGARET BAINBRIDGE (Liverpool, 21 de noviembre de 1932 - 2 de julio de 2010) fue una novelista inglesa.

Es autora de dieciocho novelas, dos libros de viajes, dos ensayos, dos volúmenes de relatos y cinco obras para teatro y televisión. Fue nominada en cinco ocasiones al premio Booker, y en 2011 le otorgaron el premio póstumo por su labor literaria. En 2008 *The Times* la incluyó en la lista de «Los 50 escritores más importantes desde 1945». *The Guardian* la calificó como «un tesoro nacional».

Sus primeras novelas fueron muy bien recibidas y tuvieron gran éxito entre los lectores, pero ella no obtuvo grandes ingresos derivados de sus ventas. Su primera obra *Lo que dijo Harriet* fue escrita en 1967. No obstante, no vería la luz hasta 1972, pues muchos editores la rechazaron por considerarla inmoral. Uno de ellos llegó incluso a afirmar que las protagonistas eran «increíblemente repulsivas».

Notas

[1] Trote turco, danza de ritmo muy sincopado perteneciente al *jazz* del período de la primera guerra mundial, que se baila con los pies muy apartados y dando fuerte con el talón en el suelo. (*N. del T.*). <<